

Leila Slimani

Canción dulce



Lectulandia

Myriam, madre de dos niños, decide reemprender su actividad laboral en un bufete de abogados a pesar de las reticencias de su marido. Tras un minucioso proceso de selección para encontrar una niñera, se deciden por Louise, que rápidamente conquista el corazón de los niños y se convierte en una figura imprescindible en el hogar. Pero poco a poco la trampa de la interdependencia va a convertirse en un drama. Con un estilo directo, incisivo y tenebroso en ocasiones, Leila Slimani despliega un inquietante *thriller* donde, a través de los personajes, se nos revelan los problemas de la sociedad actual, con su concepción del amor y de la educación, del sometimiento y del dinero, de los prejuicios de clase y culturales. *Canción dulce* ganó el Premio Goncourt 2016.

Lectulandia

Leila Slimani

Canción dulce

ePub r1.0

Titivillus 18.10.2018

Título original: *Chanson douce*
Leila Slimani, 2016
Traducción: Malika Embarek López

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para Émile

Miss Vezzis había venido del otro lado de la Frontera para cuidar a unos niños en casa de una familia [...] La señora declaró que Miss Vezzis no valía nada, que no era limpia y que no mostraba ningún interés. Ni por un momento pensó que Miss Vezzis tenía que vivir su propia vida, preocuparse de sus propias cosas, y que para ella estas eran lo más importante que tenía en el mundo.

RUDYARD KIPLING,
Cuentos de las colinas

«Entiéndame, caballero, ¿sabe lo que significa que uno no tenga ya un lugar adónde ir?». La pregunta que Marmeladov le había hecho la víspera le acudió de pronto a la mente. «Pues todo hombre debe tener un lugar adónde ir».

DOSTOYEVSKI,
Crimen y castigo

Canción dulce

El bebé ha muerto. Bastaron unos pocos segundos. El médico aseguró que no había sufrido. Lo tendieron en una funda gris y cerraron la cremallera sobre el cuerpo desarticulado que flotaba entre los juguetes. La niña, en cambio, seguía viva cuando llegaron los del servicio de emergencias. Se debatió como una fiera. Había huellas de forcejeo, fragmentos de piel en sus uñitas blandas. En la ambulancia que la conducía al hospital se agitaba, presa de convulsiones. Con los ojos desorbitados, parecía buscar aire. La garganta la tenía llena de sangre. Los pulmones, perforados, y se había dado un fuerte golpe en la cabeza contra la cómoda azul.

Fotografiaron la escena del crimen. Los policías recogieron huellas y midieron la superficie del cuarto de baño y del dormitorio de los niños. En el suelo, la alfombra de princesas estaba empapada en sangre. El cambiador, medio volcado. Se llevaron los juguetes en unas bolsas transparentes precintadas. La cómoda azul también servirá en el juicio.

La madre estaba en estado de *shock*. Eso dijeron los bomberos, repitieron los policías, escribieron los periodistas. Al entrar en el cuarto donde yacían sus hijos, lanzó un grito desde lo más hondo, un aullido de loba. Las paredes temblaron. La noche se abatió sobre ese día de mayo. Vomitó, y así fue como la halló la policía, con la ropa sucia, en cuclillas, quebrada en sollozos como una loca. Aullaba hasta desgarrarse los pulmones. El enfermero de la ambulancia hizo un gesto discreto con la cabeza, la pusieron de pie, a pesar de su resistencia, de sus patadas. La alzaron despacio y la joven interna del SAMU le administró un sedante. Era su primer mes de prácticas.

A la otra también tuvieron que salvarla. Con la misma profesionalidad y sangre fría. No supo morir. Solo dar muerte. Se cortó las venas de las muñecas y se clavó el cuchillo en la garganta. Perdió el conocimiento al pie de la cunita de barrotes. La incorporaron, le tomaron el pulso y la tensión. La pusieron en la camilla, y la joven médica en prácticas mantuvo la mano presionada contra su cuello.

Los vecinos se han agolpado a la entrada del edificio. Mujeres más que nada. Se acerca la hora de recoger a los niños del colegio. Observan la ambulancia, con los ojos cuajados de lágrimas. Lloran y quieren enterarse. Se alzan de puntillas. Intentan distinguir lo que ocurre tras el cordón policial, dentro de la ambulancia que ha arrancado con las sirenas a todo volumen. Se susurran información al oído. Ya corre el rumor. Ha sucedido una desgracia a los niños.

Es un bonito edificio de la Rue d'Hauteville, en el distrito 10. Un edificio donde los vecinos, sin conocerse, se saludan con calidez. La casa de los Massé está en la quinta planta. Es la más pequeña del inmueble. Paul y Myriam construyeron un tabique en mitad del salón cuando nació el segundo hijo. El dormitorio de ellos es

diminuto, situado entre la cocina y la ventana que da a la calle. A Myriam le gustan los muebles *vintage* y las alfombras bereberes. En la pared ha colgado unas estampas japonesas.

Hoy llegó a casa más temprano que de costumbre. Abrevió una reunión y aplazó hasta el día siguiente el estudio de un caso. Sentada en un vagón de la línea 7 del metro había pensado en darles una sorpresa a los niños. Al llegar, se detuvo en la panadería. Compró una *baguette*, un postre para los críos y un bizcocho a la naranja para la niñera. Es su preferido.

Pensó que los llevaría al tiovivo. Irían juntos a hacer la compra para la cena. Mila le pediría un juguete. Adam mordisquearía un trozo de pan en su cochecito.

Adam ha muerto. Mila va a sucumbir.



«Sin papeles, no. Espero que estés de acuerdo. Si se tratara de una asistente o de un pintor de brocha gorda, no me importaría. Esa gente tendrá que vivir de algo, pero cuidar de los niños es distinto, es muy arriesgado. No quiero a una persona que tema llamar a la policía o ir a un hospital en caso de una urgencia. Aparte de eso, que no sea demasiado mayor, que no lleve pañuelo y que no fume. Lo principal es que sea una mujer dinámica y que tenga tiempo para nosotros. Que trabaje para que podamos trabajar». Paul ha preparado todo. Ha establecido una lista de preguntas y calculado media hora por entrevista. Dedicarán la tarde del sábado a encontrar una niñera para sus hijos.

Unos días antes, mientras Myriam comentaba que estaba buscando a alguien que cuidara de los niños a su amiga Emma, esta se quejó de la mujer que se ocupaba de los suyos. «Tiene dos hijos aquí, así que nunca puede quedarse un poco más tarde o cuando la necesito. No es práctico. Considéralo al entrevistarlas. Si tiene hijos, más vale que los haya dejado en su país». Le agradeció el consejo, pero en el fondo el discurso de Emma la había incomodado. Si alguien que quisiera contratarla se hubiera referido a ella o a alguna de sus amigas de ese modo, se habrían indignado ante semejante discriminación. Le parecía horrible descartar a una mujer porque tuviera hijos. Prefiere no tratar ese tema con Paul. Su marido es como Emma. Un pragmático que pone a los suyos y su carrera por delante de todo.

Esta mañana, fueron al mercado en familia, los cuatro. Mila sobre los hombros de Paul y Adam dormido en su cochecito. Han comprado flores y están ordenando la casa. Quieren dar una buena impresión a las niñeras que van a entrevistar. Recogen los libros y revistas desperdigados por el suelo, debajo de la cama y hasta en el cuarto de baño. Paul le pide a Mila que ordene sus juguetes y los ponga en los cajones de plástico. La niña protesta lloriqueando y al final él los amontona contra la pared. Doblan la ropa de los niños, cambian las sábanas de las camas. Limpian, tiran cosas a la basura y procuran a toda costa airear esta casa en la que se asfixian. Les gustaría que ellas vieran que son correctos, serios y ordenados, unos padres que buscan lo mejor para sus hijos. Que entiendan que ellos son los que mandan.

Mila y Adam están durmiendo la siesta. Myriam y Paul, sentados en el borde de su cama de matrimonio. Angustiados y confusos. Nunca han puesto a sus hijos en manos de nadie. Myriam estaba acabando la carrera de derecho cuando se quedó embarazada de Mila. Sacó el título dos semanas antes de dar a luz. Paul entonces hacía prácticas en empresas, las que se presentaran, con ese optimismo que la había

seducido cuando lo conoció. Estaba seguro de que podía trabajar por los dos. Seguro de triunfar en la producción musical, a pesar de la crisis y de los recortes.

Mila era un bebé delicado, irritable, que lloraba sin cesar. No engordaba, rechazaba el pecho de su madre y los biberones que le preparaba su padre. Siempre asomada a la cuna de la pequeña, Myriam se había olvidado hasta del mundo exterior. Sus ambiciones se limitaban a intentar que aquella criatura frágil y llorona engordase algunos gramos. Los meses pasaban volando. Paul y Myriam no se separaban jamás de Mila. Fingían no notar que sus amigos estaban hartos, que comentaban a sus espaldas lo inadecuado de llevar a un bebé a un bar o de colocarlo en el banco de un *bistró*. Pero Myriam no quería saber nada de recurrir a una canguro. Ella era la única capaz de responder a las necesidades de su hija.

Apenas había cumplido Mila año y medio cuando Myriam se quedó de nuevo embarazada. Siempre alegó que había sido un accidente. «La píldora no es segura al cien por cien», decía riéndose con sus amigas. En realidad, había sido un embarazo premeditado. Adam fue la excusa para seguir disfrutando de la dulzura del hogar. Paul no emitió reserva alguna. Acababan de contratarlo como asistente de sonido en un conocido estudio, donde trabajaba día y noche, rehén de los caprichos de los artistas y de sus horarios. Su esposa parecía satisfecha con esa maternidad animal. La vida en una burbuja, lejos del mundo y de los demás, los protegía de todo.

Pero el tiempo empezó a resultarles eterno, la perfecta mecánica familiar se había atascado.

Los padres de Paul, que les solían echar una mano cuando nació la pequeña, ahora pasaban temporadas más largas en su casa de campo, ocupados con unas reformas. Un mes antes del parto de Myriam, organizaron un viaje de tres semanas por Asia y avisaron a Paul en el último momento. Le sentó fatal, se quejó a Myriam del egoísmo de sus padres, de su falta de consideración. Pero para ella fue un alivio. No soportaba tener a Sylvie hasta en la sopa. Escuchaba sonriente los consejos de su suegra, se reprimía cuando la veía registrar la nevera y criticar los alimentos que contenía. Sylvie era de las que compraban productos ecológicos. Le preparaba la comida a Mila pero dejaba la cocina patas arriba. Myriam y ella nunca estaban de acuerdo sobre nada, y en la casa reinaba un malestar concentrado, hirviente, que amenazaba cada segundo en transformarse en gresca. «Deja que disfruten tus padres. Tienen razón de pasárselo bien ahora que están libres», acabó diciendo Myriam a Paul.

No había medido el alcance de lo que se avecinaba. Con dos hijos todo se complicaba: hacer la compra, bañarlos, llevarlos al médico, limpiar la casa. El agobio le pasaba factura. Myriam perdía vitalidad. Cada vez odiaba más las salidas al parque infantil. Los días de invierno se le hacían interminables. Las rabietas de Mila la sacaban de quicio, los primeros balbuceos de Adam la dejaban indiferente. Su

necesidad de salir a caminar sola iba en aumento. De gritar como una loca en la calle. «Me están comiendo viva», se decía a veces.

Envidiaba a su marido. Al caer la tarde esperaba impaciente su llegada. Se quejaba durante un buen rato de los gritos de los niños, de lo pequeña que era la casa, de lo mucho que se aburría. Cuando le tocaba a él hablar y le contaba las sesiones maratónicas de grabación de un grupo de *hip-hop* y ella le soltaba con rabia: «¡Qué suerte tienes!». Él contestaba: «La que tiene suerte eres tú. Cuánto me gustaría verlos crecer». En ese juego nadie salía ganando.

Por la noche, Paul se quedaba profundamente dormido a su lado, con el sueño del que ha trabajado todo el día y merece un buen descanso. Ella se reconcomía por la amargura y la insatisfacción. Pensaba en el esfuerzo realizado para acabar la carrera, a pesar de la falta de dinero y de apoyo de sus padres, en la alegría que sintió al acceder a la abogacía y vestir por primera vez la toga, en la foto que le hizo entonces Paul, con ella puesta, delante del portal, orgullosa y sonriente.

Durante meses fingió que aceptaba su situación. Ni siquiera pudo confesar a Paul lo avergonzada que estaba. Cómo se sentía morir por no tener nada que contar más que las monerías de los niños y las conversaciones entre desconocidos a los que espiaba en el supermercado. Empezó a rechazar todas las invitaciones a cenar de los amigos, a no responder a sus llamadas. Desconfiaba en particular de las amigas. ¡Podían ser tan crueles! Le entraban ganas de estrangular a las que fingían que la admiraban, o, aún peor, que la envidiaban. Estaba harta de oírlas quejarse de su trabajo, de no ver con más frecuencia a sus hijos. Pero a quien más temía era a los desconocidos. Esos que preguntaban inocentemente en qué trabajaba, y se daban media vuelta ante la evocación de una vida de ama de casa.

Un día, al salir del Monoprix del Boulevard Saint-Denis, se dio cuenta de que sin querer había sustraído unos calcetines de niño, olvidados en el cochecito. Aunque estaba a muy pocos metros de su casa, hubiera podido regresar a los almacenes para devolverlos, pero desistió. No se lo contó a Paul. Era un incidente sin interés, aunque no dejaba de pensar en ello. Tras este episodio acudía con regularidad a Monoprix y escondía un champú, una crema o una barra de labios que nunca iba a usar. Estaba convencida de que si la pillaban, bastaría con interpretar el papel de madre desbordada de trabajo. Creerían, sin dudarlo, en su buena fe. Esos robos ridículos la exaltaban. Se iba riendo sola por la calle, con la impresión de burlarse del mundo entero.

Cuando se topó por casualidad con Pascal, lo interpretó como un buen augurio. En un primer momento, su antiguo compañero de la facultad de Derecho no la reconoció: ella llevaba un pantalón que le quedaba grande, unas botas muy gastadas y

el pelo sucio recogido en un moño. Estaba de pie, ante el ti vivo del que Mila se negaba a bajar. «Esta es la última vuelta», le decía cada vez que su hija, agarrada con fuerza al caballito, pasaba delante de ella y le hacía una seña con la mano. Myriam alzó la vista: Pascal estaba sonriéndole con los brazos abiertos, en ademán de sorpresa y alegría. Ella le devolvió la sonrisa, con las manos aferradas al cochecito de Adam. Pascal no tenía mucho tiempo pero, casualmente, había quedado con alguien a dos pasos de la casa de Myriam. «De todas formas, yo ya me iba. ¿Hacemos el camino juntos?», le propuso ella.

Myriam se abalanzó sobre Mila, que gritaba a todo pulmón. Se negaba a andar, y Myriam se obstinaba en sonreír, en fingir que dominaba la situación. No dejaba de pensar en el viejo jersey que llevaba debajo del abrigo, y en que Pascal habría notado lo desgastado que estaba el cuello. Se pasaba la mano frenéticamente por las sienes, como si ello bastara para ordenar su cabello seco y enredado. No parecía que Pascal se diese cuenta de nada. Le habló del bufete que había montado con dos compañeros de promoción, de los inconvenientes y las alegrías de trabajar por cuenta propia. Myriam bebía sus palabras. Mila la interrumpía sin cesar. Habría dado cualquier cosa para que la niña se callara. Sin dejar de mirar a Pascal, registró en el bolso, en los bolsillos, para encontrar un caramelo, cualquier chuchería que comprara el silencio de su hija.

Pascal casi ni se fijó en los niños. No le pregunto cómo se llamaban. Ni siquiera Adam, dormido en su cochecito, con una expresión apacible, adorable, lo había emocionado o enternecido.

«Es aquí». Pascal le dio un beso en la mejilla. Dijo: «Me ha encantado verte», y entró en el edificio. El ruido de la pesada puerta azul al cerrarse sobresaltó a Myriam. Se puso a rezar en silencio. Allí mismo. Estaba tan desesperada que se habría sentado en el suelo y echado a llorar. Se habría enganchado a las piernas de Pascal, le habría suplicado que la llevara con él, que le diera una oportunidad. Llegó a casa agotada. Se quedó observando cómo Mila jugaba tranquilamente. Bañó al bebé, diciéndose que esa felicidad, sencilla, muda, carcelaria, no bastaba para consolarla. Pascal debió de burlarse de ella. Quizá incluso telefoneó a algunos antiguos compañeros de la facultad para contarles la vida patética de Myriam que «ya no se parece a nada» y que «no ha tenido la carrera que uno hubiera esperado de ella».

Se pasó toda la noche imaginando unas conversaciones que la atormentaban por dentro. Al día siguiente, apenas salida de la ducha, oyó el sonido de un SMS. «No sé si has pensado en volver a la abogacía. Si te interesa, podemos hablarlo». Por poco se pone a gritar de la alegría. Empezó a brincar por la casa y besó a Mila que decía: «¿Qué pasa, mamá, por qué te ríes?». Después, Myriam se preguntó si Pascal habría notado lo desesperada que estaba o si, sencillamente, consideró una bendición llovida del cielo su encuentro con Myriam Charfa, la estudiante más seria que jamás había conocido. Quizá también pensó en lo afortunado que era de poder contratar a alguien como ella, y encarrilarla de nuevo hacia las salas de audiencia.

Myriam se lo comentó a Paul, y su reacción la decepcionó. Él se encogió de hombros. «No sabía que querías trabajar». Ella se enfadó mucho, de un modo desproporcionado. La conversación se agrió enseguida. Ella lo trató de egoísta. Él, de incoherente. «Vas a trabajar. Me parece bien. ¿Y qué hacemos con los niños?». Esbozó una risita burlona, como ridiculizando sus ambiciones, y ello reforzó su sensación de estar encerrada a cal y canto en aquella casa.

Una vez que se hubieron sosegado, ambos estudiaron pacientemente las opciones posibles. Era ya finales de enero: inútil pensar en encontrar plaza en un parvulario o en una guardería. No conocían a nadie en el Ayuntamiento. Y si ella se ponía a trabajar, estaría en la escala de salarios menos ajustada a la realidad: demasiado ricos para acceder por vía de urgencia a una ayuda y demasiado pobres para que el sueldo de una niñera no representara un sacrificio. Fue esa la opción que eligieron al final, después de que él afirmara: «Sumando las horas extra, la niñera y tú ganaréis casi lo mismo. Pero en fin, si crees que con ello te sentirás más realizada...». De aquella conversación ella conserva un gusto amargo. Se quedó resentida hacia Paul.

Quiso hacer las cosas bien. Para estar segura, se dirigió a una agencia de servicio doméstico que acababa de abrir en el barrio. Una oficina pequeña, decorada con sencillez, llevada por dos treintañeras. El escaparate, de un azul celeste, estaba adornado con estrellitas y pequeños camellos dorados. Myriam tocó el timbre. A través del cristal, la dueña la miró de arriba abajo. Se levantó despacio y asomó la cabeza por la puerta entreabierta:

—¿Sí?

—Buenas.

—Si viene a inscribirse, necesitamos un expediente completo: su currículum y referencias firmadas por las señoras con las que ha trabajado.

—No vengo para eso. Estoy buscando una niñera para mis hijos.

El rostro de la joven cambió por completo. Parecía alegrarse al ver a una clienta entrar por la puerta, y a su vez estaba violenta por haberla tomado por lo que no era. ¿Quién hubiera pensado que aquella mujer agotada, con ese pelo enmarañado y crespo, fuera la madre de esa niñita tan mona que lloriqueaba en la acera?

La encargada abrió un enorme catálogo sobre el que se inclinó Myriam. «Siéntese», le propuso. Decenas de fotografías de mujeres, en su mayoría africanas o filipinas, pasaban ante sus ojos. Mila decía divertida: «Esta es fea, ¿verdad?». Su madre la reprendía, y con el corazón encogido regresaba a aquellos retratos borrosos o mal enfocados. Ni una mujer sonriente.

Le asqueaba la encargada. Su hipocresía, la cara redonda y enrojecida, el fular raído alrededor del cuello. Y ese racismo que había mostrado al principio. Todo le daba ganas de salir huyendo de allí. Se despidió con un apretón de manos. Prometió que lo hablaría con su marido, y no volvió jamás. En lugar de ello, colgó un anuncio

en las tiendas del barrio. Aconsejada por una amiga, inundó los sitios de Internet con más anuncios indicando URGENTE. Al cabo de una semana, habían recibido seis llamadas.

Espera a la niñera como se espera al Salvador, aunque le aterroriza la idea de dejar a sus hijos. Sabe todo sobre ellos y desearía mantener secreto ese saber. Conoce sus gustos, sus manías. Adivina enseguida que están tristes o que se van a poner malitos. Siempre ha estado pendiente de ellos, convencida de que nadie mejor que ella podría protegerlos.

Desde que nacieron, siente miedo de cualquier cosa. Miedo de que se mueran, sobre todo. Nunca habla de ello, ni con sus amigos ni con Paul, aunque sabe que ellos también lo han pensado. Está segura de que, como ella, alguna vez se han quedado mirando a sus hijos mientras duermen, preguntándose qué pasaría si sus cuerpecitos fuesen cadáveres, y los ojos cerrados los tuvieran para siempre. Es superior a sus fuerzas. Unos escenarios atroces se alzan ante ella, los aleja de un movimiento de cabeza y recita oraciones, tocando madera o la manita de Fátima que cuelga de su cuello, heredada de su madre. Para alejar el mal de ojo, la enfermedad, los accidentes, los apetitos perversos de los depredadores. Sueña por la noche que los pierde de pronto, en medio de una muchedumbre indiferente. Grita: «¿Dónde están mis hijos?». Y la gente se echa a reír. Se creen que está chiflada.

«Se está retrasando. Mala señal». Paul se impacienta. Se acerca a la puerta de entrada y observa por la mirilla. Son las dos y cuarto de la tarde, y la primera candidata, una filipina, no ha llegado aún.

A la dos y veinte, Gigi toca sin mucha energía a la puerta. Myriam va a abrirle. Observa enseguida que la mujer tiene unos pies pequeñísimos. A pesar del frío, lleva unas zapatillas de lona y unos calcetines blancos con un volante en el tobillo. Con casi cincuenta años, tiene pies de niña. Elegante, peinada con una trenza que le cae por la espalda. Paul le comenta con sequedad su retraso y Gigi, cabizbaja, murmura unas palabras de disculpa. Se expresa muy mal en francés. Paul inicia sin gran convencimiento una entrevista en inglés. Gigi habla de su experiencia. De los hijos que ha dejado en su tierra, del pequeño al que lleva diez años sin ver. Él no la piensa contratar. Le hace unas cuantas preguntas justo para salir del paso y a las dos y media la acompaña a la puerta. «La llamaremos. *Thank you*».

Llega después Grace, una marfileña sonriente y sin papeles. Carolina, una rubia obesa con el pelo sucio, que durante toda la entrevista se queja del dolor de espalda y de sus problemas de circulación. Malika, una marroquí de cierta edad, que insiste en su experiencia de veinte años en el oficio y en lo que le gustan los niños. Myriam le ha dejado claro a Paul que no quiere contratar a una magrebí para cuidar de sus hijos. «No estaría mal», intenta convencerla él. «Les hablaría en árabe, puesto que tú no quieres hacerlo». Pero ella se niega rotundamente. Teme que se establezca una complicidad tácita, un exceso de familiaridad entre ellas. Que la otra le haga comentarios en árabe. Le cuente su vida y en poco tiempo le pida mil cosas en nombre del idioma y la religión que las une. Siempre ha desconfiado de lo que ella llama la solidaridad entre inmigrantes.

Luego llegó Louise. Cuando Myriam cuenta esa primera entrevista le encanta decir que fue una evidencia. Como un flechazo amoroso. Insiste en evocar cómo su hija se comportó con ella. «Fue ella quien la eligió», le gusta aclarar. Mila acababa de levantarse de la siesta, despertada por los gritos ensordecedores de su hermanito. Paul fue a buscar al bebé, seguido de cerca por la niña, que se escondía entre sus piernas. Louise se levantó. Myriam describe esta escena y sigue fascinada por la determinación de la niñera. Cogió con delicadeza a Adam de los brazos de su padre y fingió no ver a Mila. «¿Dónde está la princesa? Creí ver a una princesa pero ha

desaparecido». Mila se echó a reír a carcajadas, y Louise siguió con su juego, buscando por las esquinas, debajo de la mesa, detrás del sofá, a la misteriosa princesa desaparecida.

Ellos le hacen algunas preguntas. Ella contesta que su marido ha muerto y su hija, Stéphanie, ya es mayor —«casi veinte años, parece mentira»—, por lo que dispone de mucho tiempo libre. Tiende a Paul un papel en el que están escritos los nombres de las personas con las que ha trabajado. Habla de los Rouvier, que encabezan la lista. «Con ellos estuve mucho tiempo. También tenían dos hijos. Dos chicos». Ha seducido a Paul y a Myriam, por su semblante abierto, su sonrisa franca, unos labios que no tiemblan. Parece una mujer imperturbable.

Con la mirada de alguien que puede entender todo, perdonar todo. Su rostro es como un mar en calma, del que nadie sospecharía los abismos que encierra.

Esa misma tarde, llaman al teléfono de la primera familia de la lista que Louise les ha dejado. Contesta una mujer, algo cortante. Al oír el nombre de Louise, cambia inmediatamente de tono. «¿Louise? ¡Qué suerte tienen ustedes de haber dado con ella! Fue como una segunda madre para mis hijos. Se nos rompió el corazón cuando tuvimos que separarnos de ella. No le digo más que, en esa época, incluso pensé en tener otro hijo para que se quedara con nosotros».

Louise abre las persianas de su apartamento. Son las cinco de la mañana pasadas y en la calle las farolas siguen encendidas. Un hombre camina pegado a las fachadas de las casas para resguardarse de la lluvia que no ha dejado de caer en toda la noche. El viento silbaba en los canalones del tejado e invadió sus sueños. Se diría que la lluvia cae horizontal para golpear con dureza el edificio, las ventanas. A Louise le gusta mirar afuera. Justo enfrente, entre dos edificios siniestros, hay un chalet pequeño rodeado de un jardín cubierto de maleza. Una pareja joven se mudó allí a principios de verano, unos parisinos del centro, cuyos hijos juegan en el columpio y limpian el huerto los domingos. Louise se pregunta qué habrán venido a hacer a este barrio.

La falta de sueño le provoca escalofríos. Con la uña rasca una esquina de la ventana. Por mucho que los limpie con furia, dos veces por semana, siempre le parece que los cristales están opacos por el polvo y llenos de chorretones negros. Hay momentos en que querría limpiarlos hasta resquebrajarlos. Rasca cada vez con más fuerza con la punta del dedo índice, y se le rompe la uña. Se lleva el dedo a la boca y lo muerde para que deje de sangrar.

El apartamento solo tiene un cuarto que hace las veces de dormitorio y salón. Cada mañana recoge cuidadosamente el sofá cama y lo cubre con su funda negra. Come en la mesita baja, con la televisión siempre encendida. Pegadas a la pared hay unas cajas de cartón sin abrir. Contienen quizá unos cuantos objetos que podrían dar algo de vida a este estudio sin alma. A la derecha del sofá, está la fotografía de una adolescente con el pelo rojo, enmarcada con una moldura brillante.

Ha dispuesto delicadamente sobre el sofá su falda larga y su blusa. Recoge las bailarinas que ha dejado en el suelo, un modelo comprado hace más de diez años, que ha cuidado tanto que le parece nuevo. Son zapatos de charol, muy sencillos, con el tacón cuadrado y un discreto lazo. Se sienta y se pone a limpiar uno de ellos, humedeciendo un trozo de algodón en un bote de crema desmaquilladora. Sus gestos son lentos y precisos. Limpia con un cuidado obsesivo, absorta de lleno en su tarea. El algodón se ha cubierto de suciedad. Acerca el zapato a la lámpara colocada sobre el velador. Cuando juzga que el charol brilla lo suficiente, lo deja en el suelo y coge el otro.

Es tan temprano que le da tiempo a pintarse las uñas que se le han descascarillado con la limpieza. Rodea el índice de la uña rota con una tirita y aplica un discreto esmalte rosa en los demás dedos. Haciendo una excepción, y a pesar del precio, se ha

teñido el pelo en la peluquería. Se lo recoge en un moño por encima de la nuca. Se maquilla, y la sombra de ojos azul la envejece, pese a su silueta tan delicada, tan menuda, que de lejos se le echaría apenas veinte años. Tiene, sin embargo, el doble.

Se mueve de un lado a otro del cuarto que le parece ahora más pequeño, más estrecho que nunca. Se sienta y no tarda nada en levantarse. Podría encender la televisión. Tomarse un té. Leer una revista femenina atrasada que tiene cerca de su cama. Pero teme relajarse demasiado, dejar que el tiempo corra, ceder a la indolencia. Este despertar tan madrugador la ha vuelto frágil, vulnerable. El simple vuelo de una mosca le haría cerrar los ojos un minuto, se podría quedar dormida y llegaría tarde. Debe mantenerse alerta, concentrar toda su atención en su primer día de trabajo.

No puede seguir esperando en casa. Todavía no son las seis, es muy pronto, pero ya se dirige deprisa a tomar el tren de cercanías. Tarda más de un cuarto de hora en llegar a la estación de Saint-Maur-des-Fossés. En el vagón se sienta frente a un viejo chino que se ha quedado dormido, con el cuerpo encogido y la frente apoyada en la ventanilla. Observa su rostro cansado. En cada parada, duda si debe despertarlo. Teme que se despiste, que vaya demasiado lejos, que abra los ojos y se encuentre solo, en el final de la línea y se vea obligado a deshacer el recorrido. Pero no le dice nada. Es más sensato no hablar con desconocidos. En una ocasión, una chica morena muy guapa por poco le da un bofetón. «¿Acaso tengo monos en la cara, por qué me miras?», le gritaba.

Al llegar a la estación de Auber, Louise salta al andén. Ya empieza a haber gente, una mujer la empuja mientras sube las escaleras para acceder al metro. Un olor repugnante a cruasán y chocolate quemado se le agarrota en la garganta. Toma la línea 7 en Opéra y sale a la superficie en la estación de Poissonnière.

Como lleva casi una hora de adelanto, se sienta en la terraza del Paradis, un café sin encanto desde el que puede observar el portal del edificio. Juega con la cucharilla. Mira con avidez al hombre sentado a su derecha, chupando un cigarrillo con unos labios gruesos y viciosos. Querría arrebatárselo y darle una intensa calada. Ya no puede esperar más, paga el café y entra en el silencioso portal. Tocaré el timbre dentro de un cuarto de hora. Mientras tanto, se sienta en un escalón, entre dos pisos. Oye un ruido, apenas tiene tiempo de levantarse. Es Paul, que baja trotando por las escaleras, con una bicicleta bajo el brazo y un casco rosa en la cabeza.

—¡Louise! ¿Lleva usted aquí mucho rato? ¿Por qué no ha entrado?

—No quería molestar.

—Usted no molesta, al contrario. Tome, estas son sus llaves —le dice, sacando un llavero del bolsillo—. Suba, está usted en su casa.

«Nuestra *nunú* es un hada». Es lo que dice Myriam cuando cuenta la irrupción de Louise en sus vidas. Debe de tener poderes mágicos para haber transformado esta casa asfixiante, exigua, en un lugar apacible y luminoso. Ha empujado las paredes. Ha conseguido que los armarios sean más profundos, los cajones más anchos. Que la luz entre a raudales.

El primer día, Myriam le da algunas consignas. Le enseña cómo funcionan los aparatos. Insiste, mientras le muestra los objetos o alguna prenda de vestir: «Tenga cuidado con esto. Le tengo mucho aprecio». Le advierte especialmente sobre la colección de discos de vinilo de Paul, que los niños no deben tocar. La niñera asiente, muda y dócil.

Observa cada cosa con el aplomo de un general ante una tierra que se dispone a conquistar.

Durante las semanas siguientes a su llegada, convirtió esta casa desordenada en un perfecto interior burgués. Impuso sus anticuados modales, su gusto por la perfección. Myriam y Paul no se lo pueden creer. Cose los botones de las chaquetas que llevan meses sin usar por pereza de buscar el costurero. Repasa los dobladillos de faldas y pantalones. Zurce la ropa de Mila que Myriam pensaba tirar sin más. Lava los visillos oscurecidos por el tabaco y el polvo. Cambia las sábanas una vez por semana. Myriam y Paul no caben en sí de gozo. Este le dice sonriente a Louise que tiene un parecido con Mary Poppins. No está muy seguro de que haya entendido el piropo.

Por la noche, el matrimonio, con la sensación de frescor de las sábanas limpias, ríe, incrédulo de su nueva vida. Como si hubieran encontrado un mirlo blanco o les hubieran echado una bendición. Evidentemente, el salario de Louise pesa en el presupuesto familiar, pero Paul ha dejado de quejarse. En pocas semanas, la presencia de la niñera se ha vuelto indispensable.

Cuando Myriam llega a casa del trabajo, a última hora de la tarde, se encuentra la cena lista. A los niños, tranquilos y peinaditos. Louise suscita y satisface las fantasías de la familia ideal, y Myriam se avergüenza de alimentarlas. Ha enseñado a Mila a ir recogiendo lo que desordena y, ante la mirada asombrada de los padres, la niña cuelga su abrigo en el perchero.

Los trastos inútiles han desaparecido. Con Louise, nada se acumula, ni la ropa ni los cacharros sucios, ni las cartas que uno se olvida de abrir y encuentra de pronto debajo de una revista atrasada. Nada se pudre, nada caduca. Nunca descuida nada. Es

meticulosa. Anota todo en una libreta con tapas de florecitas. Los horarios de la clase de danza, de la salida del colegio, de las citas con el pediatra. Anota el nombre de las medicinas que toman los niños, el precio del helado que les compra cuando los lleva al tiovivo y la frase exacta que le ha dicho la maestra de Mila.

Al cabo de unas semanas, ya no duda en cambiar las cosas de sitio. Vacía por completo los armarios, cuelga bolsitas de lavanda entre los abrigos. Coloca flores en los jarrones. Siente una serena satisfacción cuando, Mila ya en el colegio y Adam dormido, se sienta y contempla su tarea. El piso en silencio está íntegramente bajo su yugo, como un enemigo que pide clemencia.

Pero en la cocina es donde realiza las maravillas más extraordinarias. Myriam le confesó que no sabe hacer nada y que no le apetece intentarlo. La niñera prepara unos platos que a Paul le saben a gloria. Los niños los devoran sin rechistar y sin que sea necesario ordenarles que se acaben lo que tienen delante. Myriam y Paul han recuperado la costumbre de invitar a sus amigos, que disfrutan con la *blanquette* de ternera, el *pot-au-feu*, el jarrete a la salvia y las verduras crujientes que Louise cocina con tanto amor. Felicitan a Myriam, la cubren de cumplidos, pero ella siempre les confiesa: «Nuestra niñera lo ha hecho todo».



Cuando la niña está en el colegio, Louise sujeta a Adam a su cuerpo con un fular grande. Le gusta sentir sus muslos rellenitos sobre su vientre, la baba que se desliza por su cuello mientras duerme. Canta todo el día para este bebé, se emociona ante su pereza. Le da masajes, se enorgullece de lo rollizo que está, de sus mofletes sonrosados. Por la mañana, el bebé la recibe con gorjeos, echándole los bracitos. Durante las semanas siguientes a su llegada, Adam dio sus primeros pasos. Antes lloraba todas las noches, ahora duerme con un sueño apacible hasta la mañana.

En cambio Mila es más arisca. Es una niña frágil con porte de bailarina. Louise la peina con unos moños tan tirantes que los ojos se le achinan. Entonces se asemeja a una de esas heroínas de la Edad Media, de frente ancha y mirada noble y fría. Es una cría difícil, agotadora. Ante cualquier contrariedad reacciona gritando. Se tira al suelo en plena calle, patalea, se arrastra, se resiste, para humillar a Louise. Cuando esta se agacha e intenta hablar con ella, Mila mira para otro lado. Se pone a contar en voz alta las mariposas del papel de la pared. Se mira en el espejo mientras llora. Esta niña está obsesionada por su propio reflejo. En la calle, se fija continuamente en los escaparates. En varias ocasiones, ha tropezado contra algún poste o con algún obstáculo de la acera por estar distraída contemplándose a sí misma.

Mila es lista. Sabe que la gente vigila y que Louise se puede avergonzar. La niñera cede con más facilidad cuando hay público delante. Tiene que dar un rodeo para no pasar frente a la juguetería de la avenida, pues la niña lanza unos gritos estridentes ante el escaparate. Camino del colegio, Mila arrastra los pies. Roba una frambuesa del puesto de una frutería. Se sube a los salientes de las tiendas, se esconde en los portales y sale corriendo a toda velocidad. Louise trata de correr tras ella, empujando el cochecito del bebé, grita el nombre de la niña y esta solo se detiene al llegar a la esquina. A veces, Mila se arrepiente. Se preocupa por la palidez de Louise y los sustos que le hace pasar. Se acerca a ella, zalamera, mimosa, para que la perdone. Se agarra a sus piernas. Lloro y reclama su afecto.

Lentamente, Louise se conquista a la niña. Día tras día, le cuenta cuentos con los mismos personajes. Huerfanitos, niñas que se pierden, princesas prisioneras y castillos abandonados, habitados por unos ogros terribles. Una fauna extraña, hecha de pájaros con picos deformes, osos con una sola pata y unicornios melancólicos, puebla los paisajes de Louise. La niña se queda callada, a su lado, atenta, impaciente. Exige que vuelvan esos personajes. ¿De dónde vienen esos cuentos? Emanan de ella, en un continuo tropel, sin que lo piense, sin el menor esfuerzo de memoria o de

imaginación. ¿De qué lago negro, de qué frondoso bosque ha extraído esos cuentos crueles en los que los buenos mueren al final, no sin antes haber salvado el mundo?

Siempre que oye abrirse la puerta del despacho por las mañanas, Myriam se siente contrariada. Hacia las nueve y media van llegando sus compañeros. Se sirven un café, los teléfonos empiezan a sonar frenéticamente, el parqué cruje, se ha roto la calma.

Myriam llega a la oficina a las 8. La primera. Solo enciende la lámpara de su mesa. Bajo ese halo de luz, en un silencio monacal, recupera la concentración de sus años de estudiante. Se olvida de todo y se sumerge con placer en el examen de los expedientes. A veces camina por el pasillo oscuro, con un papel en la mano, hablando sola. Fuma un pitillo en el balcón mientras se toma un café.

El día que empezó a trabajar de nuevo, se despertó al alba, llena de una excitación infantil. Se puso una falda nueva, tacones, y Louise exclamó: «Está usted guapísima». Despidiéndola en la puerta, con Adam en sus brazos, la niñera empujó hacia la salida a la señora de la casa. «¡No se preocupe por nosotros —insistió—. Por aquí, todo irá bien!».

Pascal recibió a Myriam con afecto. Le asignó el despacho que comunica con el suyo por una puerta que a menudo dejan entreabierta. Apenas dos o tres semanas después de su llegada, Pascal le atribuyó unas responsabilidades a las que los colaboradores experimentados nunca pudieron aspirar. Al cabo de unos meses, trata ella sola los asuntos de una decena de clientes. Pascal la alienta a hacerse con el oficio y a dejar que brote su potencial de trabajo, que él sabe que es inmenso. Ella nunca dice que no. No rechaza ninguno de los expedientes que le encarga, nunca se queja por quedarse hasta tan tarde. Pascal le dice a menudo: «Eres perfecta». Durante varios meses se sumerge en unos casos de poca monta. Defiende a miserables traficantes de droga, a perturbados mentales, a un exhibicionista, a atracadores sin talento, a alcohólicos detenidos al volante. Trata asuntos de deudas, fraudes con las tarjetas de crédito, usurpaciones de identidad.

Pascal cuenta con ella para conseguir nuevos clientes y la anima a dedicar tiempo al turno de oficio. Dos veces al mes acude al Tribunal de Bobigny y se sienta a esperar en los pasillos hasta las nueve de la noche, con los ojos clavados en el reloj, viendo cómo el tiempo no pasa. En alguna ocasión ha perdido la paciencia, respondiendo con brusquedad a unos clientes desorientados. Pero pone su voluntad en hacer las cosas bien y obtiene todo lo que está a su alcance. Pascal se lo repite continuamente: «Te tienes que saber de memoria el caso que llevas». Ella se esfuerza a fondo. Se lee las actas hasta bien entrada la noche. Detecta la mínima inexactitud, el

más leve error de procedimiento. Se empeña con un furor obsesivo, que dará sus frutos. Antiguos clientes la recomiendan a sus amigos. Su nombre circula entre los detenidos. Un joven al que consigue librar de una pena de prisión firme promete recompensarla. «Me has salvado, no lo olvidaré jamás».

Una vez la llamaron en plena noche para asistir a un detenido. Era un antiguo cliente del despacho, acusado de violencia conyugal, aunque le había dicho en una ocasión que era incapaz de levantar la mano contra una mujer. Myriam se vistió a oscuras, a las dos de la madrugada, sin hacer ruido, se inclinó sobre Paul para darle un beso. Él soltó un gruñido y se dio la vuelta.

Su marido le reprocha a menudo que trabaje tanto, y ella se enfada. Él se ofende por su reacción y exagera su preocupación por ella. Finge que lo que le inquieta es su salud, que Pascal la esté explotando. Ella evita pensar en sus hijos. Evita que la corroa la culpa. Por momentos, se imagina que todos se alían contra ella. Su suegra intenta convencerla de que «si Mila enferma con tanta frecuencia es porque se siente sola». Sus colegas nunca le proponen tomar una copa después del trabajo, y se sorprenden de las noches que pasa en el despacho. «¿Tú no tienes hijos o qué?». Incluso la maestra, que la convocó una mañana para comentarle un incidente absurdo entre Mila y una niña de su clase. Cuando Myriam se excusó por no haber asistido a las últimas reuniones, y haber enviado a Louise en su lugar, la mujer, de pelo gris, hizo un amplio gesto con la mano. «¡Si usted supiera! Es el mal del siglo. Todas esas pobres criaturas abandonadas a su suerte, mientras el padre y la madre están devorados por la misma ambición. No hay duda: se pasan la vida corriendo. ¿Sabe cuál es la frase que los padres repiten más a sus hijos?: “¡Date prisa!”. Y, evidentemente, todo recae sobre nosotros. Los niños nos hacen pagar sus angustias y su sentimiento de abandono».

Myriam había sentido un deseo incontenible de ponerla en su sitio, pero no fue capaz. ¿Sería por culpa de esa silla pequeñita en la que estaba incómodamente sentada, en una clase con olor a plastilina? La decoración, la voz de la maestra la devolvían con fuerza a su infancia, a esa edad de la obediencia y de las imposiciones. Myriam sonrió. Le dio las gracias torpemente y le prometió que Mila se portaría mejor. Se contuvo para no lanzar a la cara de aquella vieja harpía su misoginia y sus lecciones de moral. Temía que la mujer del pelo gris lo pagara con su hija.

Pascal sí que entiende su rabia, su intenso apetito de reconocimiento y de retos a su medida. Entre los dos se ha desatado un combate en el que sienten un ambiguo placer. Él la empuja, ella se le enfrenta. Él la agota, ella no lo defrauda. Una tarde, la invita a tomar una copa después del trabajo. «Pronto cumplirás seis meses con nosotros, hay que celebrarlo, ¿no?». Caminan en silencio por la calle. Le cede el paso en el *bistró* y ella sonríe. Se sientan al fondo de la sala en un banco tapizado. Pascal pide una botella de vino blanco. Hablan de un caso que tienen entre manos, y enseguida se ponen a evocar recuerdos de sus años universitarios. De la fiesta por todo lo alto que había organizado una amiga en común, Charlotte, en su palacete del

distrito 18. Del ataque de pánico, absolutamente tronchante, de la pobre Céline el día de los exámenes orales. Myriam bebe rápido y Pascal la hace reír. No le apetece irse a casa. Le gustaría no tener a nadie a quien avisar de que llegará tarde, a nadie que la espere. Pero está Paul. Y los niños.

Una tensión erótica, sutil, excitante, le arde en la garganta y en los senos. Se pasa la lengua por los labios. Tiene ganas de algo. Por primera vez desde hace tiempo, siente un deseo gratuito, frívolo, egoísta. Un deseo de sí misma. Por mucho que quiera a Paul, el cuerpo de su marido está como lastrado de recuerdos. Cuando la penetra, él entra en su vientre de madre, un vientre pesado, donde su esperma se ha alojado tantas veces. Su vientre de pliegues y ondas, donde han construido juntos su hogar, donde florecieron tantas penas y alegrías. Paul le masajeó sus piernas hinchadas y amoratadas. Vio la sangre desparramarse por las sábanas. Paul le sostuvo la cabeza y la frente mientras vomitaba, en cuclillas. La oyó gritar. Le enjugó el sudor de su rostro cubierto de angiomas mientras empujaba. Extrajo de ella a sus hijos.

Siempre se negó a admitir que los niños fueran un obstáculo a su éxito, a su libertad. Como un ancla que arrastra hasta el fondo, que empuja la cara del ahogado hacia el fango. Saberlo la sumió al principio en una profunda tristeza. Lo consideraba injusto, en extremo frustrante. Se había dado cuenta de que ya no podría vivir sin ese sentimiento de saberse incompleta, de hacer las cosas mal, de sacrificar una parte de su vida en beneficio de otros. Para ella, se había vuelto un drama, pues se negaba a renunciar al sueño de aquella maternidad ideal. Se obstinaba en creer que todo era posible, que cumpliría todos sus objetivos, que no se sentiría amargada ni agotada. Que no jugaría a ser una Madre Coraje ni una mártir.

Casi a diario, Myriam recibe mensajes de su amiga Emma, que cuelga en las redes sociales retratos de color sepia de sus dos retoños rubios. Unos niños perfectos jugando en el parque y que van a un colegio que desarrollará las dotes que ella adivina que poseen. Les ha puesto unos nombres impronunciables, extraídos de la mitología nórdica. Le encanta explicar su significado. Emma también está guapa en las fotos que ha colgado. El marido no aparece nunca, eternamente dedicado a sacar fotografías de una familia ideal de la que forma parte solo como espectador. Aunque hace lo imposible para salir en el encuadre, con su barba, sus jerséis de lana natural y esos pantalones ceñidos e incómodos que se pone para ir al trabajo.

Myriam jamás se atrevería a contarle a Emma ese pensamiento fugaz, esa idea que más que cruel es vergonzante, y que le viene a la mente cuando observa a Louise con sus hijos. Solo seremos felices, se dice, cuando ya no nos necesitemos unos a otros. Cuando cada cual viva su propia vida, una vida que nos pertenezca, en la que nadie interfiera. Cuando seamos libres.

Myriam va a la puerta de entrada y mira por la mirilla. Cada cinco minutos, dice: «Están tardando». Y eso pone nerviosa a Mila. Sentada en el borde del sofá, con ese horroroso vestido de tafetán, la niña está a punto de llorar.

—¿Crees que no van a venir?

—Claro que vendrán —responde Louise—. Dales tiempo a que lleguen.

Los preparativos para el cumpleaños de Mila han adquirido unas proporciones que sobrepasan a Myriam. Louise lleva dos semanas hablando de ello. Cuando Myriam llega del despacho, al final de la tarde, agotada, le enseña las guirnaldas que ha confeccionado ella misma. Le describe con una voz histérica el vestido de tafetán que ha visto en una *boutique* y que —está segurísima— le va a encantar a Mila. Myriam se ha contenido varias veces para no desairarla. Está harta de esas ridículas preocupaciones. ¡Mila es tan pequeña! No ve interés alguno en alterarse de ese modo. Pero Louise se la queda mirando, con esos ojos pequeñitos abiertos de par en par. Intenta poner de su lado a Mila, que está exultante de felicidad. Lo más importante es el placer de esta princesa, la magia del próximo cumpleaños. Myriam se guarda para ella sus sarcasmos. Se siente culpable y promete que hará todo lo posible para asistir a la fiesta.

Louise ha decidido organizaría un miércoles por la tarde, pues los niños no tienen clase y así se asegura de que estén en París y asistan todos. Al salir para el despacho por la mañana, Myriam ha prometido que estaría de vuelta después de comer.

Cuando llegó del trabajo, al principio de la tarde, por poco suelta un grito. Ya no reconocía su casa. El salón estaba literalmente transformado, chorreando de purpurina, globos, guirnaldas de papel. Para colmo, el sofá había sido retirado, para que los niños pudieran jugar a gusto. Incluso la mesa de roble, que pesaba tanto y que nunca se había movido de donde estaba, había sido trasladada al otro lado del cuarto.

—¿Quién ha cambiado de sitio los muebles? ¿Le ha ayudado Paul?

—No —responde Louise—. Lo he hecho yo sola.

Myriam, incrédula, tiene ganas de echarse a reír. Es una broma, piensa, viendo sus brazos menudos, delgados como palillos. Luego recuerda que ya se había asombrado de la fuerza tan sorprendente de Louise. En una o dos ocasiones, le impresionó el modo con qué levantaba unos paquetes pesados y voluminosos, a la vez que llevaba en brazos a Adam. Tras ese físico frágil, delgado, oculta una fuerza de gigante.

Louise se ha pasado la mañana hinchando globos a los que da forma de animales, y los ha colgado por todas partes, desde la entrada hasta en los tiradores de los cajones de la cocina. Ella misma ha hecho la tarta de cumpleaños, una enorme *charlotte* con frutos rojos, toda decorada.

Myriam lamenta haberse pedido la tarde libre. Habría estado tan bien en la tranquilidad de su despacho. El cumpleaños de su hija le genera angustia. Teme asistir al espectáculo de unos niños que se aburren y se impacientan. No le apetece mediar entre los que se pelean, ni consolar a aquellos cuyos padres se retrasan en recogerlos. Unos recuerdos amargos de su propia infancia acuden a su memoria. Se ve a sí misma sentada sobre una tupida alfombra de lana blanca, aislada del grupo de niñas que juegan a las cocinitas. Había dejado derretir un trozo de chocolate entre los hilos de lana e intentó disimular un estropicio que empeoró las cosas. La madre de la amiga que cumplía años la regañó delante de todos.

Se esconde en su dormitorio, cierra la puerta y finge que está absorta en la lectura de sus correos electrónicos. Sabe que puede contar, como siempre, con la niñera. El timbre no deja de sonar. El salón está a rebosar de gritos infantiles. Louise ha puesto música, Myriam sale discretamente de su cuarto y observa a los niños aglutinados a su alrededor. La rodean, cautivados por completo. Ha preparado canciones y trucos de magia. Se disfraza ante los ojos estupefactos de los niños, y estos, que no son fáciles de engañar, saben que Louise es uno de ellos. Allí está ella, arrebatadora, alegre, bromista. Canta canciones, imita los ruidos de los animales. Incluso se sube a la espalda a Mila y a un amiguito ante los chavales que lloran de la risa y le suplican que los deje participar a ellos también en el rodeo.

Myriam admira en Louise la capacidad de jugar. Jugar de verdad, animada por esa omnipotencia que solo poseen los niños. Una tarde, al llegar del despacho, la encuentra tumbada en el suelo con la cara pintarrajeada. En las mejillas y en la frente, unos trazos negros y gruesos a modo de máscara guerrera. Se ha hecho un tocado de plumas con papel crespón. En mitad del salón ha montado una improvisada tienda de indios con una sábana, una escoba y una silla. De pie, con la puerta entreabierta, Myriam se siente violenta. La observa retorciéndose en el suelo, soltando unos gritos salvajes, y la escena le molesta. Se diría que está borracha. Es lo primero que se le ocurre. Al verla, Louise se incorpora, con las mejillas enrojecidas y un andar titubeante. «¡Qué hormigueo, se me han dormido las piernas!», dice como excusándose. Adam se aterra a sus pantorrillas y Louise ríe, con una risa que pertenece todavía al país imaginario en el que han fijado su juego.

Quizá, se dice Myriam para tranquilizarse, también es una niña. Se toma muy en serio los juegos que organiza con Mila. Por ejemplo, el de policías y ladrones, y Louise se deja encerrar tras unos barrotes imaginarios. Otras veces, ella representa el orden y persigue a Mila. En cada ocasión, inventa una geografía determinada que Mila debe memorizar. Crea disfraces, elabora un escenario lleno de acción. Prepara el decorado con minucioso cuidado. La niña acaba cansándose. «¡Venga, otra vez!», suplica Louise.

Myriam no lo sabe, pero lo que más le gusta a Louise es jugar al escondite. Salvo que en este juego no hay que contar, no hay reglas, lo importante es el efecto sorpresa. Sin avisar, Louise desaparece. Se acurruca en un rincón y deja que los niños la busquen. Escoge lugares desde donde puede verlos sin ser vista. Se desliza debajo de la cama o detrás de una puerta y permanece inmóvil. Contiene la respiración.

Entonces Mila comprende que ha empezado el juego. Grita, como una loca, y da palmadas. Adam va tras ella, y se ríe tanto que le cuesta mantenerse de pie, se cae varias veces para atrás. La llaman pero no contesta. «Louise, ¿dónde estás? ¡Cuidado, Louise, que llegamos, te vamos a encontrar!».

Se queda callada. No sale de su escondrijo, ni siquiera cuando gritan, lloran, se desesperan. Agazapada en la oscuridad, espía el pánico de Adam, postrado, sacudido por los sollozos. El pequeño no entiende. Llama a Louise, sin pronunciar la última sílaba, los mocos le chorrean por los labios, las mejillas las tiene moradas de rabia. Mila también siente miedo. Durante un instante, se cree que se ha marchado de verdad, los ha abandonado en esta casa sobre la que caerá la noche, están solos y ella

no regresará. La angustia se vuelve insoportable, y Mila suplica a la niñera. Dice: «Louise, este juego ya no es divertido. ¿Dónde estás?». La cría se pone nerviosa, golpea el suelo con los pies. Louise espera. Los observa como quien estudia la agonía de un pez recién capturado, con las agallas ensangrentadas, el cuerpo presa de convulsiones. Un pez que colea sobre el suelo del barco, chupando el aire con la boca agotada, un pez sin oportunidad alguna de salvarse.

Poco a poco, Mila ha descubierto sus escondites. Ha entendido que debe empujar las puertas, alzar las cortinas, agacharse para mirar bajo el somier. Pero Louise es tan menuda que siempre encuentra nuevas madrigueras donde refugiarse. Se escurre dentro del cesto de la ropa sucia, debajo del escritorio de Paul, en el fondo de un armario y se tapa con una manta. Alguna vez se ha escondido en la cabina de la ducha en la oscuridad del cuarto de baño. Mila, entonces, busca sin éxito. Solloza y Louise se inmoviliza. La desesperación de la niña no la hace claudicar.

Un día, Mila deja de llorar. Louise ha caído en su propia trampa. Mila calla, da vueltas alrededor del escondite y finge no descubrirla. Se sienta sobre el cesto de la ropa sucia y Louise nota que se está asfixiando. «¿Hacemos las paces?», murmura la niña.

Pero no se rinde. Sigue callada, con las rodillas pegadas a la barbilla. Los pies de la niña dan golpes suaves contra el cesto de mimbre. «Louise, sé que estás ahí», dice riendo. De pronto, Louise se levanta, con tal brusquedad que sorprende a Mila y esta cae precipitadamente al suelo. Se golpea la cabeza contra las baldosas de la ducha. Mareada, la niña llora y, luego, frente a una Louise triunfante, resucitada, que la observa desde lo alto de su victoria, su terror se convierte en histérica alegría. Adam ha corrido hasta el cuarto de baño y se une al jolgorio de las dos chiquillas que ríen sin parar.

Stéphanie

Con ocho años, Stéphanie ya sabía cambiar pañales y preparar un biberón. Sus gestos eran seguros, y pasaba la mano, sin que le temblara, por debajo de la frágil nuca de los bebés cuando los levantaba de la cuna de barrotes. Sabía que había que acostarlos boca arriba y no zarandearlos. Los bañaba, con la mano sujetando firmemente los hombros del crío. Los gritos, los vagidos de los recién nacidos, sus risas, sus llantos mecieron sus recuerdos de hija única. Todos estaban encantados con el cariño que les dedicaba. Veían en ella una fibra materna y un sentido de la entrega insólito en una niña tan pequeña.

En esa época, su madre, Louise, cuidaba a bebés en su propia casa. O más bien, en casa de Jacques, como se obstinaba este en corregir. Por la mañana, las madres le dejaban a sus hijos. Stéphanie recuerda a aquellas mujeres, apresuradas y tristes, que al salir pegaban la oreja a la puerta. Louise le había enseñado a oír sus pasos angustiados en el corredor del rellano. Algunas volvían a su trabajo enseguida, después del parto, y depositaban a sus minúsculos bebés en los brazos de Louise. También le entregaban en unas bolsas opacas la leche que se habían extraído de los senos durante la noche y que ella guardaba en la nevera. Stéphanie recuerda los botecitos ordenados en las baldas con los nombres de cada niño. Una noche se levantó y abrió uno que llevaba el nombre de Jules, un bebé de mejillas coloradas que la había arañado con sus uñas puntiagudas. Se lo bebió de un trago. Nunca olvidó el sabor a melón podrido, agrio, que se le quedó en la boca durante varios días.

Los sábados por la noche solía acompañar a su madre, que hacía de canguro en unas casas que a Stéphanie le parecían inmensas. Aquellas señoras, bellas e importantes, dejaban en las mejillas de sus hijos una huella de carmín, mientras salían por el pasillo. A los maridos no les gustaba esperar en el salón, molestos por la presencia de Louise y Stéphanie. Daban zancadas de un lado a otro, con una sonrisa estúpida en los labios. Reprendían a sus esposas mientras las ayudaban a ponerse el abrigo. Antes de salir, la mujer se agachaba, haciendo equilibrios sobre sus finos tacones, y secaba las lágrimas de las mejillas de su hijo. «No llores más, cariño. Louise te va a contar un cuento y te va a mimar, ¿verdad que sí, Louise?». Louise asentía. Retenía enérgicamente al niño que se resistía, gritaba, reclamando a su madre. Había veces en que Stéphanie los odiaba. No aguantaba que pegaran a Louise, que se dirigieran a ella como pequeños tiranos.

Mientras Louise acostaba a los pequeños, Stéphanie registraba en los cajones, en las cajitas de adorno. Sacaba los álbumes de fotos, ocultos en las mesas bajas. Louise se ponía a limpiar. Lavaba los cacharros, pasaba un trapo por la encimera de la cocina. Doblaban la ropa que la señora había descartado para salir esa noche y dejado en desorden sobre la cama. «No te pagan para lavar los cacharros —le decía

Stéphanie—. Ven a sentarte conmigo». Pero a Louise le encantaba. Le encantaba ver el rostro feliz de los padres que al regresar observaban que, además de hacer de canguro, les limpiaba la casa gratuitamente.

Los Rouvier, para los que trabajó durante varios años, las llevaron una vez con ellos a su casa de campo. Louise trabajaba y Stéphanie estaba de vacaciones. Pero ella no había ido allí, como los niños de los dueños, a tomar el sol y a atiborrarse de fruta. No había ido allí para incumplir las reglas, acostarse tarde y aprender a montar en bici. Si Stéphanie estaba allí era porque nadie sabía qué hacer con ella. Su madre le decía que se mostrase discreta, que jugara en silencio. Que no diera la impresión de que se estaba aprovechando. «Por mucho que digan que en cierto modo estas son también nuestras vacaciones, no les gustará que te diviertas demasiado». En la mesa, se sentaba al lado de su madre, lejos de los señores de la casa y de sus invitados. Recuerda que la gente hablaba, no paraba de hablar. Su madre y ella bajaban la vista y comían en silencio.

A los Rouvier les costaba aceptar la presencia de la niña. Les molestaba, era un malestar casi físico. Sentían una vergonzante antipatía hacia aquella niña torpe, morena, de rostro sin expresión y con aquel bañador descolorido. Cuando se sentaba en el salón, junto al pequeño Héctor y a Tancrede, para ver la televisión, los padres no podían evitar sentirse incómodos. Siempre acababan pidiéndole algún recado —«Stéphanie, rica, ve a por mis gafas, que me he dejado en la entrada»— o le decían que su madre la esperaba en la cocina. Por fortuna, Louise prohibía a su hija acercarse a la piscina, sin necesidad de que los Rouvier intervinieran.

La víspera del día en que acababan las vacaciones, Héctor y Tancrede invitaron a unos amiguitos vecinos a jugar con el trampolín recién estrenado. Stéphanie, que les llevaba muy poco, hacía unas piruetas impresionantes. Saltos mortales, acrobacias que suscitaban gritos entusiastas de los demás niños. Madame Rouvier no tuvo más remedio que pedir a Stéphanie que se bajara para dejar jugar a los demás. Se acercó al marido y con una voz compasiva le dijo: «Mejor es que no le propongamos más que venga. Tiene que ser muy duro para ella. Le debe de entristecer ver todo lo que no está a su alcance». El marido sonrió, aliviado.

Myriam lleva esperando toda la semana que llegue este día. Abre la puerta de su casa. El bolso de Louise está sobre un sillón del salón. Oye unas voces infantiles cantando. Una ratita verde, unos barquitos que navegan sobre el agua, y algo que gira, algo que flota. Entra de puntillas. Louise está arrodillada en el suelo, inclinada sobre la bañera. Mila moja el cuerpo de su muñeca pelirroja en el agua y Adam aplaude con sus manitas mientras canturrea. Con delicadeza, Louise retira montoncitos de espuma y los posa en la cabeza de los niños. Se ríen de esos sombreros que vuelan cuando ella sopla.

Mientras regresaba a casa en el metro, estaba impaciente como una enamorada. No ha visto a sus hijos en toda la semana, y hoy se ha prometido a sí misma que se dedicará por entero a ellos. Se meterán juntos en su cama. Les hará cosquillas, los besará, los apretará contra ella hasta que se mareen y protesten, agobiados por sus abrazos.

Escondida detrás de la puerta del cuarto de baño, los observa e inspira hondo. Siente una necesidad apremiante de alimentarse de la piel de sus niños, de besar sus manitas, de oírles decir «mamá» con sus voces agudas. De golpe se siente sentimental. Es la consecuencia de ser madre. A veces se vuelve un poco boba. Ve en hechos corrientes algo excepcional. Se emociona por nada.

Esta semana ha estado llegando tarde a casa a diario. Los niños van dormían, y, al marcharse Louise, en alguna ocasión se ha tendido junto a Mila, en su camita, para respirar el olor delicioso del pelo de su hija, un olor químico a caramelo de fresa. Esta noche les permitirá lo que habitualmente les prohíbe. Comerán debajo del edredón unos sándwiches untados con una pasta de mantequilla salada y chocolate. Verán una película de dibujos animados y se acostarán tarde, acurrucados todos juntos en su cama. Por la noche, le darán patadas en la cara, dormirá mal por temor a que Adam se caiga.

Los niños salen del agua y corren a lanzarse, desnudos, a los brazos de su madre. Louise se pone a ordenar el cuarto de baño. Limpia la bañera con un estropajo, y Myriam le dice: «No hace falta, no se moleste. Es tarde. Márchese a casa. Ha debido de ser un día muy duro». Louise finge que no la oye y, agachada, sigue frotando los bordes de la bañera y ordenando los juguetes que los niños han dejado tirados.

Dobla las toallas. Vacía la lavadora y destapa la cama de los niños. Deja el estropajo en un armario de la cocina, saca una olla y la pone en el fuego. Impotente, Myriam la observa moverse de un lado para otro. Intenta convencerla. «No se

preocupe, lo haré yo». Intenta quitarle la olla de las manos, pero Louise la sujeta con fuerza. Con delicadeza, aparta a Myriam. «Usted tiene que descansar —le dice—. Estará agotada. Aproveche para disfrutar de sus hijos, voy a prepararles la cena. Ni siquiera me verá».

Y es verdad. A medida que pasan las semanas, se esmera en convertirse a la vez en invisible e indispensable. Myriam ya no la avisa si se va a retrasar en el despacho y Mila ha dejado de preguntar cuándo llegará mamá. Louise está ahí, sosteniendo ella sola este frágil edificio. Myriam acepta esa sobreprotección. Cada vez se desentiende de más tareas, se las encomienda a una Louise agradecida. Es como esas siluetas que en el teatro, a oscuras, cambian el decorado del escenario. Levantan un diván, corren con la mano una columna, un tabique de cartón. Louise se mueve entre bambalinas, discreta y poderosa. Maneja los hilos sin los que la magia no existe. Es Visnú, la divinidad nutricia, celosa y protectora. Es la loba a cuyos pechos ellos acuden a beber, la fuente infalible de la felicidad del hogar.

La miran pero no la ven. Es una presencia íntima pero nunca familiar. Llega cada vez más temprano y se va cada vez más tarde. Una mañana, al salir de la ducha, Myriam se da de bruces, desnuda, con la niñera que ni siquiera ha parpadeado. «¿Qué más le da a ella mi cuerpo? —se tranquiliza Myriam—. Ella no tiene ese tipo de pudor».

Louise anima al matrimonio a salir a divertirse. «Ustedes tienen que aprovechar su juventud», les dice mecánicamente. Myriam hace caso de sus consejos. La considera una mujer sensata y bondadosa. Una noche, Myriam y Paul acuden a una fiesta, en casa de un músico que este acaba de conocer, una buhardilla en el lujoso distrito 6. El salón es diminuto, de techos bajos, y los invitados están apretados unos contra otros. Un ambiente muy alegre reina en ese cuchitril donde enseguida todos se ponen a bailar. La mujer del músico, una rubia alta con los labios pintados de fucsia, pasa canutos de hierba y sirve vodka en vasitos helados. Myriam charla con unas personas que no conoce pero se ríe con ellas a carcajadas. Lleva una hora sentada en la cocina, en el borde de la encimera. A las tres de la madrugada, los invitados tienen hambre y la bella rubia prepara una tortilla de champiñones que comen todos de la misma sartén, hundiendo ruidosamente los tenedores.

Cuando regresan a casa, hacia las cuatro de la madrugada, encuentran a Louise dormida en el sofá, con las piernas recogidas contra el pecho y las manos cruzadas. Paul la cubre delicadamente con una manta. «No la despertemos. Parece descansar tan a gusto». Y a partir de entonces, se queda a dormir una o dos noches por semana. Nunca se ha dicho de modo explícito, no han hablado de ello, pero Louise construye pacientemente su nido en mitad de la casa.

Paul se preocupa, pues los horarios son demasiado largos. «No me gustaría que algún día nos acuse de explotarla». Myriam le promete que todo volverá a su cauce.

Ella, que es tan rígida, tan recta, se reprocha el no haberlo hecho antes. Hablará con Louise, pondrá las cosas en claro. Por un lado se siente violenta, pero en el fondo está encantada de que Louise se imponga a sí misma esas tareas domésticas que ella nunca le ha pedido. Myriam se deshace en excusas. Cuando llega tarde del despacho, le dice: «Perdone que abuse de su amabilidad». Y Louise responde sistemáticamente: «Estoy aquí para eso. No se preocupe».

Myriam le hace regalos con frecuencia. Unos pendientes, comprados en alguna tienda barata al salir del metro. Un bizcocho a la naranja, el único capricho dulce que sabe que le gusta. Le regala ropa que ya no usa, aunque durante mucho tiempo pensó que podía resultar en cierto modo humillante. Hace lo posible para no herir la sensibilidad de Louise, no despertar en ella envidia o tristeza. Cuando va de tiendas, para ella o para sus hijos, esconde la ropa recién comprada en una vieja bolsa de tela y no la abre hasta que ella se ha marchado. Paul la felicita por dar muestras de tanta delicadeza.



En el entorno de Paul y Myriam, todos acaban conociendo a Louise. Algunos se han cruzado con ella en el barrio o en la casa. Otros solo han oído hablar de las proezas de esta niñera irreal, surgida de un libro de cuentos.

Las «cenas de Louise» se han convertido en una tradición, una cita a la que acuden todos los amigos de Myriam y Paul. Conoce los gustos de cada uno. Sabe que Emma oculta su anorexia tras una sabia ideología vegetariana. Que a Patrick, el hermano de Paul, le chiflan la carne y los champiñones. Las cenas se suelen organizar los viernes. Se pasa toda la tarde cocinando mientras los niños juegan en el suelo a su lado. Ordena la casa, adorna un jarrón con flores y prepara una bonita mesa. Cruza París para comprar unos metros de tela con los que ha hecho un mantel. Cuando ha dejado la mesa puesta, la salsa en su punto y el vino en una jarra, se marcha discretamente. A veces se cruza con algún invitado en el vestíbulo o en la boca del metro. Responde con timidez a sus cumplidos y a sus sonrisas cómplices, mientras hacen el gesto de tocarse la barriga y de relamerse de gusto.

Una noche, Paul insiste en que se quede a cenar. No es un día cualquiera. «¡Tenemos muchas cosas que celebrar!». Pascal le ha encargado a Myriam un caso muy importante, que está a punto de ganar gracias a una defensa hábil y tenaz. Paul también está alegre. Hace una semana, estaba en el estudio de grabación trabajando sobre sus propias mezclas cuando un cantante conocido entró en la cabina. Hablaron durante horas sobre sus gustos comunes, los arreglos que imaginaban, el material increíble que podrían conseguir, y el cantante propuso a Paul realizar su próximo disco. «Hay años así, en los que todo nos sonríe. Debemos disfrutar de esas ocasiones», decide Paul. Le pasa a Louise un brazo por los hombros y la mira sonriente. «Lo quiera o no, usted cena hoy con nosotros».

Louise se refugia en el dormitorio de los niños. Se tiende un largo rato junto a Mila. Acaricia las sienes y el pelo de la niña. Observa en la luz azulada de la lamparita de noche el rostro plácido de Adam. No se decide a salir. Oye abrirse la puerta de entrada y risas en el pasillo. Descorchan una botella de champán, corren un sillón contra la pared. En el cuarto de baño, Louise se ajusta el moño y se pone una sombra malva en los párpados. Myriam, en cambio, nunca se maquilla. Esta noche lleva unos vaqueros estrechos y una camisa de Paul remangada.

«No se conocen, ¿verdad? Pascal, te presento a nuestra Louise. ¡Ya sabes que todos nos la envidian!». Myriam rodea los hombros de Louise con su brazo. Sonríe y se aparta, algo violenta por la familiaridad de su gesto.

—Louise, le presento a Pascal, mi jefe.

—¿Tu jefe? No digas tonterías. Trabajamos juntos. Somos colegas. —Pascal se ríe animadamente y tiende la mano a Louise.

Louise se ha sentado en una esquina del sofá, y sujeta la copa de champán con sus largos dedos con las uñas pintadas. Está nerviosa como una extranjera, una exiliada que no entendiera la lengua que se habla a su alrededor. A un lado y otro de la mesa baja, intercambia con los demás invitados unas sonrisas de circunstancias y amables. Alzan la copa, brindan por el talento de Myriam, por el cantante de Paul, del que alguien canturrea una melodía. Hablan del trabajo de cada cual, de terrorismo, del sector inmobiliario. Patrick cuenta sus planes para las vacaciones en Sri Lanka.

Emma, sentada al lado de Louise, le habla de sus hijos. De ese tema, Louise sí que puede opinar. Emma comenta sus preocupaciones a una Louise que se muestra tranquilizadora. «Eso sucede a menudo. No tiene por qué preocuparse», le dice. Emma, que se angustia por nada y a la que nadie hace caso, envidia a Myriam por poder contar con esta niñera de rostro de esfinge. Emma es una mujer dulce a la que solo traicionan sus manos, siempre encogidas. Es una mujer sonriente pero envidiosa. A la vez coqueta y terriblemente acomplejada.

Vive en el distrito 20, en una zona donde han transformado las casas desalojadas de okupas en guarderías ecológicas. Tiene una casita, decorada de tal modo que uno casi se siente incómodo en ella. Da la impresión de que su salón, rebosante de adornos y de cojines, sirve más para despertar envidia que para sentarse confortablemente en él.

«La escuela del barrio es una catástrofe. Los niños escupen en el suelo. Cuando pasas delante de la entrada, los oyes tratarse entre ellos de “puta” y de “marica”. No es que yo quiera decir que en la escuela privada nadie diga “puta”. Pero lo dicen de una manera diferente, ¿no os parece? Al menos son conscientes de que solo lo pueden decir entre ellos. Saben que eso está mal».

Emma ha oído incluso decir que algunos padres llevan a sus hijos en pijama, y con más de media hora de retraso. Que una madre que lleva pañuelo se negó a dar la mano al director.

«Es triste decirlo, pero creo que Odin es el único blanco de su clase. Sé que no debemos dejarnos influir, pero me pregunto cómo reaccionaría yo si llega un día a casa invocando a Dios y hablando en árabe». Myriam le sonríe. «Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?».

Se levantan todos riendo y pasan a cenar. Paul coloca a Emma a su lado. Louise se va a la cocina apresuradamente y la reciben con gritos de bravo cuando regresa con una fuente en la mano. «Se ha puesto colorada», dice Paul divertido, con una voz demasiado aguda. Durante unos minutos, ella es el centro de atención. «¿Cómo habrá hecho esta salsa?». «¡Qué buena idea ponerle jengibre!». Los invitados alaban sus

proezas, y Paul empieza a hablar de ella —«nuestra *nunú*»— como cuando se habla de los niños o de los ancianos en su presencia. Paul sirve el vino, y las conversaciones muy pronto se alzan sobre esos alimentos terrenales. Hablan cada vez más alto. Apagan sus cigarrillos en los platos, y las colillas flotan en los restos de salsa. Nadie ha notado que Louise se ha retirado a la cocina y que está limpiándola, entregada a la tarea.

Myriam lanza a Paul una mirada de fastidio. Finge que le divierten sus chistes, pero le irrita cuando está bebido. Pierde el decoro, el sentido de la realidad y se pone pesado. En cuanto se pasa con la bebida, propone invitaciones a gente insoportable, hace promesas que no cumplirá. Miente. Pero no parece notar que su mujer está molestísima. Abre otra botella de vino y da una sonora palmada en el borde de la mesa. «Este año, nos vamos a dar un capricho y nos llevaremos a la niñera de vacaciones. Hay que aprovecharse de la vida, ¿no?». Louise, con una pila de platos en las manos, sonríe.

A la mañana siguiente, Paul se despierta vestido, con la camisa arrugada y los labios manchados de vino. Mientras se ducha, rememora por fragmentos la velada. Recuerda su propuesta y la mirada asesina de su esposa. Se siente como un idiota y agotado antes de tiempo. Aquello fue una metedura de pata que tendrá que arreglar. O hacer como que no dijo nada, olvidarse, dejar que pase el tiempo. Sabe que Myriam se burlará de él, de sus promesas de borracho. Le reprochará su inconsciencia financiera y su desenvoltura para con Louise. «Por tu culpa, se sentirá desilusionada, pero como es tan bondadosa, no se atreverá a decírtelo». Myriam le recordará crudamente las facturas que hay que pagar, lo devolverá a la realidad. Dirá por último: «Siempre te pasa lo mismo cuando bebes».

Pero Myriam no parece enfadada. Tendida en el sofá con Adam en sus brazos, le lanza una sonrisa de una dulzura impresionante. Lleva un pijama de hombre, que le sobra por todas partes. Paul se sienta a su lado, ronronea en su cuello cuyo aroma a hierba le encanta. «¿Es cierto lo que dijiste ayer? ¿Podremos llevárnosla este verano? —le pregunta ella—. ¡Te imaginas! Por una vez disfrutaríamos de unas auténticas vacaciones. Y Louise estaría encantada: ¿qué otro pian mejor que este podría tener?».

Hace tanto calor que Louise ha dejado entornada la ventana de la habitación del hotel. Los gritos de los borrachos y el chirrido de los frenos de los coches no despiertan a Adam ni a Mila que duermen profundamente, con la boca abierta, y una pierna fuera de la cama. Solo pasarán una noche en Atenas, y comparte con los niños una habitación minúscula, para ahorrar. Se rieron mucho. Se acostaron tarde. Adam estaba radiante de felicidad, bailó en la calle, en el pavimento de Atenas, y unos señores mayores dieron palmas, seducidos por su danza. A Louise no le gustó la ciudad por la que caminaron toda la tarde bajo un sol ardiente y las protestas de los niños. Solo piensa en el día siguiente, cuando viajen a las islas cuyas leyendas y mitos Myriam contó a los pequeños.

Myriam no sabe narrar bien. Tiene una forma fastidiosa de articular las palabras complicadas, y acaba todas las frases con la muletilla «¿Me entiendes?», o «¿Ves?». Pero Louise ha escuchado atentamente, como una niña aplicada, la historia de Zeus y de la diosa de la guerra. Al igual que Mila, le gusta Egeo, que se arrojó al mar al que dio su nombre, ese mar en el que ella navegará por primera vez.

Por la mañana, tiene que sacar a la fuerza de la cama a Mila. La niña sigue durmiendo mientras ella la desviste. En el taxi que los lleva al puerto del Pireo, Louise intenta acordarse de los dioses antiguos, pero se ha olvidado de todos. Ya no los sabe. Tendría que haber anotado en su libreta con tapas de florecitas los nombres de esos héroes. Así podría pensar en ellos, luego, cuando esté sola. En la entrada del puerto se ha formado un enorme atasco de coches y los policías intentan dirigir el tráfico. Ya hace mucho calor y Adam, sentado en el regazo de Louise, está empapado de sudor. Unos inmensos carteles luminosos indican los muelles donde están atracados los barcos que zarpan hacia las islas, pero Paul no los entiende. Está de mal humor, se enfada. El taxista no puede avanzar, se encoge de hombros con aire resignado. No habla inglés. Paul le paga. Se bajan del taxi y corren hacia el embarcadero, arrastrando las maletas y el cochecito de Adam. La tripulación está a punto de retirarla escalerilla cuando ven llegar a la familia, apresurada, perdida, haciendo señas desesperadas. Han tenido suerte.

Nada más instalarse en el barco, los niños se quedan dormidos. Adam, en los brazos de su madre, y Mila con la cabeza recostada en las rodillas de Paul. Louise quiere ver el mar y los contornos de las islas. Sube a cubierta. Una mujer está tumbada boca arriba en un banco. Lleva un bañador de dos piezas: una braga muy fina y una tira rosa que apenas le cubre el pecho. Tiene un pelo muy seco y de color

rubio platino, pero lo que llama la atención de Louise es su piel. Una piel violácea, cubierta de grandes manchas oscuras. En algunas partes, en el interior de los muslos, las mejillas, el escote, su epidermis está cubierta de ampollas, en carne viva, como quemada. Está inmóvil. Como una desollada cuyo cadáver se ofreciera en espectáculo a la muchedumbre.

Louise se marea. Inspira con fuerza. Cierra los ojos, luego los abre, incapaz de dominar el vértigo. No puede moverse. Se ha sentado en un banco, de espaldas al paisaje, lejos de la borda. Le gustaría mirar el mar, recordar esto, esas islas de orillas blancas que los turistas señalan con el dedo. Le gustaría grabar en su memoria el perfil de los veleros que han soltado el ancla y las finas siluetas que se zambullen en el agua. Le gustaría, pero tiene el estómago revuelto.

El sol quema cada vez más, y ahora hay mucha gente observando a la mujer tendida en el banco. Se ha tapado los ojos con unos parches y el viento le impide seguramente oír las risas contenidas, los comentarios, los murmullos. Louise no puede apartar la mirada de ese cuerpo descarnado, chorreando sudor. De esa mujer consumida por el sol, como un trozo de carne arrojado a las brasas.

Paul ha alquilado dos habitaciones en una acogedora pensión, situada en la parte alta de la isla, sobre una playa a la que acuden muchos niños. Se está poniendo el sol y una luz rosa envuelve la bahía. Caminan hacia Apolonia, la capital. Enfilan unas calles bordeadas de cactus e higueras. En un extremo de un acantilado, un monasterio recibe la visita de turistas en bañador. Louise se impregna hondamente de la belleza de los lugares, la tranquilidad de las estrechas callejuelas, las placitas en las que dormitan unos gatos. Se sienta sobre una tapia baja, con las piernas colgando, y observa a una mujer que barre el patio que hay delante de su casa.

El sol se ha adentrado en el mar, pero no ha oscurecido aún. Simplemente, la luz ha adquirido tonos pastel y todavía se perciben detalles del paisaje.

El contorno de la campana del tejado de una iglesia. El perfil aquilino de un busto de piedra. El mar y la orilla enmarañada parecen distenderse, sumirse en un lánguido letargo, entregarse a la noche, poco a poco, haciéndose desear.

Después de acostar a los niños, Louise no puede conciliar el sueño. Se sienta en la terraza que prolonga su habitación, desde donde contempla la bahía curvada. Por la noche, se ha levantado el viento, una brisa marina en la que se adivina el sabor a sal y a utopías. Se ha quedado dormida en una tumbona, con un chal como único abrigo. La fría madrugada la despierta y ha estado a punto de lanzar un grito ante el espectáculo que el día le ofrece. Una belleza pura, sencilla, evidente. Una belleza al alcance de todos los corazones.

Los niños también se despiertan entusiasmados. No hablan más que del mar. Adam quiere revolcarse en la arena. Mila, ver los peces. Apenas terminan el desayuno, bajan a la playa. Louise lleva un vestido suelto de color naranja, una especie de chilaba que despierta una sonrisa en Myriam. Fue Madame Rouvier quien se la regaló hace tiempo, tras recalcar: «¡Bueno, la verdad es que me la he puesto mucho!».

Los niños están listos. Los ha untado con crema solar y se lanzan al asalto de la arena. Louise se sienta apoyando la espalda contra una tapia baja de piedra. A la sombra de un pino, con las rodillas dobladas, observa el centelleo del sol en el mar. Jamás ha visto algo tan bello.

Myriam se ha tendido boca abajo y lee una novela. Paul, que ha corrido siete kilómetros antes de desayunar, está adormecido. Louise hace castillos de arena. Esculpe una enorme tortuga que Adam no deja de destruir y que ella reconstruye pacientemente. Mila, agobiada por el calor, le tira del brazo. «Ven, Louise, vamos al

agua». Ella se resiste. Le dice que espere un poco. Que se siente. «Ayúdame a terminar esta tortuga, ¿quieres?». Enseña a la niña unas conchas que ha recogido, disponiéndolas con esmero sobre el caparazón de la tortuga gigante.

El pino no basta para darles sombra, y el calor es cada vez más sofocante. Louise está empapada de sudor y se ha quedado sin argumentos que exponer a la niña que ahora le está suplicando. Mila la coge de la mano y Louise se niega a ponerse de pie. Agarra a la niña por la muñeca y la aparta con tanta brutalidad que Mila se cae. Louise le grita: «¿Me vas a soltar de una vez?».

Paul abre los ojos. Myriam se abalanza hacia Mila, que está llorando, y la consuela. Ambos dirigen miradas de rabia y de desilusión a Louise, que ha retrocedido, avergonzada. Se disponen a pedirle explicaciones cuando murmura despacio: «No les dije nada pero es que no sé nadar».

Paul y Myriam guardan silencio. Hacen una señal a Mila, que se había echado a reír maliciosamente, para que se calle. Mila se burla: «Louise es un bebé. No sabe nadar». Paul está violento y se enfada por estarlo. No perdona a Louise que haya arrastrado hasta aquí sus carencias, sus fragilidades. Que les haya amargado el día con su rostro de mártir. Se lleva a los niños a nadar y Myriam vuelve a sumergirse en su libro.

La mañana se ha estropeado por la melancolía de Louise, y, a la hora de la comida en la terraza de una pequeña taberna, nadie habla. Sin acabar de comer, Paul de pronto se levanta y coge en brazos a Adam. Se dirige a la tienda de la playa. Regresa dando saltitos porque la arena le quema en la planta de los pies. Lleva en la mano un paquete que agita delante de Louise y Myriam. «Tenga», le dice. Las dos mujeres no dicen nada y Louise tiende dócilmente los brazos mientras Paul le pone unos manguitos hinchables por encima del codo. «¡Es usted tan menuda que hasta los manguitos para niños le quedan bien!».

Durante toda la semana, Paul lleva a Louise a nadar. Se levantan temprano los dos, y mientras Myriam y los niños se quedan en la pequeña piscina de la pensión, ellos bajan a la playa aún desierta. En cuanto llegan a la arena mojada, se cogen de la mano y caminan un buen trecho en el agua, con el horizonte como objetivo. Avanzan hasta que sus pies se despegan con suavidad de la arena y sus cuerpos se ponen a flotar. En ese momento, Louise siente invariablemente un pánico que es incapaz de ocultar. Lanza un leve grito que indica a Paul que debe sujetarle la mano con más firmeza aún.

Al principio, se siente violento al tocar la piel de Louise. Cuando le enseña a hacer el muerto, coloca una mano en la nuca de ella y la otra en las nalgas. Una ocurrencia tonta, fugaz, le viene a la mente y se ríe por dentro: «Louise tiene nalgas». Louise tiene un cuerpo que tiembla bajo las manos de Paul. Un cuerpo que él no había visto, que ni siquiera se había molestado en observar, pues ella pertenece al mundo de los niños o al del servicio. Sin duda, no la veía. Sin embargo, ella no es desagradable de mirar. Abandonada en las palmas de las manos de Paul, parece una muñequita. Unos mechones rubios escapan del gorro de baño que Myriam le ha comprado. Su ligero bronceado ha hecho brotar unas minúsculas pecas en las mejillas y en la nariz. Él nunca se había fijado en el ligero vello rubio que cubre su rostro, como el de los polluelos recién nacidos. Pero hay algo en ella de mojugata e infantil, una reserva que le impide alimentar hacia ella un sentimiento tan franco como el deseo.

Louise se mira los pies, que se hunden en la arena, lamidos por el agua. En el barco, Myriam les había contado que Sifnos debía su prosperidad pasada a unas minas de oro y de plata que encierra el subsuelo. Y Louise está convencida de que el centelleo que percibe a través del agua son resplandores de esos metales preciosos. El agua fresca cubre sus muslos. Ahora su sexo es el que se ha sumergido. El mar está en calma, translúcido. Ni una sola ola llega para sorprenderla y salpicar su pecho. Unos niños pequeños están sentados en la orilla, ante la serena mirada de sus padres. Cuando el agua le llega a la cintura, Louise ya no puede respirar. Observa el cielo resplandeciente, irreal. Se toca los manguitos de color amarillo y azul con dibujos de una langosta y un tritón, que rodean sus delgados brazos. Mira a Paul insistentemente, como suplicándole. «No tema —le asegura Paul—, mientras haga pie, no corre peligro». Pero está como petrificada. Siente que no va a poder resistirlo.

Que las profundidades la van a tragar, con la cabeza debajo del agua, y los pies agitándose en el vacío, hasta el agotamiento.

Recuerda que, de niña, uno de sus compañeros de clase se había caído en un estanque, a la salida del pueblo. Era una pequeña extensión de agua fangosa, cuyo olor en verano le repugnaba. Los niños jugaban allí, pese a la prohibición de los padres, pese a los mosquitos atraídos por el agua estancada. Ahora, inmersa en el azul del mar Egeo, rememora aquella agua negra y apestosa, y al niño que encontraron con el rostro hundido en el fango. Ante ella, Mila bate los pies. Flota en el agua.

Están bebidos, y suben las escaleras de piedra que llevan a la terraza contigua a la habitación de los niños. Ríen y Louise se agarra a veces al brazo de Paul para salvar un peldaño más empinado que los demás. Retoma aliento, se sienta debajo de la buganvilla escarlata y observa, desde lo alto, la playa y a unas jóvenes parejas bailando y tomando cócteles. El bar organiza una fiesta en la arena. «*Full moon party*». Paul se lo traduce. Una fiesta para la luna, llena y rojiza, cuya belleza han comentado durante toda la cena. Ella nunca había visto una luna así, tan bonita que entraban ganas de descolgarla. Una luna que no era fría ni gris, como las de su infancia.

Desde la terraza del restaurante contemplaron la bahía de Sifnos y la puesta de sol del color de la lava volcánica. Paul le señaló las nubes esculpidas como encaje. Los turistas hacían fotos y cuando se quiso levantar, ella también, tendiendo su teléfono móvil, Paul le apoyó la mano delicadamente en el brazo para que se volviera a sentar. «No saldrá bien. Más vale que conserve esa imagen en usted».

Es la primera vez que han cenado los tres solos. La dueña de la pensión se ofreció para ocuparse de los niños. Tienen la misma edad que los de ella y se han hecho inseparables desde que llegaron. A Myriam y a Paul les cogió desprevenidos la propuesta. Louise, por supuesto, empezó por rechazarla. Dijo que no podía dejarlos solos, que tenía que acostarlos. Que ese era su trabajo. «Han nadado todo el día, no les costará dormirse», dijo la dueña en su francés chapurreado.

Así que caminaron hacia el restaurante, en un silencio un tanto tenso. En la mesa bebieron más de lo habitual. Myriam y Paul temían esta cena.

¿De qué hablarían? ¿Qué tendrían que contarse? Se habían convencido de que era lo correcto, de que Louise se alegraría. «Para que sienta que valoramos su trabajo, ¿me entiendes?». Se ponen pues a hablar de los niños, del paisaje, del baño que se darán al día siguiente, de cómo se ha soltado Mila nadando. Sacan temas de conversación. A Louise le gustaría contar, contar cualquier cosa, alguna historia de ella, pero no se atreve. Inspira profundamente, adelanta el rostro para decir algo pero se echa hacia atrás, muda. Beben y el silencio se vuelve apacible, lánguido.

Paul, que está sentado a su lado, le pasa entonces el brazo por los hombros. El ouzo lo vuelve jovial. Le aprieta el hombro con su mano, amplía. Le sonríe como a un viejo amigo, a un compañero de toda la vida. Ella mira, encantada, el rostro del hombre. Su tez bronceada, sus grandes dientes blancos, el pelo con reflejos rubios por el sol y la sal. Él la anima un poco, como se anima a un amigo tímido o disgustado

por algo, para que se encuentre cómodo o vuelva a dominar su vida. Si se atreviera, Louise pondría su mano sobre la de él, la apretaría entre sus dedos delgados. Pero no se atreve.

Está fascinada por la soltura de Paul. Por cómo bromea con el camarero que los ha invitado a un licor. En pocos días, ha aprendido unas palabras de griego, suficientes para hacer reír a los comerciantes o conseguir una rebaja. La gente lo reconoce. En la playa, con él es con quien quieren jugar los niños, y él se somete riendo a sus caprichos. Se los monta a la espalda, se mete en el agua con ellos. Come con un apetito asombroso. A Myriam parece que le molesta, pero a Louise le enternece esa glotonería que lo lleva a pedir todo lo que hay en la carta. «Pedimos esto también. Para probar, ¿no?». Y coge con los dedos unos trozos de carne, de pimienta o de queso, que engulle con inocente alegría.

Una vez de regreso en la terraza de la pensión, los tres contienen la risa y Louise se pone un dedo en los labios. No hay que despertar a los niños. Ese arranque de responsabilidad les parece de pronto fuera de lugar. Ellos, que han estado todo el día tensos, pendientes de cuidar a los niños, juegan a ser también niños. Esta noche, una ligereza desacostumbrada sopla sobre ellos. La borrachera los libera de las angustias acumuladas, de las tensiones que sus hijos insinúan entre ellos, marido y mujer, madre y niñera.

Louise está convencida de la fugacidad de ese instante. Se da cuenta de que Paul mira con glotonería el hombro de su mujer. El vestido azul celeste de Myriam hace que su piel parezca más dorada. Los dos se ponen a bailar, se tambalean. Sus gestos son torpes, se sienten como intimidados, y Myriam ríe tontamente como si hiciera mucho tiempo que no la hubieran enlazado por la cintura de esa forma. Como si se sintiera ridícula por verse deseada de esa forma. Acerca la mejilla al hombro de su marido. Louise sabe que van a pararse, despedirse, fingiendo que tienen sueño. Desearía retenerlos, asirse a ellos, arañar con sus uñas el suelo de piedra. Desearía ponerlos debajo de una campana de vidrio, como dos bailarines petrificados y sonrientes, pegados a la base de una caja de música. Podría contemplarlos durante horas sin cansarse jamás. Se contentaría con verlos vivir, actuar en la sombra para que todo sea perfecto, y que el mecanismo nunca se encasquille. Ahora tiene el íntimo convencimiento, el ardiente y doloroso convencimiento de que su felicidad les pertenece. Que ella es de ellos y ellos, de ella.

Paul se ríe por lo bajo. Ha murmurado algo, con los labios hundidos en la nuca de su mujer. Algo que Louise no ha podido escuchar. Él tiene a Myriam fuertemente agarrada de la mano y, como dos niños seriecitos, le desean buenas noches. Los observa mientras suben las escaleras de piedra que conducen a su habitación. La línea azul de los dos cuerpos se vuelve borrosa, se difumina, suena la puerta al cerrarse. Cae el telón. Louise se envuelve en una ensoñación obscena. Oye sin querer, negándose a ello, a su pesar. Oye los maullidos de Myriam, sus gemidos de muñeca. Oye el roce de las sábanas y el cabecero de la cama que golpea la pared.

Louise abre los ojos, Adam está llorando.

Rose Grinberg

Madame Grinberg describirá unas cien veces, como mínimo, aquel breve trayecto en ascensor. Cinco pisos tras una ligera espera en la planta baja. Un trayecto de menos de dos minutos que se convirtió en el momento más desgarrador de su existencia. Un momento fatídico. Hubiera podido —no dejará de repetírselo— cambiar el curso de los acontecimientos. Si le hubiera dado más importancia al aliento que despedía Louise. Si no hubiera cerrado las ventanas y las persianas de su casa durante la siesta. Llorará por ello al teléfono, y sus hijas no conseguirán consolarla. Los policías terminarán hartos del protagonismo que se atribuía, y las lágrimas de ella arreciarán cuando le digan con sequedad: «De todos modos, usted no lo habría podido impedir». Contará todo a los periodistas presentes en el juicio. Hablará de ello a la abogada de la acusada, que le parecerá una mujer altiva y descuidada, y lo volverá a decir en el tribunal, cuando la llamen a declarar.

Louise —dirá Madame Grinberg una y otra vez— no se portó como de costumbre. Ella, tan sonriente, tan afable, estaba inmóvil ante la puerta de cristal. Adam, sentado en un peldaño de la escalera lanzaba unos gritos estridentes y Mila saltaba empujando a su hermano. Louise no se movía. Solo su labio inferior temblaba ligeramente. Entrelazaba las manos y bajaba los ojos. Contrariamente a lo habitual, el ruido de los niños no parecía afectarla. Ella, tan pendiente del buen comportamiento y de no molestar a los vecinos, no dirigió la palabra a los críos. Parecía como si no los oyera.

Madame Grinberg sentía mucha estima por Louise. Incluso admiración, por esa mujer elegante que dispensaba un celoso cuidado a los niños. Mila, la pequeña, iba siempre peinada con sus trencitas apretadas o con el pelo recogido en un moño con un lazo. Adam parecía adorarla. «Ahora que ha hecho eso, no debería decirlo. Pero entonces pensé que tenían mucha suerte».

El ascensor llegó a la planta baja y Louise agarró a Adam por el cuello de su jersey. Lo arrastró a la cabina del ascensor y Mila entró tras ellos canturreando. Madame Grinberg dudó si debía subir con ellos. Durante unos segundos se preguntó si no sería mejor regresar al vestíbulo y fingir que miraba su buzón. El semblante lívido de Louise la incomodaba. Temía que los cinco pisos le resultasen interminables. Pero la niñera mantuvo la puerta abierta para dejar pasar a la vecina y esta se pegó a una de las paredes del ascensor, con la bolsa de la compra entre las piernas.

«¿Le pareció que estaba borracha?».

La respuesta de Madame Grinberg es rotunda. Louise tenía un aspecto normal. Ella no la habría dejado subir con los niños de haber pensado por un solo segundo que... La abogada de pelo grisiento se burla de ella. Dice al tribunal que Rose padece mareos y que tiene problemas de visión. La profesora de música jubilada, que pronto festejará sus sesenta y cinco años, ya no ve gran cosa. Por cierto, vive en la oscuridad, como un topo. La luz de pleno día le provoca unas jaquecas terribles. Por esa razón, Rose cerró las persianas. Por esa razón, no oyó nada.

Estuvo a punto de insultar a la dichosa abogada en pleno juicio. Se moría de ganas de hacerla callar, de cruzarle la cara. ¿Será desvergonzada? ¿Es que no tenía la mínima decencia? Desde los primeros días del juicio, la abogada habló de Myriam como de una «madre ausente», una «abusadora con el servicio». La describió como una mujer cegada por la ambición, egoísta e indiferente hasta el extremo de haber arrastrado a la pobre Louise hasta el límite. Un periodista, presente en la sala, explicó a Madame Grinberg que era inútil tomárselo a pecho, y que no era más que una «táctica de la defensa». Pero Rose pensaba que eso era una guarrada, y punto.

Ningún vecino habla de ello, pero Madame Grinberg está convencida de que todos lo piensan. Que por la noche, en cada piso, unos ojos se mantienen abiertos en la oscuridad. Que los corazones se aceleran, las lágrimas se derraman. Está convencida de que los cuerpos se revuelven en la cama, dan vueltas, sin conciliar el sueño. El matrimonio del tercer piso se ha mudado. Los Massé, por supuesto, no han vuelto por aquí. Rose se ha quedado a pesar de los fantasmas y del recuerdo recalcitrante de aquel grito.

Ese día, después de la siesta, abrió las persianas. Y fue entonces cuando lo oyó. La mayoría de la gente vive sin haber oído nunca unos gritos así. Son de los que se lanzan en la guerra, en las trincheras, en otros mundos, en otros continentes. No son gritos de aquí. Duró al menos diez minutos ese grito, que brotó de un tirón, sin aliento y sin palabras. Ese grito que se volvía ronco, se llenaba de sangre, de mocos, de rabia. «Un médico», fue lo único que acabó articulando. No pidió ayuda, no dijo «Socorro», sino que repitió, en los escasos momentos en que recuperaba la conciencia: «Un médico».

Un mes antes de la tragedia, Madame Grinberg se había topado con Louise en la calle. Parecía preocupada y después de un rato le comentó sus problemas de dinero. Que el casero la acosaba para que pagara el alquiler, que tenía acumuladas muchas deudas, que su cuenta bancaria siempre estaba en números rojos. Había hablado como esos globos que pierden aire, cada vez más rápido.

Madame Grinberg fingió que no la entendía. Había agachado la barbilla, y le había dicho «corren tiempos difíciles para todo el mundo». Y entonces Louise la había cogido del brazo. «Yo no pido limosna. Puedo trabajar, de noche o por la

mañana temprano. Cuando duermen los niños. Puedo limpiarle la casa, planchar, lo que usted quiera». Si no la hubiera agarrado con tanta fuerza de la muñeca, si no le hubiera clavado su mirada negra, como un insulto o una amenaza, Rose Grinberg quizá habría aceptado. Y, digan lo que digan los agentes, ella podría haberlo impedido.



El avión ha tenido mucho retraso y aterrizan en París a última hora de la tarde. Louise se despide de los niños efusivamente. Los besa, les da unos abrazos largos y apretados. «Hasta el lunes, eso es, hasta el lunes. Llámenme si necesitan algo», dice a Myriam y a Paul que entran con prisa en el ascensor en dirección al aparcamiento del aeropuerto.

Camina hacia el tren de cercanías. El vagón está desierto. Se sienta junto a una ventanilla y maldice el paisaje, los andenes por donde pasean pandillas de jóvenes, los edificios austeros, los balcones, el rostro hostil de los vigilantes de seguridad. Cierra los ojos y convoca los recuerdos de las playas griegas, las puestas de sol, las cenas frente al mar. Convoca esos recuerdos del mismo modo que los místicos apelan a los milagros. Cuando abre la puerta de su estudio, le tiemblan las manos. Siente deseos de rasgar la funda del sofá, dar un puñetazo al cristal de la ventana. Un magma informe, un dolor le arde en las entrañas, y le cuesta contenerse para no gritar.

El sábado no se despierta hasta las diez. Tendida en el sofá cama, con las manos cruzadas sobre el pecho, observa el polvo acumulado en la lámpara verde que cuelga del techo. Ella nunca habría elegido algo tan feo. El estudio lo alquiló amueblado y no ha cambiado nada de la decoración. Tenía que encontrar adónde ir tras la muerte de Jacques, su marido, cuando la echaron de la casa. Tras deambular varias semanas, necesitaba un nido. Lo encontró en Créteil gracias a una joven enfermera del hospital Henri-Mondor, que le había tomado cariño. Le aseguró que el casero pedía pocas garantías y aceptaba el pago en metálico.

Se levanta. Empuja una silla, la coloca justo debajo de la lámpara y coge un trapo. Se pone a limpiarla y la agarra con tanta fuerza que por poco la arranca del techo. Está de puntillas y se sacude el polvo que le ha caído en el pelo, unas pelusas grandes de color gris. A las once ha acabado de limpiar todo. Los cristales, por dentro y por fuera. Incluso ha pasado una esponja enjabonada por las persianas. Los zapatos están dispuestos en fila a lo largo de la pared, brillantes y ridículos.

A lo mejor la llaman. Los sábados —ella lo sabe muy bien— suelen comer fuera. Mila se lo ha contado. Van a una *brasserie* donde la niña puede pedir todo lo que se le antoja, y Adam, probar con la pumita de la cuchara una pizca de mostaza o limón, ante la mirada enternecida de sus padres. A Louise le encantaría estar allí. En un local lleno hasta los topes, rodeada por el ruido de los platos que se entrechocan y las voces de los camareros, temería menos el silencio. Se sentaría entre Mila y su hermanito, colocaría bien la servilleta blanca en el regazo de la pequeña. Daría de comer a

Adam, cucharada tras cucharada. Escucharía la conversación entre Paul y Myriam, todo iría muy rápido y ella se sentiría bien.

Se ha puesto el vestido azul, el que le llega justo por encima de los tobillos y que se cierra por delante con una hilera de perlititas del mismo color. Querría estar lista, por si la necesitan. Por si tuviera que reunirse a toda prisa en algún sitio con ellos, que sin duda olvidan lo lejos que vive y el tiempo que tarda cada día en recorrer el trayecto que la devuelve a ellos. Sentada en la cocina, golpetea con los dedos la mesa de formica.

Ha pasado la hora de la comida. Las nubes se deslizaron ante los cristales limpios, el cielo se ensombreció. El viento sopló fuerte en los plátanos de sombra y empezó a llover. Se pone nerviosa. No la llaman.

Ahora es demasiado tarde para salir. Podría ir a comprar pan o a respirar algo de aire. O simplemente a caminar. Pero no tiene nada que hacer en esas calles despobladas. El único café del barrio es una guarida de borrachos, y aunque todavía no sean más que las tres de la tarde, a veces algunos se pelean contra la verja del parquecito desierto. Tendría que haberse decidido antes, adentrarse en el metro, deambular por París, en medio de la gente que va de compras, de vuelta de las vacaciones de verano. Se habría extraviado entre la muchedumbre y habría seguido a esas mujeres guapas y apresuradas ante los grandes almacenes. Se habría paseado cerca de la Place de La Madeleine, rozando las mesitas donde la gente está sentada tomándose un café. Habría dicho «Perdón» a quienes la empujaran.

París es, ante su mirada, un escaparate gigante. Le gusta sobre todo pasearse por el barrio de Opéra, bajar por la Rue Royale y tomar la Rue de Saint-Honoré. Camina despacio, observa a las mujeres que pasan y los escaparates. Quiere todo. Las botas de ante, las chaquetas de piel vuelta, los bolsos de serpiente, los vestidos camiseros, los tops ribeteados con encaje. Quiere las camisas de seda, los jerséis de cachemir rosa, los pantis sin talón ni puntera, las chaquetas de estilo militar. Se imagina entonces una vida en la que tendría los medios para comprarse todo eso. En la que señalaría con el dedo a una dependienta empalagosa los artículos que se le antojaran.

Llega el domingo, y la continuidad del tedio y la angustia. Domingo sombrío y grave en el fondo del sofá cama. Se quedó dormida con el vestido azul, cuyo tejido sintético, totalmente arrugado, la ha hecho sudar. Varias veces durante la noche, abrió los ojos, sin saber si había pasado una hora o un mes, si dormía en casa de Myriam y Paul, o junto a Jacques, en la casa de Bobigny. Volvía a cerrar los ojos y se sumergía de nuevo en un sueño despiadado y delirante.

Definitivamente, odia los fines de semana. Cuando vivían todavía juntas, Stéphanie se quejaba porque no hacían ningún plan los domingos, porque no disfrutaba de las actividades que Louise organizaba para los otros niños. En cuanto pudo, su hija se marchó de casa. Los viernes, salía toda la noche con los adolescentes del barrio. Regresaba de madrugada, pálida, con ojeras y los ojos enrojecidos. Hambrienta. Cruzaba por el exiguo salón, con la cabeza agachada, y se precipitaba a

la nevera. Comía, apoyada en la puerta del frigorífico, sin ni siquiera sentarse, metiendo los dedos en las fiambreras que contenían la comida que Louise había preparado para Jacques. Una vez, se tiñó de rojo el pelo. Se hizo un *piercing* en la nariz. Empezó a desaparecer durante los fines de semana. Y un buen día no regresó. Ya nada la retenía en la casa de Bobigny. Ni el instituto, que había abandonado hacía tiempo. Ni Louise.

Su madre, por supuesto, denunció su desaparición. «Fugarse de casa a esa edad es habitual. Espere un poco. Seguro que regresa». No le dijeron nada más. Ella no la buscó. Luego se enteraría por los vecinos que Stéphanie se había ido al Sur, que se había enamorado. Que iba de un lado a otro. Los vecinos no podían creerse que Louise no hubiera pedido más detalles, no les hiciera preguntas, no ahondara en los pocos datos de los que disponían.

Stéphanie había desaparecido. Toda la vida, tuvo la sensación de que molestaba. Su presencia fastidiaba a Jacques, sus risas despertaban a los niños que Louise cuidaba. Sus muslos gordos, su perfil pesado se aplastaba contra la pared, en el estrecho pasillo, para dejar sitio a los demás. Temía bloquear el paso, que la empujaran, ocupar la silla que otro querría. Cuando hablaba, se expresaba mal. Se reía, e incordiaba a los demás, por muy inocente que fuera su risa. Acabó desarrollando el don de la invisibilidad y, lógicamente, sin estridencias, sin avisar, como si estuviera destinada a ello, desapareció.

El lunes por la mañana, Louise sale de su casa de madrugada. Camina hacia la estación de cercanías, cambia de línea en Auber, espera en el andén, sube por la Rue Lafayette y luego enfila la Rue d'Hauteville. Es un soldado. Avanza, cueste lo que cueste, como un animal, como un perro a quien unos niños malos hubieran quebrado las patas.



Es un mes de septiembre cálido y luminoso. El miércoles, después del colegio, Louise altera el plan de los niños de quedarse en casa y los lleva a jugar al parque o a observar los peces del acuario. Han montado en barca en el lago del Bois de Boulogne, y le ha contado a Mila que las algas que flotan en la superficie son en realidad los pelos de una bruja destronada y vengativa. A finales de septiembre sigue haciendo tan buen tiempo que Louise, alegre, decide llevarlos al parque de atracciones del Jardin d'Acclimatation.

En la boca del metro, un viejo magrebí se ofrece a ayudarla a bajar las escaleras. Louise le da las gracias, pero levanta ella sola con los dos brazos el cochecito con Adam dentro. El viejo la sigue. Le pregunta la edad de los niños. Se dispone a decirle que no son suyos, pero él ya se ha inclinado a la altura de los pequeños. «Son muy guapos».

A los niños les encanta ir en metro. Si Louise no los retuviera, saldrían corriendo por el andén, entrarían en el vagón precipitadamente, pisando a los pasajeros, y todo ello para poder sentarse cerca de la ventanilla, con la lengua fuera y los ojos como platos. Se quedan de pie y Adam imita a su hermana que se aferra a la barra y simula que conduce el tren.

Llegados al Jardin d'Acclimatation, la niñera corre con ellos. Se ríen, Louise satisface sus caprichos, les compra helados y globos. Les hace una foto, tumbados sobre un tapiz de hojas secas, de color amarillo fuerte o rojo sangre. Mila pregunta por qué algunos árboles tienen ese tono dorado, luminoso, mientras otros, los de al lado o los de enfrente, parece que se pudren, pasando directamente del verde al marrón oscuro. Louise se siente incapaz de explicárselo. «Se lo preguntaremos a tu mamá», le dice.

En las atracciones gritan de terror y de alegría. Louise siente mareos y sostiene con fuerza a Adam en su regazo cuando el trenecito se adentra en los túneles oscuros y toma las curvas a toda velocidad. Un globo ha salido volando por el cielo, Mickey se ha convertido en una nave espacial.

Se sientan de picnic en la hierba. Mila se burla de Louise porque tiene miedo de los pavos reales que están a unos cuantos metros de ellos. La niñera se ha traído una vieja manta que Myriam había enrollado y apartado debajo de su cama, y que ella lavó y zurció. Se quedan dormidos los tres sobre la hierba. Louise se despierta, Adam

está pegado a ella. Tiene frío, los niños han debido de tirar de la manta hacia ellos. Se gira y no ve a Mila. La llama. Se pone a gritar, la gente se da la vuelta. Le preguntan: «¿Qué le pasa, señora? ¿Necesita ayuda?». No responde. «¡Mila, Mila!», grita, echando a correr con Adam en los brazos. Pasa delante de las atracciones, delante del puesto de tiro al blanco. Con las lágrimas a punto de aflorar, siente deseos de zarandear a la gente, empujar a los desconocidos que se agolpan, teniendo a sus hijos bien cogidos de la mano. Regresa al prado de hierba donde estaban. Le tiembla tanto la mandíbula que ni siquiera puede llamar a la niña. Le duele atrozmente la cabeza y siente que empiezan a flaquearle las rodillas. Dentro de un instante se desplomará en el suelo, incapaz de hacer el mínimo gesto, muda, sin recurso alguno.

De pronto, ve, al final de un paseo, a Mila comiéndose un helado en un banco, y a una mujer mayor hablando con ella. Louise se echa encima de la niña. «¡Mila! ¡Te has vuelto loca! ¿Cómo se te ha ocurrido marcharte así?». La desconocida, una mujer de unos sesenta años, abraza a la niña. «Esto es inaudito. ¿En qué estaba usted pensando? ¿Dejar así, a esta niña sola? Yo podría perfectamente haber pedido a la pequeña el teléfono de sus padres y llamarlos. No creo que les sentara muy bien lo que usted ha hecho».

Pero Mila se deshace del abrazo de la desconocida. La rechaza, le lanza una mirada enfadada y se abalanza sobre las piernas de Louise. Esta se inclina hacia ella y la levanta. Besa su cuello helado, le acaricia el pelo. Observa la cara pálida de la niña y le pide perdón por su descuido. «Mi niña, ángel mío, mi gatita». La acaricia, la cubre de besos, la mantiene abrazada contra su pecho.

La niña se acurruca en los brazos de la mujer rubia y menuda, y la señora se tranquiliza. No sabe qué decir. Las observa, moviendo la cabeza con un gesto de reproche. Esperaba quizá montar un escándalo. La habría entretenido. Habría tenido algo que contar, si la niñera se hubiera enfurecido, si ella se hubiera visto obligada a llamar a los padres de la cría, si hubiera ejecutado las amenazas proferidas. La desconocida se levanta del banco, y se va diciendo: «Espero que la próxima vez tenga usted más cuidado».

Louise ve alejarse a la señora, que se gira dos o tres veces. Le sonríe, agradecida. A medida que la silueta encorvada desaparece, abraza a Mila, cada vez más fuerte. Aplasta el pecho de la niña que le suplica: «¡Basta, Louise, me estás asfixiando!». La niña intenta liberarse de ese abrazo, se resiste, le da patadas, pero la niñera la sujeta firmemente. Pega los labios al oído de Mila y le dice, con una voz tranquila y helada: «No vuelvas a alejarte jamás, ¿me entiendes? ¿Quieres que alguien te rapte? ¿Un hombre malo? La próxima vez, te ocurrirá. Por mucho que grites y llores, nadie acudirá a salvarte. Te llevara con él, te esconderá, se quedará contigo y nunca más volverás a ver a tus padres». Se dispone a dejar a la niña en el suelo, cuando de pronto siente un dolor atroz en el hombro. Grita e intenta apartar a la niña, que la muerde hasta hacerle sangre. Los dientes de Mila se hunden en su carne, la desgarran, se queda adherida a su brazo, como un animal rabioso.

De vuelta a casa, no le cuenta a Myriam el incidente de la fuga ni el del mordisco. Mila también guarda silencio sin que su niñera la haya advertido o amenazado. Ahora, Louise y Mila tienen algo que reprocharse la una a la otra. Nunca se han sentido tan unidas como por este secreto.

Jacques

A Jacques le encantaba mandarla callar. No soportaba su voz. Le alteraba los nervios. «¡A ver si cierras el pico de una vez!». Cuando iban en coche, ella no podía dejar de hablar. Tenía miedo de los accidentes, y charlar la calmaba. Soltaba unos monólogos insípidos, retomando apenas el aliento entre dos frases. Como una cotorra, desgranaba los nombres de las calles, los recuerdos asociados a estas.

Se daba cuenta de que su marido estaba furioso. Sabía que si él ponía la radio más alta era para que ella no hablara. Que para humillarla, abría la ventanilla y fumaba canturreando. Cuando su marido se enfadaba, la asustaba, pero también debía de reconocer que, a veces, la excitaba. Disfrutaba sacándolo de quicio, provocándole tal rabia que era capaz de aparcar en el arcén, agarrarla por el cuello y amenazarla en voz baja con hacerla callar para siempre.

Jacques era pesado, ruidoso. Con la edad, se había vuelto un amargado y un vanidoso. Por la tarde, al regresar del trabajo, se dedicaba durante una hora, por lo menos, a quejarse de fulano y de mengano. Según él, todos intentaban robarle, manipularlo, aprovecharse de él. En su primer despido, denunció a su empleador ante un tribunal laboral. El juicio le costó tiempo y un montón de dinero, pero la victoria final le confirió tal sensación de poder que le tomó gusto a los pleitos. Después, tras un leve accidente de coche, creyó que ganaría una fortuna denunciando a su compañía de seguros. Luego, se metió con los vecinos del primer piso, con el presidente de la comunidad de su edificio, con el Ayuntamiento. Se pasaba los días enteros redactando cartas ilegibles y amenazantes. Desmenuzaba las páginas de Internet buscando ayuda jurídica, cualquier disposición legal que pudiera ir a su favor. Jacques era un hombre colérico y de una mala fe sin límites. Envidiaba los éxitos de los demás, no reconocía sus méritos. Solía asistir a los juicios públicos en el tribunal mercantil para atiborrarse con la desesperación de los demás. Disfrutaba con las ruinas repentinas, las malas jugadas del destino.

«Yo no soy como tú —le decía con orgullo a Louise—. Yo no tengo alma de felpudo, recogiendo la mierda y los vómitos de esos críos. Solo las negras aceptarían un trabajo como ese». Para él, su mujer era demasiado dócil. Si bien, de noche, su sumisión le excitaba en el lecho conyugal, el resto del tiempo le irritaba. Continuamente, le daba consejos que ella fingía aceptar. «Tendrías que decirles que te paguen tu dinero, y se acabó», «No deberías consentir trabajar un minuto extra de balde», «Cógete una baja médica, ¿qué puede pasar?».

Jacques estaba demasiado ocupado como para buscar trabajo. Los pleitos absorbían todo su tiempo. Salía poco de casa, colocaba los expedientes sobre la mesita baja, con la televisión siempre encendida. En aquella época, la presencia de los niños se le hizo insoportable y le exigió que fuese ella la que se desplazara a

trabajar a las casas de las familias. Las toses infantiles, los llantos de los bebés, incluso las risas lo sacaban de sus casillas. Le repugnaba sobre todo Louise. Sus preocupaciones miserables, que giraban siempre en torno a los niños, lo ponían en un estado de auténtica ira. «Tú y tus asuntos de mujeres», subrayaba. Él era de la opinión que esas historias no se deberían contar. Tenían que vivirse de espaldas al mundo, no se debería saber nada de lo que le ocurría a los bebés o a los ancianos. Eran malos momentos que había que pasar, edades de servidumbre y repetición de los mismos gestos. Edades en las que el cuerpo, monstruoso, sin pudor, como un mecanismo frío y apestoso, invade todo. Son cuerpos que reclaman que los quieran y les den de beber. «Es como para sentir asco de ser hombre».

En esa época se compró a crédito un ordenador, una nueva televisión y un sillón de masaje eléctrico, con un respaldo reclinable para echarse la siesta. Horas y horas ante la pantalla azul del ordenador, cuyo soplo asmático llenaba el cuarto. Sentado en su nuevo sillón frente a la televisión recién estrenada, apretaba frenéticamente los botones del mando a distancia, como un niño que se hubiera vuelto idiota por un exceso de juguetes.

Debía de ser un sábado, puesto que estaban comiendo juntos. Jacques refunfuñaba, como de costumbre pero con menos vigor. Debajo de la mesa, Louise había colocado un barreño con agua helada en el que Jacques remojaba los pies. Aún hoy, ella ve en sus pesadillas, las piernas violáceas de Jacques, sus tobillos de diabético, hinchados y enfermos. Recuerda la insistencia con que le pedía que se los masajeara. Hacía días que venía observando su tez cerúlea, su mirada apagada. Lo que le costaba acabar una frase sin tener que recuperar el aliento. Ese día Louise había cocinado osobuco. Al tercer bocado, y cuando se disponía a hablar, Jacques vomitó todo en su plato. De un chorro, como los bebés, y ella supo que era grave. Que no había vuelta atrás. Se levantó, y, al ver el rostro desamparado de Jacques, le dijo: «No pasa nada. No importa». Se puso a hablar sin parar, reprochándose el haber echado demasiado vino en la salsa. Por eso estaba agria. Y exponía unas teorías estúpidas sobre la acidez de estómago. Hablaba y hablaba, daba consejos, se hacía reproches a sí misma y se disculpaba. Su verborrea temblorosa e incoherente no hacía más que aumentar la angustia que se había apoderado de Jacques, la de sentirse en su cuerpo como en lo alto de una escalera de mano, tras apoyar el pie en el peldaño equivocado, y verse a sí mismo caer en el vacío, cabeza abajo, con la espalda destrozada, el cuerpo sangrando por todos lados. Si ella se hubiera callado, él quizá se habría echado a llorar, habría pedido ayuda o incluso un poco de afecto. Pero, mientras retiraba el plato, el mantel, limpiaba el suelo, no dejaba de hablar.

Jacques murió tres meses después. Se fue secando como una fruta abandonada al sol. Nevaba el día del entierro y la luz era casi azul. Louise se quedó sola.

Inclinó la cabeza ante el notario que le explicó, consternado, que Jacques no dejaba más que deudas. Ella le miraba fijamente el bocio, aplastado por el cuello de la camisa, y simuló aceptar la situación. De Jacques solo heredó pleitos frustrados, juicios y facturas pendientes. El banco le dio un mes para abandonar la casita de Bobigny, que iba a ser embargada. Embaló la mudanza sola. Recogió cuidadosamente las pocas cosas que Stéphanie había dejado tras su marcha. No sabía qué hacer con las pilas de papeles que Jacques había acumulado. Pensó en quemarlos en el jardincito, y, con una pizca de suerte, las llamas lamerían las paredes de la casa, las de la calle, incluso las de todo el barrio. Y así, esa parte de su vida se esfumaría también. No le disgustaría nada. Se quedaría allí, discreta e inmóvil, observando cómo las llamas devorarían sus recuerdos y sus largas caminatas por las calles desiertas y sombrías, sus domingos de hastío pasados entre Jacques y Stéphanie.

Pero levantó la maleta del suelo, cerró la puerta con dos vueltas de llave y dejó en el vestíbulo de la casita las cajas de recuerdos, la ropa de su hija y los chanchullos de su marido.

Esa noche durmió en un hotel y pagó por adelantado una semana. En la habitación, se hacía bocadillos que comía delante de la televisión. Chupaba galletas de higos que dejaba derretir en la lengua. La soledad apareció como una grieta inmensa en la que se vio engullida. La soledad se adhería a su carne, a su ropa, empezó a modelar sus facciones y convirtió sus gestos en los de una viejecita. La soledad se le reflejaba en el rostro al atardecer, cuando cae la noche y los ruidos se alzan de unas casas donde las personas viven acompañadas. La luz disminuye y llega el rumor, las risas y los jadeos, incluso los suspiros de aburrimiento.

En aquella habitación, en una calle del barrio chino, perdió la noción del tiempo. Extraviada, ausente. El mundo entero se había olvidado de ella. Dormía muchas horas y se despertaba con dolor de cabeza y los ojos hinchados, a pesar del frío que reinaba allí. Solo salía en caso de extrema necesidad, cuando el hambre se volvía apremiante. Caminaba por la calle como en el decorado de una película, en la que ella no figuraba, espectadora invisible del movimiento de los hombres. Todos parecían saber adónde iban.

La soledad actuaba como una droga de la que no sabía si quería prescindir. Deambulaba por las calles, como ida, con los ojos desencajados hasta hacerle daño. En su soledad, se puso a observar a las personas. A observarlas de verdad. La existencia de los demás se volvía palpable, vibrante, más real que nunca. Escrutaba, en sus menores detalles, los gestos de las parejas sentadas en las terrazas de los cafés. Las miradas furtivas de los ancianos abandonados. Los ademanes afectados de las estudiantes que fingían repasar apuntes sentadas en el respaldo de un banco. En las plazas, frente a una boca del metro, reconocía el extraño vaivén de los que se impacientan. Esperaba con ellos la llegada de la persona con quien estaban citados.

Cada día se topaba con compañeros en el infortunio, que hablaban solos, dementes, mendigos.

La ciudad, en aquellos tiempos, estaba habitada por locos.

El invierno ha llegado para quedarse, los días se suceden, iguales unos a otros. Noviembre es lluvioso y frío. Afuera, las aceras están cubiertas de hielo. Imposible salir. Louise intenta distraer a los niños. Se inventa juegos, les canta canciones. Construyen una casa de cartón. Pero el día es interminable. Adam tiene fiebre y no ha dejado de quejarse. Lo coge en brazos, lo mece durante casi una hora, hasta que se queda dormido. Mila da vueltas por el salón, y también se ha puesto nerviosa.

«Ven aquí», le dice Louise. Mila se acerca y la niñera saca de su bolso el estuchecito blanco con el que la niña lleva tiempo soñando. Para Mila, ella es la más guapa de todas las mujeres. Se parece a una azafata, rubia y muy arreglada, que le dio unos caramelos en un vuelo a Niza. Por mucho que vaya de un lado para otro, lave los cacharros y corra del colegio a casa, siempre está perfecta. El pelo cuidadosamente recogido hacia atrás. El rímel negro, del que aplica al menos tres capas espesas, hace que su mirada parezca la de una muñeca sorprendida. Y luego están las manos, suaves y con olor a flores. Esas manos en las que nunca se descascarilla el esmalte.

A veces, se pinta las uñas delante de Mila, y la niña aspira, con los ojos cerrados, el olor del disolvente y del esmalte barato que la niñera extiende con gesto decidido, sin que nunca se sobresalga. Fascinada, la pequeña la mira agitar las manos en el aire y soplar en los dedos.

Si Mila acepta que Louise la bese es para oler el perfume a polvos de sus mejillas, para ver de cerca la purpurina que brilla en sus párpados. Le gusta observarla cuando se pinta los labios. Con una mano, sujeta el espejo, siempre inmaculado, y estira la boca haciendo una mueca extraña que Mila imita luego en el cuarto de baño.

Louise busca algo en su estuche de maquillaje. Coge las manos de Mila y le unta las palmas con una crema de rosas que extrae de un botecito. «Huele bien, ¿verdad?». Le pone, ante la mirada atónita de la niña, esmalte en las uñas. Un esmalte rosa y vulgar, que huele a acetona. Para Mila, ese es el olor de la feminidad.

«Quítate los calcetines, ¿quieres?». Y sobre los dedos rollizos de sus piecitos, apenas salidos de la infancia, extiende el esmalte. Vacía el contenido del estuche sobre la mesa. Un polvo naranja y un olor a maquillaje se esparcen en el aire. Mila se ríe con alborozo. Ahora le pone carmín en los labios, sombra azul en los párpados y una pasta anaranjada en las mejillas. Le pide que agache la cabeza y le carda el pelo, demasiado liso y fino, hasta adquirir el aspecto de una melena de león.

Ambas ríen tanto que no han oído a Paul cerrar la puerta y entrar en el salón. Mila sonríe, con la boca abierta y le tiende los brazos.

«Mira, papá. ¡Mira lo que Louise ha hecho!».

Paul se la queda mirando fijamente. Él, que estaba tan feliz de llegar temprano a casa, tan contento de ver a sus hijos, siente como una arcada. Tiene la impresión de presenciar por sorpresa un espectáculo sórdido y malsano. Su hija, su niña, parece un travesti, o una cantante de *cabaret* pasada de moda, acabada, ajada. No se lo puede creer. Está indignado, fuera de sí. Odia a Louise por haberle impuesto semejante escena. Mila, su ángel, su libélula azul, está horrorosa, como un monstruo de feria, tan grotesca como un perro que alguna vieja histérica hubiera vestido para lucirlo en su paseo.

«¿Pero qué es esto? ¿Cómo se le ha podido ocurrir?». Paul está gritando. Agarra a Mila por un brazo y la lleva al cuarto de baño. La sube en un taburete y le limpia el maquillaje de la cara. La pequeña grita: «Me haces daño». Solloza, y la pintura de labios, grasienta, pegajosa, se extiende por la piel diáfana de la niña. Paul siente que la está desfigurando aún más, que la ensucia, y su indignación va en aumento.

«Escúcheme bien, Louise. Que esto no se vuelva a repetir jamás. Odio este tipo de cosas. No tengo la intención de enseñar a mi hija semejante vulgaridad. Es demasiado pequeña para que la disfracen de... Está claro, ¿verdad?».

Louise se ha quedado de pie, a la entrada del cuarto de baño, con Adam en los brazos. A pesar de los gritos de su padre, de todo el revuelo que se ha formado, el bebé no llora. Mira con dureza a Paul, desconfiado, como si le estuviera diciendo que él había elegido del lado de quién estaba: del de ella. La niñera escucha las palabras de Paul. No baja los ojos, ni se disculpa.

Stéphanie podría estar muerta. Louise lo piensa a veces. Podría haber evitado que viviese. Cortar por lo sano. Nadie se habría dado cuenta. Nadie se habría preocupado de reprochárselo. Si la hubiera eliminado, hoy la sociedad quizá le estaría incluso agradecida. Habría dado muestras de civismo, de lucidez.

Louise tenía veinticinco años, y una mañana había amanecido con los senos pesados y doloridos. Una tristeza nueva se había entrometido entre ella y el mundo. Notaba que algo no iba bien. En esa época trabajaba en casa de Monsieur Franck, un artista que vivía con su madre en un palacete del distrito 16. Louise no entendía gran cosa de los cuadros que él pintaba. En el salón, en las paredes de los pasillos y de los cuartos, se detenía ante los inmensos retratos de unas mujeres desfiguradas, con los cuerpos baldados por el dolor o paralizados por el éxtasis, que habían dado tanta fama al pintor. No habría sabido decir si eran bellos, pero le gustaban.

Geneviève, la madre de Monsieur Franck, se había fracturado la cadera al bajar de un tren. Ya no podía caminar y en el mismo andén perdió la razón. Vivía acostada, desnuda la mayoría de las veces, en un cuarto luminoso de la planta baja. Era tan difícil vestirla, se resistía con tanta ferocidad, que se limitaban a dejarla tendida en la cama, destapada, con los senos y el sexo a la vista de todos. El espectáculo de aquel cuerpo entregado a sí mismo era pavoroso.

Monsieur Franck empezó por contratar a enfermeras cualificadas y carísimas. Pero se quejaban de las rabietas de la anciana. La atiborraban de medicamentos. El hijo las consideraba frías y agresivas. Soñaba para su madre con alguien que fuera una amiga, una niñera, una mujer cariñosa que escuchara sus delirios sin mostrar impaciencia, sin suspirar de hartazgo. Louise era joven, desde luego, pero lo que a él le había impresionado era su fuerza física. El primer día, había entrado en el cuarto y ella sola consiguió levantar aquel cuerpo pesado como una losa. Lo había lavado, sin dejar de hablar, y, por primera vez, Geneviève no había chillado.

Dormía en el cuarto de la anciana. La aseaba. La oía delirar por la noche. Como a los bebés, a Geneviève le asustaba el crepúsculo. Las luces que se atenúan, las sombras, los silencios, la hacían gritar de miedo. Sufría terrores nocturnos. Suplicaba a su madre, muerta cuarenta años atrás, que viniera a buscarla. Louise, que dormía al lado de la cama geriátrica, intentaba hacerla entrar en razón. La vieja le lanzaba insultos, la trataba de puta, de perra, de bastarda. Incluso intentaba golpearla.

Luego, Louise empezó a dormir más profundamente que nunca. Los gritos de Geneviève ya no la molestaban. Muy pronto, dejó de poder darle la vuelta en la cama

a la vieja, o sentarla en su silla de ruedas. Louise sentía que sus brazos estaban como atrofiados, que la espalda le dolía mucho. Una tarde, cuando oscureció y mientras Geneviève murmuraba unas oraciones desgarradoras, subió al taller de Monsieur Franck para explicarle la situación. El pintor se enfureció de un modo que ella no había previsto. Cerró la puerta con violencia y se acercó a ella, acribillándola con su mirada gris. Por un instante, creyó que iba a hacerle daño. El pintor se echó a reír.

«Louise, cuando una mujer es como usted, soltera y que apenas se gana la vida, no debe tener hijos. Si quiere que le sea franco, es usted una irresponsable redomada. Se presenta con aire de sorprendida y esa sonrisa estúpida para anunciarme esto. ¿Qué esperaba de mí? ¿Que descorchara una botella de champán?». Caminaba de un lado a otro de la enorme habitación, en medio de unos lienzos inacabados, con las manos cruzadas detrás de la espalda. «¿Cree que es una buena noticia? Usted no tiene ni dos dedos de frente. Y le diré algo: es usted una afortunada por dar con alguien como yo, que intenta ayudarla a mejorar su situación. Conozco a algunos que la hubieran puesto de patitas en la calle y en un santiamén. Pongo a su cuidado a mi madre, que es la persona más importante que tengo en el mundo, y compruebo que es usted una completa descerebrada, una insensata. Me trae al fresco lo que usted haga con sus noches libres. Sus costumbres ligeras no son de mi incumbencia. Pero la vida no es una fiesta. ¿Qué hará usted con un bebé?».

En realidad, lo que ella hacía los sábados por la noche sí le importaba a Monsieur Franck. Le hizo preguntas cada vez más insistentes. Tenía ganas de zarandearla, de darle bofetadas para que confesara. Que le contara qué hacía cuando no estaba allí, ante su mirada, cuidando a Geneviève. Quería saber de qué caricias había sido concebida la criatura que ella esperaba, en qué lecho se había entregado al placer, a la lujuria, a la risa. Le preguntaba una y otra vez quién era el padre, qué aspecto tenía, dónde lo había conocido y qué pensaba hacer él. Pero Louise, invariablemente, respondía a esas preguntas diciendo: «No es nadie».

Monsieur Franck se propuso encargarse de todo. Dijo que él mismo la llevaría al médico y se quedaría esperando durante la intervención. Incluso le prometió que una vez que acabara esta historia, le firmaría un contrato en toda regla, que le ingresaría todos los meses su salario en una cuenta bancaria a su nombre y que tendría derecho a vacaciones pagadas.

El día de la operación, se quedó dormida y no acudió a la cita. Stéphanie se impuso, excavando dentro de ella, estirándola, rasgando su juventud.

Germinó como una seta en un bosque húmedo. Louise no regresó a casa de Monsieur Franck. No volvió a ver jamás a la vieja.



Encerrada en casa de los Massé, a veces tiene la impresión de volverse loca. Desde hace unos días, le han salido unas placas rojas en las mejillas y en las muñecas. Tiene que meter las manos y el rostro en agua helada para calmar la sensación de ardor que la devora. Durante estos largos días de invierno, le atenaza un sentimiento de inmensa soledad. Presa de pánico, sale a la calle, cierra la puerta tras ella, se enfrenta al frío y lleva a los niños al parquecito.

Los parques públicos, en las tardes de invierno. La llovizna barre las hojas secas. La grava helada se adhiere a las rodillas de los críos. En los bancos, en las alamedas discretas, uno se topa con las personas que nadie quiere ya. Huyen de sus exiguas viviendas, de sus salones tristes, de sus sillones hundidos por la inactividad y el hastío. Prefieren tiritar a la intemperie, con la espalda encorvada, los brazos cruzados. A las cuatro, los días ociosos parecen interminables. A media tarde, uno se da cuenta del tiempo perdido y se inquieta ante la velada que se avecina. A esa hora, se siente vergüenza de no servir para nada.

Los parques públicos, en las tardes de invierno, los frecuentan los vagabundos, los mendigos, los parados y los viejos, los enfermos, los desorientados, los precarios. Los que no trabajan, los que no producen nada. Los que no hacen dinero. En primavera, por supuesto, vuelven los enamorados, las parejas clandestinas hallan domicilio bajo los tilos, en las alcobas floridas, los turistas fotografían las estatuas. El invierno es distinto.

Alrededor del tobogán helado, hay niñeras con su ejército de críos. Enfundados en sus plumíferos que les coartan el movimiento, corretean como gordas muñecas japonesas, con los mocos chorreando por la nariz y los dedos amoratados. Expelen un humo blanco del que se maravillan. Los bebés, bien sujetos en sus cochecitos, contemplan a los mayores. Quizá algunos sientan melancolía, impaciencia. Tienen prisa por entrar en calor y se lanzan a escalar el pórtico de madera. Se agitan para escapar de la vigilancia de las mujeres que los sujetan con mano segura o brutal, dulce o irascible. Mujeres vestidas con un bubú en el invierno glacial.

Hay algunas madres, las madres con mirada huidiza. Esa madre que un parto reciente retiene en la linde del mundo y que, sentada en ese banco, siente el peso de su vientre aún flácido. Lleva en ella un cuerpo de dolor y secreciones, un cuerpo que huele a leche agria y a sangre. Esa carne que arrastra y a la que no ofrece cuidados ni

reposo. También hay madres sonrientes, radiantes, estas tan escasas que todos los niños se las comen con la mirada. Las que no se han despedido de ellos esta mañana, las que no los han dejado en los brazos de otra. Las que un día festivo excepcional las ha traído a este parquecito y aprovechan, con extraño entusiasmo, un día de invierno como otro cualquiera en el parque.

También van algunos hombres, pero más cerca de los bancos que rodean los juegos, más cerca del cajón de arena, más cerca de los críos, las mujeres forman un muro compacto, una defensa infranqueable. Desconfían de los hombres que se aproximan demasiado, los que se interesan por unas simples mujeres como ellas. Hay que alejar a los que sonríen a los niños, los que observan sus mejillas regordetas y sus piernecitas. Las abuelas se lamentan: «Con todos los pederastas que hay actualmente. En mis tiempos, eso no existía».

Louise no deja de observar a Mila. La niña corretea, del tobogán al columpio. No se queda quieta para que no le pille el frío. Tiene los guantes empapados y se los seca frotándolos contra su abrigo rosa. Adam duerme en su cochecito. Louise lo ha envuelto en una manta y acaricia dulcemente la piel de la nuca del bebé entre el jersey y el gorro de lana. Un sol gélido, de brillo metálico, le hace arrugar los párpados.

«¿Quieres uno?».

Una mujer joven se ha sentado a su lado con las piernas separadas. Le tiende una cajita donde se amontonan unos dulces de miel. Louise se queda mirándola. No tiene más de veinticinco años y sonríe de un modo un tanto vulgar. Su larga melena negra se ve sucia y despeinada, pero se adivina que podría ser guapa. Atractiva, en todo caso. Con unas redondeces sensuales, un poco de barriga y unos muslos gruesos. Mastica el dulce con la boca abierta y se chupa ruidosamente los dedos cubiertos de miel.

«Gracias». Louise rechaza el dulce con un gesto de la mano.

«En mi tierra, cuando estamos comiendo algo, siempre lo ofrecemos a los desconocidos. En este país, en cambio, veo a la gente comer sin dar a probar a quienes los están mirando». Un niño de unos cuatro años se acerca a ella y ella le mete un dulce en la boca. El niño se ríe.

«Eso es bueno para ti —le dice—. Es un secreto, ¿eh? No le diremos nada a tu madre».

El niño se llama Alphonse y a Mila le gusta jugar con él. Louise viene a este parquecito todos los días, y todos los días rechaza los dulces que le ofrece Wafa. Prohíbe a Mila comerlos, pero Wafa no se ofende. La muchacha es una charlatana y en el banco, sentada muy cerca de Louise, le cuenta su vida. Habla sobre todo de hombres.

Wafa se parece a una especie de felino gordo, poco sutil pero muy desenvuelto. Todavía no tiene los papeles en regla pero eso no parece preocuparla. Llegó a Francia gracias a un señor mayor a quien ella daba masajes en un hotel de dudosa fama de Casablanca. El hombre se encariñó con sus manos, tan suaves, con su boca, sus nalgas y, por último, con todo el cuerpo que ella le entregaba, siguiendo su instinto y los consejos de su madre. Él se la trajo a París, donde vivía en un apartamento miserable y cobraba una pensión del Estado. «Tuvo miedo de dejarme preñada, y sus hijos lo convencieron para que me echara. Pero al viejo le hubiera gustado que yo me quedara con él».

Ante Louise y su silencio, Wafa habla como si se confesara con un sacerdote o declarara ante la policía. Le cuenta los detalles de una vida que nadie consignará. Tras irse de casa del viejo, la acogió una chica que la inscribió en unas páginas webs de citas para jóvenes musulmanas sin papeles. Una tarde, un hombre la citó en un McDonald's del barrio. Al tipo le pareció guapa. Se le insinuó. Incluso intentó violarla. Ella consiguió calmarlo. Se pusieron a negociar. Yusef aceptó casarse con ella por veinte mil euros. «Es una ganga por unos papeles franceses», le dijo.

Encontró este trabajo, una estupenda oportunidad, en casa de un matrimonio franco-americano. La tratan bien aunque son muy exigentes. Le han alquilado una habitación de servicio en una buhardilla a cien metros de la casa. «Me pagan el alquiler, pero, a cambio, nunca puedo negarme a nada».

«Adoro a este niño», dice devorando a Alphonse con los ojos. Louise y Wafa callan. Un viento glacial barre el parquecito, y saben que tendrán que irse pronto. «Pobre criatura. Míralo, casi no puede moverse de cómo lo he abrigado. Si coge frío, su madre me mata».

Wafa teme envejecer en uno de esos parques. Sentir crujir sus rodillas sentada en esos viejos bancos helados, sin siquiera tener fuerza para levantar a un niño. Alphonse crecerá. No volverá a pisar un parque público en una tarde de invierno. Él irá al sol. Se tomará vacaciones. Quizá incluso algún día duerma en una de las habitaciones del Grand Hotel donde ella daba masajes a hombres. Él, que ella ha cuidado, se hará servir por alguna de sus hermanas o de sus primos, en la terraza, con el suelo de baldosas amarillas y azules.

«Ves, todo gira y todo da la vuelta. Su infancia y mi vejez. Mi juventud y su vida de hombre. El destino es vicioso como un reptil, siempre se las arregla para empujarnos hacia el lado equivocado».

Cae la lluvia. Hay que irse.



Para Paul y Myriam, el invierno pasa a toda velocidad. En estas últimas semanas, el matrimonio se ha visto poco. Se cruzan en la cama y se encuentran en el sueño, juntan sus pies debajo de las sábanas, se besan en el cuello y ríen al oír al otro gruñir como un animal al que se le perturba el descanso. Se telefonean durante el día, se dejan mensajes. Myriam le escribe *post-its* que deja pegados en el espejo del cuarto de baño. Paul le envía en plena noche vídeos de sus sesiones de ensayos.

La vida se ha convertido en una sucesión de tareas, de compromisos, de citas ineludibles. Myriam y Paul están desbordados. Les gusta decirlo, como si ese agotamiento fuera la señal premonitoria de su éxito. Su vida se desborda, apenas queda lugar para el sueño, ninguno para la contemplación. Corren de un sitio a otro, se cambian de zapatos en el taxi, toman copas con gente importante para su trabajo. Los dos juntos se han convertido en los jefes de una empresa que funciona, con objetivos claros, ingresos y gastos.

Por toda la casa hay listas que Myriam escribe, en una servilleta de papel, en un *post-it* o en la última página de un libro. Se pasa el tiempo buscándolas. Teme tirarlas, como si con ello perdiera el hilo de las tareas pendientes. Sigue conservando algunas antiguas y de vez en cuando las relee, invadida por la nostalgia, más aun cuando no sabe a qué corresponden esas oscuras notas:

—*Farmacia*

—*Contar a Mila el cuento de Nils*

—*Reservas para Grecia*

—*Devolver la llamada a M.*

—*Releer todas mis notas*

—*Regresar a ver aquel escaparate. ¿Comprarme el vestido?*

—*Releer a Maupassant*

—*¿Darle una sorpresa?*

Paul está feliz. Por primera vez, su vida le parece que está a la altura de su apetito, de su loca energía, de su alegría de vivir. Él, el chico que creció libre, puede al fin recuperar sus alas. En pocos meses, su carrera ha experimentado un auténtico giro y, por primera vez, hace exactamente lo que le gusta. Ya no pasa el tiempo al servicio de los demás, obedeciendo y callándose ante un productor histérico, unos cantantes infantiles. Se acabaron aquellos días interminables esperando a grupos que

no avisaban de un retraso de seis horas. Se acabaron las sesiones de grabación con cantantes de variedades pasados de moda o que necesitaban litros de alcohol y decenas de rayas de coca para encadenar una nota tras otra. Se pasa las noches en el estudio, hambriento de música, de ideas nuevas, de risas. No deja nada al azar, corrige durante horas el sonido de una caja clara, de un arreglo de batería. «¡Louise está con ellos!», dice una y otra vez a su mujer cuando ella se preocupa por estar ausentes los dos de casa.

Cuando Myriam se quedó embarazada del primero, Paul estaba loco de la alegría, pero advertía a sus amigos de que él no quería que su vida cambiara. Ella lo aprobaba, y miraba a su marido, tan deportista, tan guapo, tan independiente, con más admiración todavía. Él le había prometido que haría lo imposible por que sus vidas siguieran inundadas de luz, deparándoles sorpresas. «Haremos viajes y nos llevaremos al bebé con nosotros. Tú serás una gran abogada, yo produciré artistas de éxito y nada cambiará». Fingieron, lucharon.

En los meses siguientes al nacimiento de Mila, la vida se convirtió en una comedia de tintes en cierto modo patéticos. Myriam ocultaba sus ojeras y su melancolía. Temía reconocer que se pasaba el día adormilada. En esa época, Paul le preguntaba constantemente: «¿En qué piensas?», y cada vez que lo hacía, a ella le entraban ganas de llorar. Invitaban a amigos a casa y Myriam debía contenerse para no echarlos fuera, tirar todo por los aires y encerrarse con llave en su dormitorio. Los amigos, reían, brindaban, Paul les llenaba las copas cuando las vaciaban. Charlaban, y ella temía que despertasen a la niña. Le hubiera gustado gritar de cansancio.

Cuando nació Adam, fue todavía peor. La noche en que regresaron de la maternidad, Myriam se quedó dormida en el cuarto, con la cuna transparente a su lado. Paul era incapaz de conciliar el sueño. Le parecía que un extraño olor reinaba en la casa. El mismo de las tiendas de animales, de los muelles del Sena adonde llevaban a veces a Mila los fines de semana. Un olor a cerrado y a secreciones, como a orines secos en las bandejas de arena de los gatos. Ese olor le repugnaba. Se levantó, bajó la basura. Abrió la ventana. Luego se dio cuenta de que la niña había tirado al váter todo lo que había encontrado a mano y ahora, al estar atascado, se desbordaba y esparcía ese efluvio a podrido por la casa.

Paul se sintió, en esa época, como si hubiera caído en una trampa, agobiado por las obligaciones. Él, admirado de todos por su desenvoltura, su risa atronadora, su confianza en el futuro, se había apagado. Él, el joven rubio, esbelto como un junco, a cuyo paso las chicas se giraban, ajeno a su encanto, dejó de tener ideas locas, de proponer fines de semana en la montaña y excursiones en coche para ir a comer ostras a la playa. Moderó sus entusiasmos. En los meses que siguieron al nacimiento de Adam, comenzó a rehuir su casa. Se inventaba citas y bebía cerveza, solo, a escondidas, en algún barrio alejado del suyo. Sus amigos también habían sido padres,

y la mayoría se había ido a vivir lejos del centro de París, a provincias o a algún país cálido del sur de Europa. Durante algunos meses, se comportó de un modo infantil, irresponsable y ridículo. Tuvo secretos y anhelos de evasión. En realidad, no sentía ninguna indulgencia para consigo mismo. Sabía medir hasta qué punto su actitud era mediocre. Lo único que quería era no regresar a casa, ser libre, seguir viviendo, él, que había vivido tan poco y que se había dado cuenta de ello tarde. Sentía que su ropaje de padre le quedaba grande, era demasiado triste.

Pero la suerte estaba echada, no podía lamentarse. Sus hijos estaban ahí, queridos, adorados. No se arrepentía de haberlos tenido, pero la duda se había insinuado por todos lados. Los niños, su olor, sus gestos, su deseo de él. Le emocionaban hasta un extremo que no podía describir. A veces quería ser pequeño como ellos, ponerse a su altura, fundirse en la infancia. Algo había muerto y no era solo la juventud o la despreocupación. Ya no era inútil. Lo necesitaban y tendría que vivir con ello. Al convertirse en padre, adquirió unos principios y unas certezas, algo que se había propuesto a sí mismo no tener nunca. Su generosidad se volvió relativa. Sus pasiones se templaron. Su universo había encogido.

Louise está ahora aquí, y Paul ha vuelto a citarse con su mujer. Una tarde, le envía un mensaje. «En la Place des Petits-Pères». Ella no responde, y él considera ese silencio maravilloso. Como un gesto de cortesía, un silencio de enamorada. Se presenta en la plaza, con un poco de adelanto, e inquieto, con el corazón tembloroso. «Va a venir, por supuesto que vendrá». Ella llega y se dan un paseo a orillas del Sena, como antaño.

Él sabe lo necesaria que es Louise para ellos, pero ya no la soporta. Con su físico de muñeca, su cara de mosquita muerta, lo irrita, le pone nervioso. «Es tan perfecta, tan delicada, que en ocasiones siento una especie de empacho», le confesó un día a Myriam. No soporta su silueta de jovencita, la manera de diseccionar cada gesto de los niños. Desprecia sus abstrusas teorías sobre la educación y sus métodos de abuela. Se burla de las fotos que les envía a sus móviles, diez veces al día, en las que los niños alzan sus platos vacíos, y ella pone un comentario: «Me he comido todo».

Desde el incidente del maquillaje, habla con ella lo mínimo. Aquella noche, se empeñó en despedirla. Llamó por teléfono a Myriam. Ella estaba en la oficina, ocupada. Esperó a que llegara a casa y cuando su mujer entró por la puerta, hacia las once de la noche, le contó la escena, el modo con que lo había mirado, su silencio férreo, su soberbia.

Myriam intentó convencerlo. Quitó importancia al asunto. Le reprochó el haber sido demasiado duro y ofensivo. De todos modos, siempre se alían como jabatas las dos contra él. Cuando se trata de los niños, tienen a veces con él una actitud arrogante que lo saca de quicio. Se sirven de su complicidad de madres. Lo infantilizan.

Sylvie, la madre de Paul, se burló de ellos. «Jugáis a los señores generosos con la niñera. ¿No creéis que os estáis pasando?». Paul se ofendió. Sus padres lo han educado en el odio al dinero, al poder y al respeto algo afectado por la gente humilde. Él siempre ha trabajado con toda naturalidad con compañeros con los que se sentía como un igual. Siempre tuteó a su jefe. Nunca ha dado órdenes. Pero Louise lo ha convertido de pronto en un patrón. Se oye a sí mismo dando consejos despreciables a su mujer. «No hagas demasiadas concesiones, si no, cada vez reclamará más», le dice, mientras acaricia a Myriam, pasándole la mano desde la muñeca al hombro.

Myriam juega con su hijo en la bañera. Lo tiene entre sus muslos, lo abraza y lo acaricia tanto que Adam, agobiado, intenta apartarse llorando. No puede contenerse de cubrir de besos ese cuerpo rollizo, de perfecto bebé angelote. Lo mira y se deja invadir por un arrebató sensual de amor materno. Piensa que muy pronto no se atreverá a ponerse así, desnuda, pegadita a él. Que eso ya no ocurrirá. Y que, mucho más rápido de lo que se imagina, será vieja y él, ese niño sonriente y mimado, se hará hombre.

Cuando lo desnudaba, ha observado seis marcas extrañas, en el brazo y en la espalda, a la altura del hombro. Dos cicatrices rojas y casi borradas pero sobre las que se adivina aún unas marcas que parecen de un mordisco. Lo besa suavemente en la cicatriz. Abraza a su hijo y lo mantiene abrazado. Le pide perdón y lo consuela por la pupa que se hizo en su ausencia.

A la mañana siguiente, Myriam se lo comenta a Louise. Esta acaba de llegar. Ni siquiera ha tenido tiempo de quitarse el abrigo y ya Myriam le muestra el bracito desnudo de Adam. No parece sorprendida. Alza las cejas, cuelga el abrigo y pregunta:

—¿Ha llevado Paul a Mila al colegio?

—Sí, se han marchado ahora mismo. Louise, mire esto. Es una señal de un mordisco, ¿no?

—Sí, ya lo sé. Le puse un poco de pomada para que cicatrizase. Fue Mila quien lo mordió.

—¿Está usted segura? ¿Estaba usted presente? ¿La vio?

—Claro que estaba presente. Jugaban los dos en el salón mientras yo preparaba la cena. De pronto, oí gritar a Adam. Sollozaba, el pobre, y, al principio, no entendí el motivo. Mila lo había mordido a través de la ropa, por eso no me di cuenta entonces.

—No lo entiendo —insiste Myriam, besando la cabecita pelona de Adam—. Le he preguntado varias veces si fue ella. Le he dicho incluso que no la castigaría. Me ha jurado que no sabía de dónde venía el mordisco.

Louise suspira. Agacha la cabeza. Parece que duda.

«Había prometido que no contaría nada y la idea de romper una promesa hecha a un niño me incomoda».

Se quita el chaleco negro, se desabrocha el vestido camisero y enseña el hombro. Myriam se acerca y no puede reprimir una exclamación de sorpresa y de asco. Se queda observando la mancha oscura que cubre su hombro. La cicatriz es antigua pero

se nota claramente la marca de unos dientecitos que se han incrustado en la piel y la han lacerado.

—¿Mila le ha hecho esto?

—Mire, le prometí a Mila no contarle. Le ruego que no le diga nada. Si el vínculo de confianza entre nosotras se quiebra, ello la perturbaría aún más, ¿no cree usted?

—Ya.

—Está un poco celosa del hermanito, es normal. Déjeme que yo lo resuelva. Todo irá bien.

—Sí, quizá tenga usted razón. Pero, de verdad, no lo entiendo.

—No debería usted intentar entender todo. Los niños son como los adultos. No hay nada que entender.

¡Qué expresión más sombría tenía Louise cuando Myriam le anunció que se iban una semana a la montaña a casa de los padres de Paul! Ahora que lo piensa, siente escalofríos. Su mirada furiosa estaba como nublada por una tormenta. Esa tarde, la niñera se marchó sin despedirse de los críos. Como un fantasma, monstruosamente discreta, salió dando un portazo, y Mila y Adam dijeron: «Mamá, Louise ha desaparecido».

Unos días después, a la hora en que se disponían a marcharse, Sylvie pasó a buscarlos. Era una sorpresa para la que Louise no estaba preparada. La abuela, alegre, excéntrica, entra en la casa gritando. Tira el bolso en el suelo y se revuelca en la cama con los niños, prometiéndoles una semana de diversión, de juegos y de golosinas. Myriam se estaba riendo de las payasadas de su suegra cuando giró de pronto la cabeza. Allí, de pie en la cocina, Louise los observaba. Tenía una palidez de muerta. Con los ojos rodeados de ojeras, como hundidos. Parecía murmurar algo con los labios. Myriam se acercó a ella, pero, en ese momento, se puso a cerrar, agachada, una maleta. Más tarde, Myriam se dijo que quizá lo había malinterpretado.

Myriam intenta ver claro. No tiene motivos para sentirse culpable. No le debe nada a la niñera. Sin embargo, sin podérselo explicar, tiene la sensación de arrebatarse sus hijos a Louise, de negarle algo. De castigarla.

Quizá le sentó mal que se le informara tarde y no hubiera podido organizar sus vacaciones. O simplemente se disgustó porque los niños pasaran un tiempo con Sylvie, por quien siente una enconada enemistad. Cuando Myriam se queja de su suegra, la niñera tiende a enfurecerse. Se pone del lado de Myriam con una fogosidad excesiva, y trata a Sylvie de loca, de histérica, de ejercer una mala influencia en los niños. Incita a Myriam a no dejarse amilanar, o, peor aún, a alejar de la abuela a esas pobrecitas criaturas. En esas ocasiones, Myriam se siente apoyada y, a la vez, un poco incómoda.

En el coche, cuando se dispone a arrancar, Paul se quita el reloj que lleva en la muñeca izquierda. «¿Podrías guardármelo en tu bolso?», le pide a Myriam.

Se había permitido el lujo de comprarse ese reloj hace dos meses, gracias a un contrato firmado con un cantante famoso. Es un Rolex de segunda mano que le ha conseguido un amigo por una cantidad muy razonable. Se lo pensó mucho antes de dar el paso. Le apetecía tenerlo, era perfecto, pero se avergonzaba un poco de ese fetichismo, de ese deseo frívolo. Cuando lo estrenó, le pareció magnífico, aunque algo grande. Aparatoso, llamativo. No dejaba de estirar la manga de la chaqueta hacia

abajo para ocultarlo. Pero enseguida se acostumbró a ese peso en un extremo del brazo izquierdo. En realidad, esa joya, la única que ha tenido, era más bien discreta. Y además él podía darse ese capricho. No se lo había robado a nadie.

—¿Por qué quieres quitártelo? —le pregunta Myriam que sabe cuánto le gusta—. ¿No te funciona?

—Sí, funciona perfectamente, pero ya conoces a mi madre. No lo entendería. Y no tengo ganas de líos.

Llegan a última hora de la tarde a una casa helada, con la mitad de las habitaciones aún en obras. El techo de la cocina amenaza con hundirse y en el cuarto de baño los cables eléctricos están al aire. Myriam odia este lugar. Teme por sus hijos. Los persigue por donde van, con la mirada aterrorizada, adelantando los brazos, lista para evitar una caída. Merodea de un lado a otro. Interrumpe sus juegos. «Mila, ven que te ponga otro jersey». «¿No os parece que Adam respira mal?».

Una mañana se despierta tiritando. Sopla en las manos heladas de Adam. Le preocupa la palidez de Mila y le impone un gorro incluso dentro de la casa. Sylvie prefiere guardar silencio. Le gustaría devolver a los niños la irreverencia y la fantasía que se les prohíbe. Con ella no hay normas. No los inunda de regalos inútiles, como hacen los padres, que intentan así compensar sus ausencias. No cuida su vocabulario delante de ellos y continuamente se granjea los reproches de Paul y Myriam.

Para hacer rabiar a su nuera, los llama «mis gorriones caídos del nido». Le gusta compadecerse de ellos por vivir en la ciudad, sufrir su incivismo y contaminación. Desearía ampliar el horizonte de esos críos destinados a un futuro de gente correcta, servil y, a su vez, autoritaria. Unos miedicas.

Sylvie se domina. Se contiene todo lo que puede, para no abordar el tema de la educación de los niños. Unos meses antes, una violenta discusión había enfrentado a suegra y nuera. Un tipo de peleas que no se olvidan aunque pase el tiempo, y cuyas palabras siguen resonando mucho después en las dos mujeres cada vez que se ven. Todo el mundo había bebido. Bastante más de la cuenta. Myriam, sentimental, había buscado en Sylvie a una interlocutora cómplice. Se quejaba de no poder ver a sus hijos como hubiera querido, de sufrir esa existencia acelerada en la que nadie te regala nada. Pero Sylvie no la consoló. No le puso la mano en el hombro. Por el contrario, se lanzó a un ataque en toda regla contra su nuera. Parecía tener las armas bien afiladas, listas a utilizarlas en cuanto se presentara la ocasión. Sylvie le reprochó que dedicara demasiado tiempo a su profesión; ella, que había trabajado durante toda la infancia de Paul y siempre se había enorgullecido de su independencia. Trató a Myriam de irresponsable y egoísta. Enumeró uno a uno sus viajes profesionales, en especial aquel en que Adam estaba malito y Paul terminaba la grabación de un álbum. Por su culpa, le decía, esos niños eran insoportables, tiránicos, caprichosos. Por su culpa y la de Louise, esa niñera de pacotilla, ese sucedáneo de madre en la que

Myriam se apoyaba por excesiva condescendencia, por cobardía. Myriam rompió a llorar. Paul, estupefacto, no decía nada y Sylvie alzaba los brazos, exclamando: «¡Eso, lagrimitas! Miradla. Lloro y hay que compadecerla porque es incapaz de oír las verdades».

Siempre que Myriam ve a Sylvie, le oprime el recuerdo de esa cena. Tuvo la sensación, en aquella velada, de que la habían asaltado, tirado al suelo y cosido a navajazos, de que yacía con las tripas fuera ante su marido. No tuvo fuerzas para defenderse contra unas acusaciones que reconocía que eran ciertas, en parte, pero ese era su destino y el de muchas otras mujeres. Ni un solo instante apareció el cariño o la indulgencia. Ni un solo consejo de madre a madre, de mujer a mujer.

Durante el desayuno, Myriam tiene la mirada clavada en su móvil. Intenta desesperadamente consultar sus correos electrónicos, pero la conexión está muy lenta. Se enfurece hasta el punto de querer estampar el teléfono contra la pared. Histérica, amenaza a Paul con regresar a París. Sylvie alza las cejas, visiblemente harta. Soñaba para su hijo con otro tipo de mujer, más dulce, más deportista, con más fantasía. Una chica que le gustara la naturaleza, las caminatas por la montaña y que no se quejara de la incomodidad de esta encantadora casa.

Sylvie fue siempre muy charlatana, repetía las mismas cosas, las mismas historias de su juventud, de sus compañeros revolucionarios. Con la edad ha aprendido a moderarse. Ha entendido que a los demás no les interesan sus peregrinas teorías sobre este mundo lleno de vendidos, de unos idiotas alimentados con carne de matadero y pantallas de artilugios electrónicos. Cuando tenía la edad de ellos, solo soñaba con hacer la revolución. «También es verdad que éramos algo ingenuos», señala Dominique, su marido, que se entristece al verla descontenta. «Quizá ingenuos, pero menos gilipollas». Sabe que su marido no entiende nada de los ideales que ella defiende y de los que todos se burlan. Él escucha amablemente sus desengaños y angustias. Ella se lamenta al ver en qué se ha convertido su hijo —«era un niño tan libre, ¿recuerdas?»—, en un hombre que vive bajo el yugo de su esposa, esclavo de la codicia del dinero y de la vanidad de ella. Durante una época, Sylvie creyó en una revolución conducida por los dos sexos, de la que nacería un mundo diferente de este en el que crecen sus nietos. Un mundo en el que habría tiempo para vivir. «¡Querida, qué cándida eres! Las mujeres son tan capitalistas como los hombres», le dice Dominique.

Myriam va de un lado a otro de la cocina, sin soltar el móvil. Dominique, para distender el ambiente, propone salir a dar un paseo. Myriam, más tranquilizada, abriga a sus hijos con tres capas de jerséis, bufandas y guantes. Una vez fuera, en plena nieve, los niños corretean, maravillados. Sylvie ha llevado dos trineos viejos, que pertenecían a Paul y a su hermano Patrick cuando eran pequeños. Myriam se

esfuerzo en no preocuparse, pero, con el alma en vilo, observa a sus hijos deslizarse por la pendiente.

«Se van a romper el cuello», piensa, y lloraría si pudiera. «Louise sí que me comprendería», no deja de repetirse para sus adentros.

Paul está entusiasmado, da ánimos a Mila que, con gestos efusivos, le dice: «Mira, papá. ¡Mira cómo sé montar en trineo!». Comen en un refugio muy acogedor, donde el fuego crepita en la chimenea. Se sientan algo alejados del resto de clientes, junto a un ventanal a través del cual un sol resplandeciente acaricia las mejillas rosadas de los niños. Mila está muy locuaz, y los adultos se ríen de sus payasadas. Adam, contrariamente a su costumbre, come con mucho apetito.

Esa noche, Myriam y Paul acompañan a los niños, agotados, a su dormitorio. Mila y Adam están tranquilos, con el cuerpo rendido y el alma llena de descubrimientos y alegría. Los padres se quedan un rato con ellos. Paul sentado en el suelo y Myriam en el borde de la cama de su hija. La arroja con dulzura, le acaricia la cabeza. Por primera vez desde hace mucho tiempo, los padres entonan juntos una canción de cuna cuya letra se habían aprendido para cantársela a dúo a Mila cuando era un bebé. Los párpados de los niños están cerrados, pero los padres siguen cantando por el placer de acompañar sus sueños. Para no despedirse de ellos.

Paul no se atreve a confesárselo a su mujer, pero esta noche está aliviado. Desde que ha llegado a esta casa, parece que se ha liberado del peso que sentía en el pecho. En una especie de duermevela, entumecido por el frío, piensa en la vuelta a París. Se imagina su casa como un acuario invadido por algas podridas, una fosa en la que el aire ya no circula y donde unos animales de piel rala deambulan aullando.

Al regresar a París, esas ideas negras se han disipado. En el salón, Louise ha adornado un jarrón con dalias. La cena está lista, las sábanas huelen a limpio. Tras una semana pasada en unas camas heladas, comiendo desordenadamente en la mesa de la cocina, vuelven a encontrar, encantados, el confort familiar. Imposible, piensan, prescindir de ella. Reaccionan como niños mimados, gatos domésticos.

Unas horas después de haberse ido Paul y Myriam, Louise vuelve sobre sus pasos, y recorre de nuevo la Rue d'Hauteville. Entra en casa de los Massé y abre las persianas que Myriam había cerrado. Cambia todas las sábanas, vacía los armarios y limpia las baldas. Sacude la vieja alfombra bereber de la que Myriam no quiere desprenderse, pasa la aspiradora.

Cumplido su deber, se sienta en el sofá y se echa una cabezada. No sale en toda la semana, se pasa el día en el salón, con la televisión encendida. No se acuesta nunca en la cama de Paul y Myriam. Vive en el sofá. Para no gastar, come lo que hay en la nevera y alguna de las reservas de la despensa, que Myriam probablemente ignora que tiene.

Los programas sobre gastronomía suceden a los informativos, a los juegos, a los concursos de telerrealidad, a un debate que le ha hecho reír. Se queda dormida ante el programa de TFI sobre crímenes famosos. Una noche, la investigación se centra en el caso de un hombre hallado muerto en su casa, a la salida de una pequeña ciudad de montaña. Las persianas estaban echadas desde hacía meses, el buzón desbordaba de cartas y nadie se había preguntado qué habría sido del dueño de aquella vivienda. En una evacuación del barrio por los bomberos, estos forzaron la puerta y descubrieron el cadáver. El cuerpo estaba casi momificado debido al frío de la habitación y a la atmósfera cerrada. En varias ocasiones, la voz en *off* insiste en que solo se pudo determinar la fecha del fallecimiento por la de los yogures que encontraron en la nevera, que habían caducado varios meses atrás.

Una tarde, Louise se despierta sobresaltada. Se ha quedado dormida con esa especie de sueño pesado del que uno emerge triste, desorientado, con el vientre lleno de lágrimas. Un sueño tan profundo, tan negro, que uno se ve morir, bañado en un sudor frío, y se despierta paradójicamente agotado. Louise se agita, se incorpora, se golpea la cara. Le duele tanto la cabeza que le cuesta abrir los ojos. Se podría casi oír el ruido de los latidos de su corazón. Busca los zapatos. Se resbala en el parqué, llora de rabia. Va retrasada. Los niños tendrán que esperarla, del colegio de Mila llamarán por teléfono, del jardín de infancia de Adam avisarán a Myriam de su ausencia. ¿Cómo ha podido quedarse dormida? ¿Cómo ha podido ser tan poco previsora? Tiene que salir, correr, pero no encuentra las llaves de la casa. Busca por todos lados, las ve por fin encima de la repisa de la chimenea. Ya está en las escaleras, el portal se cierra

violentamente tras ella. Afuera, tiene la sensación de que todos la miran, y se lanza a correr, sin aliento, como una loca. Se pone la mano en el estómago, siente una punzada dolorosa en el costado pero no disminuye la marcha.

La persona que hace cruzar el paso de peatones a los escolares no está hoy. Siempre hay alguien, con un chaleco reflectante, una pancarta en la mano. Suele ser un joven desdentado, que ella sospecha que ha salido de la cárcel, o una mujer negra y alta que se sabe los nombres de los niños. Tampoco hay gente delante del colegio. Está sola, como una idiota. Un sabor agrio le escuece en la lengua, tiene ganas de vomitar. Los niños no están. Camina, ahora con la cabeza agachada, llorando. Están de vacaciones. Ella está sola, se ha olvidado. Se da una palmada en la frente, aterrorizada.

Wafa la llama varias veces al día «por nada, para charlar». Una tarde, propone a Louise pasar a verla. La familia donde trabaja también se ha ido de vacaciones, y, por una vez, está libre para hacer lo que quiera. Louise se pregunta qué habrá visto Wafa en ella, le cuesta creer que alguien busque su compañía con tanto entusiasmo. Pero la pesadilla del día anterior la obsesiona, y acepta.

Cita a su amiga en el portal de los Massé. Al entrar, Wafa habla muy fuerte de la sorpresa que esconde ahí, en la bolsa grande de plástico trenzado. Louise le hace una seña para que se calle. Teme que las oigan. Solemne, va subiendo los pisos y abre la puerta de la casa. El salón le parece de una tristeza mortal, y apoya las palmas de las manos en los ojos. Tiene ganas de retroceder, de empujar a Wafa fuera, y regresar sola a la televisión que escupe su tranquilizadora bazofia de imágenes. Pero Wafa ya ha soltado su bolsa de plástico en la encimera de la cocina y saca unos sobrecitos con especias, un pollo y uno de esos frascos de cristal en los que esconde los dulces con miel. «¿Te apetece que cocine para ti?».

Por primera vez en su vida, Louise se sienta en el sofá a observar a alguien que está cocinando para ella. Incluso de pequeña no recuerda haber visto a nadie hacerlo, solo para ella, por el simple hecho de complacerla. De niña, comía las sobras de los platos de los demás. Por la mañana, le servían una sopa tibia, recalentada un día tras otro hasta la última gota. Se la tenía que tomar toda, pese a la grasa que se adhería a los bordes del plato, pese al sabor a tomate ácido, a hueso roído.

Wafa sirve a las dos un vodka con zumo de manzana helado. «El alcohol, me gusta cuando es dulce», dice chocando su copa con la de Louise. Wafa está de pie, toca los objetos de adorno, observa las estanterías de libros. Una fotografía le llama la atención.

«¿Eres tú? Qué guapa estás con ese vestido naranja». En la foto, Louise sonríe, con la melena suelta, sentada en una tapia baja con un niño en cada brazo. Myriam insistió en poner esa foto en el salón, en una de las estanterías. «Usted forma parte de la familia», dijo a la niñera.

Recuerda perfectamente el momento en que Paul tomó esa foto. Myriam había entrado en una tienda de cerámica y tardaba en decidirse. En la callejuela comercial, Louise esperaba con los niños. Mila se había puesto de pie sobre el borde de la tapia. Intentaba atrapar un gato gris. En ese instante, Paul dijo: «¡Louise, niños, mirad para acá! Esta luz es bellísima». Mila se sentó cerca de ella y Paul gritó: «¡Sonreíd, ahora!».

«Este verano volveremos a Grecia», dice Louise. Y añade: «Ahí, a Sifnos». Y señala la foto con la punta de la uña recién pintada. Todavía no le han dicho nada, pero está segura de que irán de nuevo a la isla que tanto les gustó, a nadar en las aguas transparentes y cenar en el puerto, a la luz de las velas. «Myriam escribe listas», le explica a Wafa que se ha sentado en el suelo, a los pies de su amiga. Unas listas que están desperdigadas por el salón e incluso por las sábanas de su cama, en las que ha anotado que pronto irán de nuevo a Grecia. Pasearán por las calas. Cogerán cangrejos, erizos y cohombros de mar, y Louise observará cómo se retraen en el fondo del cubo. Nadará, cada vez más lejos, y este año Adam lo hará con ella.

Y luego, se irá acercando el final de las vacaciones. La víspera, irán sin duda al restaurante que tanto le gustó a Myriam, en el que la dueña había dado a elegir a los niños unos peces aún vivos en el mostrador. Beberán algo de vino y Louise en ese momento les anunciará su decisión de quedarse. «No cogeré el avión mañana. Voy a vivir aquí». Ellos se sorprenderán, por supuesto. Se lo tomarán a broma. Se echarán a reír porque habrán bebido mucho o porque se sentirán violentos. Y luego, ante su determinación, se preocuparán. Intentarán hacerla entrar en razón. «Pero, Louise, ¿no ve usted que no tiene sentido? No se puede quedar aquí. ¿De qué vivirá?». Y entonces le tocará el turno de reírse a ella.

«Por supuesto, he pensado en el invierno». La isla, en esa época del año, cambia sin duda de rostro. Esa roca seca, esos macizos de orégano y de cardos deben de parecer hostiles en la luz de noviembre. Allá arriba debe de estar oscuro, sobre todo cuando caen los primeros chaparrones. Pero ella no cesa en su empeño, nadie la obligará a hacer el camino de vuelta. Quizá cambie de isla, pero no se echará atrás.

«O quizá no les diré nada. Desapareceré, así, sin más», dice chasqueando los dedos.

Wafa escucha a Louise contar su proyecto. No le cuesta imaginar esos horizontes azules, las callejuelas empedradas, los baños matinales. Siente una enorme nostalgia. El relato de Louise despierta recuerdos, el olor embriagador del Atlántico por la noche en el paseo marítimo, los amaneceres a los que asistía toda la familia durante el mes de ramadán. Pero Louise, bruscamente, se echa a reír y rompe la ensoñación en la que Wafa se ha extraviado. Ríe, como una niña tímida que oculta sus dientes tras los dedos, y tiende la mano a su amiga para que se siente a su lado en el sofá. Alzan sus copas y brindan. Parecen ahora dos jovencitas, dos compañeras de colegio unidas

por la complicidad de una broma, de un secreto confesado. Dos crías, perdidas en un decorado de adultos.

Wafa tiene instintos de madre o de hermana. Le pregunta si quiere un vaso de agua, que le prepare un café o algo de comer. Louise estira las piernas y cruza los pies sobre la mesa. Wafa se fija en la suela sucia del zapato de Louise junto a su copa y se dice a sí misma que debe de estar borracha para comportarse de ese modo. Siempre ha admirado sus buenos modales, sus gestos medidos y educados, que podrían pasar por los de una verdadera burguesa. Wafa apoya sus pies descalzos en el borde de la mesa. Y en un tono pícaro le pregunta:

—¿Y si conocieras a alguien en tu isla? A un bello griego que se enamore de ti.

—Ni hablar. Si voy allá es para no tener que cuidar de nadie. Dormir cuando quiera, comer lo que quiera.

Al principio, no habían previsto nada para la boda de Wafa. Se contentarían con ir al Ayuntamiento, firmar los documentos, y ella entregaría cada mes a Yusef lo acordado hasta conseguir los papeles franceses. Pero el futuro esposo cambió de planes. Convenció a su madre, que estaba encantada, de que sería más decente invitar a algunos amigos. «A fin de cuentas, es mi boda. Y además, nunca se sabe, así se quedarán más convencidos los servicios de inmigración».

Un viernes por la mañana se citan delante del Ayuntamiento de Noisy-le-Sec. Louise, que es testigo de boda por primera vez en su vida, se ha puesto el vestido celeste de cuello bebé y unos pendientes. Firma en la parte inferior de la hoja que le tiende el alcalde. El matrimonio parece casi auténtico. Los gritos de alegría, los «¡Vivan los novios!», los aplausos casi parecen sinceros.

El grupito camina hacia el restaurante La Gazelle d'Agadir, que regenta un amigo de Wafa y en el que a veces trabaja de camarera. Louise observa a la gente, de pie. Gesticulan, ríen, dando grandes palmadas en la espalda del que tienen al lado. En la puerta del restaurante, los hermanos de Yusef han aparcado una berlina negra, decorada con cintas de plástico dorado.

El dueño del restaurante ha puesto música. No le preocupan los vecinos. Al contrario, piensa que así se dará a conocer, y los transeúntes verán a través de los cristales las mesas servidas, envidiarán el jolgorio de los comensales. Louise observa a las mujeres, y le llama la atención sus rostros anchos, las manos recias, las caderas imponentes que unos cinturones en exceso apretados resaltan. Hablan muy alto, ríen, se llaman de un lado a otro de la sala. Rodean a Wafa, sentada en la mesa principal y que, según interpreta Louise, no debe moverse de ahí.

A Louise la han colocado al fondo de la sala, lejos de la cristalera que da a la calle, al lado de un señor que Wafa le ha presentado esa mañana: «Te he hablado de Hervé. Él fue quien hizo unas obras en la habitación de servicio donde vivo. Trabaja cerca del barrio». Wafa los ha sentado juntos a propósito. Es el tipo de hombre que ella merece. Un estilo de persona que nadie quiere, pero que Louise acepta, como acepta la ropa usada, las revistas ya leídas a las que le faltan páginas e incluso los gofres ya mordidos que dejan los niños.

No le gusta Hervé. Las miradas cómplices que le lanza Wafa le resultan violentas. Odia sentirse espiada, atrapada contra su voluntad. Y además el hombre es tan insignificante. Tiene tan poco atractivo. Para empezar, es apenas más alto que Louise. Piernas musculosas, pero cortas, estrecho de caderas y cuellicorto. Cuando habla, a

veces recoge la cabeza entre los hombros como una tortuga tímida. Louise no deja de mirarle las manos, posadas sobre la mesa, unas manos de obrero, de pobre, de fumador. Ha observado que le faltan dientes. No es distinguido. Huele a pepino y a alcohol. Lo primero que se le ocurre es que se avergonzaría de presentárselo a Myriam y a Paul. Los decepcionaría. Está segura de que pensarían que ella merece algo mejor.

Hervé, en cambio, no deja de mirarla con el apetito de un anciano ante una jovencita que hubiera mostrado una pizca de interés por él. La encuentra tan elegante, tan delicada. Se detiene en la finura de su cuello, la levedad de sus pendientes. Observa sus manos, que ella cruza sobre las rodillas, esas manitas de uñas rosadas, que parecen no haber sufrido, unas manos sin curtir. Louise le hace pensar en esas muñecas de porcelana que ha visto sentadas en los estantes en las casas de las señoras mayores donde ha ido a hacer alguna reparación. Como esos juguetes, las facciones de Louise están casi inertes, a veces tiene expresiones petrificadas absolutamente seductoras. A Hervé le gustaría hacer algo para atraer su atención y cambiar esa manera de mirar el vacío.

Le habla de su oficio. Conductor repartidor, pero no a tiempo completo. También ofrece sus servicios para reparaciones o mudanzas. Tres veces por semana, está de vigilante en el aparcamiento de un banco, en el Boulevard Haussmann. «Me deja tiempo para leer —le dice—. Novelas policíacas, aunque no solo eso». Louise no sabe qué contestarle cuando le pregunta qué le gusta leer a ella.

«¿La música, entonces? ¿Te gusta la música?».

A él le apasiona y hace con sus deditos amoratados el gesto de rasgar las cuerdas de una guitarra. Habla de antes, de tiempos pasados, cuando se escuchaba la música en grupo, cuando los cantantes eran sus ídolos. Llevaba el pelo largo, y veneraba a Jimmy Hendrix. «Ya te enseñaré una foto», le dice. Ella toma conciencia de que nunca ha escuchado música. Nunca ha sentido ganas de hacerlo. Solo conoce algunas canciones infantiles, de rimas pobres, que se transmiten de madre a hija. Una tarde, Myriam la sorprendió canturreando con los niños. Le dijo que tenía una voz muy bonita. «Qué pena, usted podría haberse dedicado a cantar».

Louise no se ha dado cuenta de que la mayoría de los invitados no bebe alcohol. En el centro de cada mesa, hay una jarra grande de agua y una botella de refresco. Hervé ha ocultado una botella de vino en el suelo, a su derecha, y sirve a Louise cada vez que se vacía su vaso. Ella bebe despacio. Acaba acostumbrándose a los gritos de los invitados, a la música ensordecedora, a la retahíla de palabras incomprensibles de los chicos que pegan sus labios al micrófono. Sonríe incluso al mirar a Wafa, y se olvida de que todo esto no es más que una mascarada, un engañoso, una farsa.

Louise bebe, sorbito a sorbito, con desgana, y la incomodidad de su vida, la timidez de su respiración, ese esfuerzo tan grande se derrite en el vaso. La mediocridad del restaurante, la de Hervé, todo adquiere un nuevo cariz. Hervé tiene una voz suave y sabe callarse. La observa y sonríe, con la cabeza agachada, mirando

la mesa. Cuando no tiene nada que decir, no dice nada. Sus ojitos sin pestañas, su pelo ralo, su tez violácea, sus ademanes ya no disgustan tanto a Louise.

Acepta que Hervé la acompañe, y caminan juntos hacia la boca del metro. Ella se despide y baja las escaleras sin darse la vuelta. En el camino de regreso, Hervé piensa en ella. Le obsesiona como la melodía embriagadora de una canción en inglés, a él, que no entiende esa lengua, y que, a pesar de los años, sigue destrozando sus estribillos preferidos.

Como cada día, a las siete y media, abre la puerta de la casa. Paul y Myriam están de pie en el salón. Parece que la esperan desde hace un rato. Myriam tiene una expresión de fiera hambrienta que hubiera estado dando vueltas en su jaula durante toda la noche. Paul enciende la televisión y, excepcionalmente, autoriza a los niños a ver los dibujos animados antes de ir al colegio.

«¡Os quedáis aquí, quietos!», ordena a los pequeños que miran fijamente, hipnotizados, con la boca abierta, a una pandilla de conejos histéricos.

Los adultos se encierran en la cocina, Paul pide a Louise que se siente.

—Les hago un café —propone la niñera.

—No, no hace falta, gracias —responde cortante Paul.

Detrás de él, Myriam mantiene la mirada baja. Se ha puesto la mano en los labios. «Louise, hemos recibido una carta que nos ha disgustado. Le debo confesar que estamos muy molestos por la noticia. Hay cosas que no se pueden tolerar».

Paul ha hablado sin recuperar el aliento, con la mirada fija en el sobre que tiene en las manos.

Louise deja de respirar. Ni siquiera se siente la lengua, y debe morderse el labio para no llorar. Le gustaría hacer como los niños: taparse los oídos, gritar, tirarse al suelo, patalear, todo con tal de no mantener esta conversación. Intenta identificar el sobre que él tiene entre los dedos pero no ve nada, ni la dirección ni el contenido.

De pronto, se convence de que la carta procede de Madame Grinberg. La vieja bruja sin duda la ha espiado durante la ausencia de Paul y Myriam, y ha escrito un anónimo. Una carta de denuncia, donde escupe sus calumnias para distraer su soledad. Les cuenta, lo más seguro, que ella se ha pasado las vacaciones en esta casa. Que Wafa vino a verla. Ni siquiera la habrá firmado, para aumentar el misterio y la maldad. Además ha debido añadir cosas de su cosecha, plasmar en el papel sus fantasías de anciana, sus delirios seniles y lúbricos. No va a poder soportarlo. No, no podrá resistir la mirada de Myriam, la mirada asqueada de la dueña de esta casa que creará que ha dormido en su cama, que se ha burlado de ellos.

Se ha puesto tensa. Oculta bajo sus rodillas los dedos crispados por el odio, para disimular su temblor. Tiene el rostro y el cuello lívidos. Luego se pasa la mano por el pelo en un gesto de rabia. Paul, que esperaba una reacción, continúa hablando.

«Esta carta la ha enviado la Administración Tributaria, Louise. Nos piden que embarguemos su salario para que cobren la suma que usted les debe, supuestamente desde hace meses. ¡Nunca respondió a ninguna de las notificaciones de apremio!».

Paul juraría que había notado alivio en la mirada de la niñera.

«Me doy cuenta de que el procedimiento es humillante para usted, y para nosotros tampoco es agradable. No, no lo es en absoluto».

Paul tiende la carta a Louise, que se mantiene inmóvil.

«Mire».

Coge el sobre y extrae la hoja, con las manos húmedas, temblorosas. Se le nubla la vista, finge que lee pero no entiende nada.

—Si han llegado a esto es porque es el último recurso. ¿Lo entiende? No puede usted tener un comportamiento tan negligente —explica Myriam.

—Lo lamento muchísimo. Lo lamento de verdad, Myriam. Voy a solucionarlo, se lo prometo.

—Puedo ayudarla, si lo necesita. Tiene que traerme todos los documentos para que encontremos una solución.

Louise se frota la mejilla con la palma de la mano abierta, la mirada perdida. Sabe que tiene que decir algo. Le gustaría abrazar a Myriam, estrecharla contra sí, pedirle ayuda. Le gustaría decirle que está sola, tan sola, y que han sucedido tantas cosas, tantas cosas que no ha podido contar, pero que a ella sí se las contaría. Está confusa, agitada. No sabe cómo comportarse.

Intenta estar a la altura de la situación. Alega un malentendido. Un cambio de dirección. Echa la culpa a Jacques que era tan poco previsor y tan secreto. Sigue negándolo, contra toda realidad, contra toda evidencia. Sus palabras son tan imprecisas y patéticas que Paul muestra signos de impaciencia.

«Está bien, está bien. Eso es asunto suyo, así que resuélvalo. No quiero volver a recibir jamás este tipo de correspondencia».

Las cartas la persiguieron desde la casa de Jacques hasta su estudio y, para colmo, hasta aquí, hasta sus dominios, hasta esta casa que solo se sostiene gracias a ella. Han enviado aquí las facturas impagadas del tratamiento médico de Jacques, el impuesto inmobiliario con recargo y otros pagos atrasados que no sabe a qué corresponden. Se creyó, ingenua de ella, que acabarían por rendirse ante su silencio. Que debía hacerse la muerta, ella, que, de todos modos, no representa nada, no posee nada. ¿Qué más les da a ellos? ¿Por qué ese empeño en acosarla?

Sabe muy bien dónde están las cartas. Un montón de sobres que no ha tirado a la basura. Están encima del contador de la luz. Le gustaría prenderles fuego. Además, no entiende nada de esas frases interminables, esas tablas que se extienden una página tras otra, esas columnas de cifras cuyos totales no dejan de aumentar. Como cuando ayudaba a Stéphanie con sus deberes. Le hacía dictados. Intentaba echarle una mano con los problemas de matemáticas. Su hija se burlaba de ella riéndose: «¡Qué sabrás tú! De todos modos, no entiendes nada».

Esa noche, después de poner los pijamas a los niños, se queda un rato con ellos en el cuarto. Myriam la espera, inexpresiva, en la entrada. «Ya puede usted marcharse. Nos vemos mañana». A Louise le gustaría tanto quedarse. Dormir aquí, a los pies de la cama de Mila. No haría ruido, no molestaría a nadie. No quiere regresar a su estudio. Cada noche llega un poco más tarde, y camina por la calle con la mirada fija en el suelo y la bufanda subida hasta la barbilla. Teme encontrarse con el casero, un viejo pelirrojo con los ojos inyectados en sangre. Un avaro que solo confió en ella «porque alquilar a una blanca en este barrio es casi un milagro». Ahora debe de estar arrepentido.

En el tren de cercanías, aprieta los dientes para no llorar. Una lluvia glacial, insidiosa, le empapa el abrigo, el pelo. Pesadas gotas caen de los aleros de los edificios, se le deslizan por el cuello, la hacen tiritar. Al llegar a la esquina, pese a estar desierta, siente como que alguien la mira. Se gira, pero no hay nadie. Luego, en la penumbra, entre dos coches, ve a un hombre en cuclillas. Dos muslos desnudos, unas manos enormes plantadas en las rodillas. Con una mano sostiene un trozo de periódico. Él la mira. No parece hostil ni avergonzado. Ella se echa para atrás, asqueada. Tiene ganas de gritar, de que alguien sea testigo de la escena. Un hombre cagando en su calle, delante de ella. Un hombre que aparentemente ya no siente vergüenza y debe de tener la costumbre de hacer sus necesidades sin pudor ni dignidad.

Louise corre hasta su portal y sube las escaleras temblando. Ordena la casa. Cambia las sábanas. Querría lavarse, quedarse un buen rato bajo el chorro de agua caliente para entrar en calor, pero hace unos días el plato de la ducha se hundió y está inutilizable. La madera podrida ha cedido y la ducha prácticamente se ha derrumbado. Desde entonces se asea en el fregadero con una manopla de baño. Hace tres días se lavó la cabeza sentada en la silla de formica.

Tumbada en la cama, no consigue dormirse. No deja de pensar en el hombre de cuclillas, en la sombra. No puede evitar imaginar que pronto ella estará igual. Que se encontrará sin nada. Que incluso se verá obligada a dejar este estudio inmundo, y cagará en la calle, como un animal.



A la mañana siguiente, no consigue levantarse. Toda la noche ha tenido fiebre, tanta que le castañeteaban los dientes. La garganta está inflamada, llena de aftas. Incluso le cuesta tragar saliva. Son apenas las siete y media cuando suena el teléfono. No responde. Ve sin embargo el nombre de Myriam en la pantalla del móvil. Abre los ojos, tiende el brazo hacia el aparato y cuelga. Hunde la cabeza en la almohada.

El teléfono suena de nuevo.

Esta vez, Myriam deja un mensaje. «Buenos días, Louise, espero que esté bien. Mila está enferma desde anoche, con fiebre. Llevo un caso muy importante, le dije que hoy tenía un juicio. Espero que todo vaya bien, que no haya ocurrido nada. Llámeme en cuanto escuche este mensaje, la esperamos». Tira el aparato a sus pies. Se arrebujá en la manta. Intenta olvidar que tiene sed y unas ganas atroces de orinar. No quiere moverse de donde está.

Ha empujado la cama hacia la pared para aprovechar mejor el calor del radiador. Acostada de ese modo, la nariz casi le roza el cristal de la ventana. Con la mirada dirigida hacia los árboles descarnados de la calle, no encuentra salida a nada. Tiene la extraña certeza de que es inútil luchar. Que no le queda más remedio que dejarse ir, invadir, quedarse atrás, pasiva ante las circunstancias. La víspera recogió los sobres, los abrió y rompió, uno por uno. Tiró los papeles en el fregadero, y, una vez mojados, los pedacitos se aglutinaron, formando una pasta asquerosa que vio disgregarse bajo el chorro de agua hirviendo. El teléfono suena, no deja de sonar. Ha puesto el móvil bajo un cojín pero el timbre estridente le impide volverse a dormir.

En su casa, Myriam va de un lado a otro, impaciente, enloquecida. Ha dejado la toga de letrada sobre el sillón de rayas. «No vendrá más —dice Paul—. No sería la primera vez que una niñera desaparece de la noche a la mañana. He oído un montón de historias como esta». Myriam la llama de nuevo, y ante el silencio de Louise se siente completamente desarmada. Lo paga con Paul. Lo acusa de haber sido demasiado duro, de haberla tratado como a una simple empleada. «La hemos humillado», concluye Myriam.

Paul intenta calmarla. Quizá ha tenido un problema, le ha debido de pasar algo. Jamás se hubiera atrevido a dejarlos colgados así, sin ninguna explicación. Tan encariñada como está con los niños, no se va a marchar sin despedirse de ellos. «En

lugar de montar esas hipótesis delirantes, deberías buscar su dirección. Mira en el contrato. Si no contesta dentro de una hora, ve a su casa».

Myriam está agachada, buscando por los cajones, cuando suena el teléfono. Con una voz apenas audible, Louise se disculpa. Está tan enferma que no ha podido levantarse de la cama. Se volvió a dormir esta mañana y no oyó el teléfono. Repite unas diez veces: «Lo siento muchísimo». A Myriam esta sencilla explicación la ha pillado desprevenida. Se siente algo avergonzada por no haber pensado en eso, en un sencillo percance de salud. Como si Louise fuese infalible, y su cuerpo no pudiera verse afectado por el cansancio o la enfermedad. «Lo entiendo —responde Myriam—. Cuídese, encontraremos una solución».

Paul y Myriam llaman a los amigos, a los compañeros de trabajo, a su familia. Alguien por fin les da el número de una estudiante «que puede sacarles del apuro» y que, afortunadamente, acepta ir enseguida. La chica, rubia y guapa, de unos veinte años, no le inspira confianza a Myriam. Al llegar, se quita con lentitud sus botines de tacón alto. Myriam se fija en un horrendo tatuaje en el cuello. A las recomendaciones de Myriam, responde «Sí», como si hubiera comprendido todo, como para librarse de esa mujer nerviosa e insistente. Con Mila, que dormita en el sofá, sobreactúa, haciendo el papel de cómplice de la niña. Imita la preocupación materna, a pesar de que ella misma ni siquiera ha salido aún de la infancia.

Pero es por la noche, al regresar del trabajo, cuando Myriam se siente más agobiada. La casa está sumida en un desorden espantoso. Juguetes desparramados por el salón. Cucharros sucios tirados en el fregadero. Puré de zanahorias seco sobre la mesita de la cocina. La chica se levanta, aliviada como un prisionero que liberasen del encierro de una celda. Coge los billetes y corre hacia la puerta, sin dejar de consultar su móvil. Luego Myriam descubre en el balcón un montón de colillas de cigarrillos liados, y, en la cómoda azul en el cuarto de los niños, un helado de chocolate derretido, que ha estropeado la pintura del mueble.

Louise lleva tres días con pesadillas. No se queda profundamente dormida, sino que se sume en un perverso letargo, donde las ideas se mezclan, su malestar va en aumento. Por la noche, un quejido interior la corroe y le desgarran las entrañas. Con el camisón pegado al pecho, le rechinan los dientes, se hunde en el colchón del sofá cama. Tiene la sensación de que el tacón de una bota inmoviliza su rostro en el suelo, y la boca se le llena de tierra. Sus caderas se agitan como la cola de un renacuajo. Está totalmente exhausta. Se despierta para beber e ir al baño, y regresa a su guarida.

Emerge del sueño como cuando uno sale de las profundidades del mar, ha nadado muy lejos, le falta el oxígeno, el agua no es más que un magma negro y viscoso, y reza para tener aire y fuerza suficientes para subir a la superficie e inspirar vorazmente al fin.

En su libreta con tapas de florecitas anotó el término que había utilizado el médico del hospital Henri-Mondor. «Melancolía delirante». Le había parecido bonita la expresión, y su tristeza había adquirido de pronto un toque de poesía, de evasión. Lo anotó, con su letra extraña, de mayúsculas torcidas y torpes. En las hojas de esa libretita las palabras se parecen a esos edificios de madera tambaleantes que Adam construye por el único placer de verlos derrumbarse.

Es la primera vez que piensa seriamente en la vejez. En el cuerpo que empieza a funcionar mal, en los movimientos que duelen hasta en la médula de los huesos. En los gastos médicos que aumentan. Y la angustia de una vejez mórbida, tendida en la cama, enferma en este estudio con las ventanas sucias, se ha vuelto una idea recurrente. Odia este lugar. El olor a moho que despide la cabina de la ducha la obsesiona. Lo huele hasta en su boca. Todas las juntas, todas las grietas se han llenado de un musgo verduzco, y por mucho que rasque con rabia, renace por la noche, más denso que nunca.

Siente brotar el odio que lleva dentro. Un odio que va en contra de sus impulsos serviles, de su optimismo infantil. Un odio que mezcla todo. Está absorbida por un sueño triste y confuso. Atormentada por la impresión de haber visto y oído demasiado de la intimidad de los demás, de una intimidad a la que ella nunca tuvo derecho. Nunca tuvo un dormitorio propio.

Tras dos noches de angustia, está lista para volver al trabajo. Ha perdido peso, y su rostro de niña, pálido y hundido, se ha alargado. Se peina, se maquilla. Se sosiega

a base de sombra malva en los párpados.

A las siete y media abre la puerta de la casa de la Rue d'Hauteville. Mila, vestida con su pijama azul corre hacia la niñera. Se lanza a sus brazos. Dice: «¡Louise eres tú, has vuelto!».

Adam se quiere desprender de los brazos de su madre. Ha oído la voz de Louise, ha reconocido su olor a polvos de maquillaje, el ruido ligero de sus pasos en el parqué. Aparta con sus manitas el torso de su madre quien, sonriente, entrega a su hijo a la ternura de Louise.



En el frigorífico de Myriam hay *tuppers*. Pequeños, colocados unos sobre otros. Hay boles cubiertos con papel de aluminio. En las baldas de plástico, trozos de limón, un pedacito de pepino ajado, un cuarto de cebolla cuyo olor invade la cocina en cuanto se abre la puerta de la nevera. Un resto de queso, del que solo queda la corteza. En los *tuppers*, Myriam encuentra unos cuantos guisantes que han perdido la redondez y el color verde brillante. Tres macarrones. Una cucharada de papilla. Una hilacha de pavo que no alimentaría ni a un gorrión. Pero Louise se ha molestado en guardarlos.

Para Paul y Miriam es un motivo de broma. Esa manía de no tirar nada, al principio les hace reír. La niñera rasca el fondo de las latas de conserva, obliga a los niños a rebañar con la lengua los envases del yogur. Lo consideran ridículo y a la vez enternecedor.

Paul se burla de Myriam cuando baja, en plena noche, la basura que contiene restos no consumidos o algún juguete de Mila que ya no merece la pena reparar. «¡Tienes miedo de que te regañe Louise, reconócelo!», y la persigue hasta el rellano, riéndose.

Les divierte verla estudiar con mucha concentración la publicidad que los comerciantes del barrio dejan en los buzones y que ellos, mecánicamente, tiran a la papelera. La niñera colecciona los bonos de descuento, que presenta con orgullo a Myriam, y esta se avergüenza de considerarlo una tontería. Aunque, de hecho, toma a Louise por modelo ante su marido y sus hijos. «Louise tiene razón. Está muy mal despilfarrar. Hay niños que no tienen nada que comer».

Pero al cabo de unos meses, esa manía se ha convertido en un motivo de tensión. Myriam reprocha a Louise sus obsesiones. Se queja de la rigidez de la niñera, de su paranoia. «Que registre los cubos de basura si quiere, yo no tengo por qué rendirle cuentas», afirma a un Paul convencido de que deben emanciparse del poder que ejerce Louise. Myriam se muestra firme. Le prohíbe dar a los niños productos caducados. «Sí, aunque solo sea de un día. Eso es todo, no hay más que hablar».

Una noche, cuando Louise acaba de restablecerse de su enfermedad, Myriam llega tarde a casa. El apartamento está sumido en la oscuridad y Louise espera tras la puerta, con el abrigo sobre los hombros y el bolso en la mano. Apenas se despide y

sale precipitadamente a coger el ascensor. Myriam está demasiado cansada para alterarse o intentar entender qué le pasa.

«Estará de morros. ¿Y a mí qué?».

Podría tumbarse en el sofá y quedarse dormida vestida y con los zapatos puestos, pero va a la cocina para servirse una copa de vino. Quiere sentarse un rato en el salón, beberse un vino blanco bien frío, relajarse fumando un cigarrillo. Si no temiera despertar a los niños, incluso se daría un baño.

Entra en la cocina y enciende la luz. Todo parece más limpio que de costumbre. Flota en el aire un fuerte olor a jabón. Louise ha limpiado la puerta de la nevera. La encimera está impecable. Ni pizca de grasa en el extractor, ha pasado una esponja a los tiradores de los armarios. Y el cristal que tiene Myriam frente a ella deslumbra de limpio.

Se dispone a abrir la nevera cuando la ve. Allí, en el centro de la mesita donde comen sus hijos y la niñera. Una carcasa de pollo, encima de un plato. Una carcasa brillante, sobre la que no queda el menor trocito de piel, el menor rastro de carne. Se diría que la ha roído un buitre o un insecto obstinado, minucioso. Un bicho maligno en todo caso.

Se queda mirando el esqueleto marrón, la espalda encorvada, los huesos puntiagudos, la columna vertebral lisa y neta. Los muslos han sido arrancados, pero las alas, torcidas, siguen ahí, con las articulaciones distendidas, prestas a quebrarse. El cartílago reluciente, amarillento, parece pus que se hubiera secado. A través de los intersticios entre los huesos pequeños, se ve el interior vacío del tórax, negro y exangüe. Ya no queda carne, ni órganos, nada putrescible en ese esqueleto y sin embargo a Myriam le parece carroña, un nauseabundo cadáver que sigue descomponiéndose ante sus ojos, ahí, en su cocina.

Está segurísima: ese pollo lo tiró esta misma mañana. La carne ya no se podía consumir, así evitaba que les sentará mal a sus hijos. Recuerda perfectamente que sacudió el plato encima de la bolsa de la basura y el animal cayó, rodeado de una grasa gelatinosa. Se estrelló, con un ruido sordo, contra el fondo del cubo, y Myriam dijo «¡puaj!». Ese olor, por la mañana temprano, era repugnante.

Se acerca al animal que no se atreve a tocar. No puede ser un error, un olvido de Louise. Menos aún, una broma. Imposible. La carcasa huele a lavavajillas con perfume a almendras. Lo ha lavado a conciencia, lo ha secado y lo ha colocado allí, como venganza, como un tótem maléfico.

Luego, la niña se lo contó a su madre. Se reía, saltaba, explicándole cómo Louise les había enseñado a comer con los dedos. De pie, en sus sillas, Adam y ella rebañaron los huesos. La carne estaba seca, y ella les permitió beber dos vasos de Fanta, bien llenos, mientras comían, para no atragantarse. Estaba pendiente de que no se estropeará el esqueleto y no dejaba de mirar al animal. Les dijo que era un juego y

que los recompensaría si cumplían bien las reglas. Y cuando terminaron, excepcionalmente, les dio dos caramelos de limón.

Hector Rouvier

Han pasado diez años, pero Hector Rouvier recuerda como si fuera hoy las manos de Louise. Es lo que tocaba más a menudo, sus manos. Olían a pétalos aplastados, y llevaba las uñas siempre pintadas. Hector estrechaba las manos de Louise, las mantenía agarradas, las sentía en su nuca mientras veía una película en la televisión. Se zambullían en el agua caliente y frotaban el cuerpo delgado de Hector. Hacían espumar el champú en su pelo, se deslizaban por sus axilas, lavaban su sexo, su vientre, sus nalgas.

Tendido boca abajo en la cama, con el rostro hundido en la almohada, alzaba la camisa del pijama para indicarle que esperaba sus caricias. Las puntas de las uñas recorrían la espalda del niño, cuya piel se alarmaba, se estremecía, y él se quedaba dormido, apaciguado y algo avergonzado, pues adivinaba vagamente la extraña excitación en que los dedos de Louise lo habían sumido.

Camino del colegio, apretaba muy fuerte las manos de su niñera. A medida que se hacía mayor, se le ensanchaban las palmas y temía triturar los huesos de Louise, esos huesitos de galleta y porcelana. Las falanges de la niñera crujían en la mano del pequeño y, a veces, Hector creía que era él quien la ayudaba a cruzar la calle.

¿Dura con él? No, Louise nunca fue dura con él. No recuerda haberla visto enfadada. Está seguro de ello, jamás le pegó. Conserva de ella unas imágenes borrosas, sin contornos, informes, a pesar de todos los años que estuvo a su cuidado. Su rostro se le aparece lejano, no está seguro de poder reconocerla hoy si se la encontrara por la calle. Pero el contacto de su mejilla, blanda y suave; el olor a los polvos de maquillaje que se ponía mañana y noche; la sensación de sus pantis de color beige contra su rostro de niño; el modo extraño que tenía de besarlo, a veces con los dientes, mordisqueándolo como para mostrarle el súbito salvajismo de su amor, su deseo de poseerlo por entero. De todo ello, sí se acuerda.

Tampoco ha olvidado sus dotes de pastelera. Los dulces que le llevaba a la puerta del colegio y el modo con que ella se alegraba de la glotonería del pequeño. El sabor de la salsa de tomate, cómo ponía pimienta a los filetes que dejaba casi crudos, la crema de champiñones, todo ello son recuerdos que convoca a veces a su mente. Una mitología asociada a la infancia, al mundo anterior a las comidas descongeladas en el microondas y engullidas ante la pantalla del ordenador.

Recuerda también, o quizá cree recordar, su paciencia infinita con él. Con sus padres, la ceremonia de irse a la cama a menudo terminaba mal. Anne Rouvier, su madre, perdía la paciencia cuando Hector se echaba a llorar, a suplicar que dejase la puerta abierta, pedía otro cuento más, un vaso de agua, juraba que había visto a un monstruo, que todavía tenía hambre.

«Yo también tengo miedo de quedarme dormida», le había confesado Louise. Tenía indulgencia por sus pesadillas y era capaz de acariciarle las sienes durante horas, y acompañar, con sus dedos que olían a rosa, su camino hacia el sueño. Había convencido a la señora para que dejara una lamparita encendida en el cuarto del niño. «No es necesario infligirle semejante terror».

Sí, el día que se marchó fue desgarrador. La echó de menos, odió a la jovencita que la sustituyó, una estudiante que iba a recogerlo al colegio, le hablaba en inglés y, como decía su madre, «lo estimulaba intelectual mente». No perdonó a Louise haber desertado, incumplido sus incondicionales promesas, traicionado los votos de ternura eterna, tras haberle asegurado que él era único y que nadie podría sustituirlo. Un buen día, ella desapareció, y Hector no se atrevió a hacer preguntas. No supo llorar por esa mujer que lo había abandonado, pues, a pesar de sus ocho añitos, tenía la intuición de que ese amor era risible, que se burlarían de él y que los que sentían lástima en realidad fingían.

Hector agacha la cabeza. Calla. Su madre está sentada en una silla, a su lado, y le ha puesto la mano en el hombro. Le dice: «Está bien, cariño». Pero Anne Rouvier parece nerviosa. Ante los policías, su mirada es de culpabilidad. Busca algo que pueda confesar, alguna falta que hubiera cometido hace tiempo y que ellos le quieren hacer pagar. Siempre ha sido así, inocente y paranoica. Nunca cruzó una aduana sin empaparse de sudor por dentro. Un día, sopló, sobria y embarazada, en un alcoholímetro, convencida de que la detendrían.

La inspectora, una atractiva joven, con una abundante melena castaña recogida en una cola de caballo, se sienta en su escritorio, frente a ellos. Pregunta a Anne cómo entró en contacto con Louise y los motivos que la llevaron a contratarla como niñera para sus hijos. Anne responde tranquila. Solo quiere una cosa, satisfacer a la agente, ponerla sobre alguna pista, y, sobre todo, saber de qué acusan a Louise.

Se la recomendó una amiga. Habló maravillas de ella. Y, efectivamente, siempre quedó satisfecha de la niñera. «Hector, como ha podido usted misma comprobar, estaba muy encariñado con ella». La inspectora sonrío al adolescente. Regresa a su escritorio, abre una carpeta y pregunta:

—¿Recuerda usted una llamada de teléfono de Madame Massé? Hace de esto algo más de un año, en enero.

—¿Madame Massé?

—Sí, intente recordarlo. Louise le comunicó su teléfono para que usted diese referencias de ella, y Myriam Massé quería saber su opinión.

—Es verdad, ahora recuerdo. Le dije que era una niñera excepcional.

Llevaron sentados más de dos horas en este cuarto frío que no ofrece ninguna distracción. El despacho está ordenado. No hay fotografías por ningún lado, ni carteles colgados en la pared, ningún aviso de búsqueda. La inspectora se detiene de vez en cuando en mitad de una frase y sale del despacho disculpándose. Anne y su hijo la ven a través del cristal hablando por el móvil, murmurando algo al oído de un colega o bebiéndose un café. Sentados uno junto al otro, se evitan, fingen olvidar que no están solos. Se contentan con suspirar de impaciencia, levantarse y dar una vuelta alrededor de la silla. Hector consulta su móvil. Anne sujeta su bolso de cuero negro entre sus brazos. Se aburren, pero son demasiados educados y miedosos como para mostrar a la agente la menor señal de que están hartos. Agotados, sumisos, esperan que los liberen.

La inspectora imprime unos documentos y se los tiende.

«Firmen aquí y aquí, por favor».

Anne se inclina sobre la hoja sin alzar la vista y pregunta, con voz velada:

—¿Qué ha hecho Louise? ¿Qué ha ocurrido?

—Está acusada de haber matado a dos niños.

La inspectora tiene ojeras. Unas bolsas moradas e hinchadas que sobrecargan su mirada y, extrañamente, la embellecen aún más.

Hector sale a la calle, en pleno calor de junio. Las chicas que pasan son guapas y él tiene ganas de ser mayor, libre. Un hombre. Sus dieciocho años le pesan, querría dejarlos atrás, al igual que ha dejado a su madre en la entrada de la comisaría, como alelada, pasmada. Se da cuenta de que lo primero que ha sentido hace un rato, ante la policía, no es sorpresa ni estupefacción, sino un inmenso y doloroso alivio. Júbilo incluso. Como si siempre hubiera sabido que una amenaza pesaba sobre él, una amenaza encubierta, diabólica, indecible. Una amenaza que solo él, con sus ojos y su corazón de niño, había sido capaz de percibir. El destino quiso que la desgracia recayera en otro lugar.

La inspectora pareció haberle comprendido. Hace unos instantes, se quedó mirando fijamente el rostro impassible de Hector y le sonrió. Como se sonríe a los supervivientes de una catástrofe.



Myriam se ha pasado la noche pensando en la carcasa colocada sobre la mesa de la cocina. En cuanto cierra los ojos, se imagina el esqueleto del animal, justo ahí, a su lado, en la cama.

Se bebió la copa de vino de un tirón, con la mano encima de la mesita, vigilando la carcasa con el rabillo del ojo. Le repugnaba tocarla, sentir su contacto. Tenía la extraña sensación de que algo podría pasar, que el animal resucitaría y le saltaría a la cara, se engancharía a su pelo, la empujaría contra la pared. Se fumó un pitillo en el balcón del salón y regresó a la cocina. Se puso unos guantes de plástico y tiró el esqueleto al cubo de basura. También el plato y el paño de cocina que estaba junto a este. Bajó a toda prisa las bolsas negras y cerró tras ella con violencia la puerta del cuarto de la basura.

Se ha metido en la cama. El corazón le late con tanta fuerza en el pecho que le cuesta respirar. Intenta dormirse, pero no aguanta más y telefonea a Paul, llorando, le cuenta lo de la carcasa de pollo. Él le dice que exagera. Se ríe de esa escena de película de terror mala. «¿No te vas a poner en semejante estado por un pollo?». Intenta hacerla reír, para que ponga en duda la gravedad de la situación. Myriam le cuelga con rabia el teléfono. La vuelve a llamar pero ella no responde.

Su insomnio está poblado de pensamientos acusadores y de culpabilidad. Empieza por colmar a Louise de insultos. Piensa que está loca. Quizá sea peligrosa. Como empleada, debe de sentir hacia ellos un odio sórdido, una sed de venganza. Myriam se reprocha no haber medido la violencia de la que puede ser capaz. Ya había observado que la niñera se enfurecía por ese tipo de cosas. Una vez, Mila perdió un jersey en el colegio y montó todo un drama. A diario le hablaba a Myriam de aquel jersey azul. Se había empeñado en encontrarlo, acosaba a la maestra, a la limpiadora, a la bedel. Un lunes por la mañana, llegó Louise mientras Myriam estaba vistiéndose a Mila. La pequeña llevaba el jersey azul.

—¿Lo ha encontrado? —preguntó la niñera, con la mirada exaltada.

—No, pero le he comprado el mismo.

Estalló en un ataque de rabia incontrolable. «¿Para eso me he dejado yo la piel buscándolo? ¡Habrás visto! Te roban, no te ocupas de tus cosas pero eso no es grave, mamá va y le compra el mismo jersey a Mila...».

Poco a poco, Myriam dirige sus acusaciones hacia sí misma. «Soy yo —piensa— la que ha ido demasiado lejos. Era su forma de decirme que soy una derrochona, demasiado desenfadada y frívola. Seguramente vivió como una afrenta que yo tirase el pollo a la basura, con todos los problemas de dinero que debe de tener. En lugar de ayudarla, la he humillado».

Se despierta, al alba, con la sensación de haber dormido poco. Cuando se levanta de la cama, ve que hay luz en la cocina. Sale de su dormitorio. Louise está sentada ante el ventanuco que da al patio. La niñera sujeta con las dos manos la taza de té que le ha regalado Myriam por su cumpleaños.

Su rostro surge tras una nube de vapor. Parece una viejecita, un fantasma que tiembla en la palidez de la mañana. El pelo y la piel han perdido su color. Myriam tiene la impresión de que últimamente se viste siempre con la misma ropa. Esa blusa azul y ese cuello bebé la asquean de golpe. Desearía tanto no volver a hablar con ella. Que desapareciera de su vida, sin esfuerzo, con un simple gesto, en un abrir y cerrar de ojos. Pero Louise está ahí y le sonríe.

Con su voz endeble le pregunta: «¿Le sirvo un café? Parece usted cansada». Myriam tiende la mano y coge la taza ardiendo.

Piensa en la larga jornada que le espera, defendiendo a un hombre ante el tribunal. En la cocina de su casa, frente a Louise, mide la ironía de la situación. Ella, admirada por su tenacidad, cuya valentía para afrontar a sus adversarios alaba Pascal, siente un nudo en la garganta frente a esta diminuta mujer rubia.

Hay adolescentes que sueñan con platos de cine, campos de fútbol, salas de conciertos a rebosar. Myriam siempre soñó con el tribunal de lo penal. Su madre no entendía que alguien se pudiera apasionar por unas historias sórdidas de violaciones, por la exposición precisa, lúgubre, sin afecto, de incestos o asesinatos. Myriam estaba preparando el acceso a la abogacía cuando estalló el caso del asesino en serie Michel Fourniret que ella siguió con interés. Vivía entonces en un cuarto alquilado en el centro de Charleville-Mézières y todos los días se unía al grupo de amas de casa que acudían a observar al monstruo. Al exterior del Palacio de Justicia habían instalado una inmensa carpa en la que un numerosísimo público podía asistir en directo a las vistas gracias a unas pantallas gigantes. Ella se mantenía algo apartada. No hablaba con nadie. Se sentía incómoda cuando aquellas mujeres de cutis enrojecido, pelo corto, uñas cortadas al ras, acogían la llegada del furgón del acusado con insultos y escupitajos. Ella, cuyos principios habían moldeado su personalidad, en ocasiones tan rígida, estaba fascinada por ese espectáculo de abierto odio, de incitación a la venganza.

Myriam toma el metro y llega con anticipación al Palacio de justicia. Se fuma un cigarrillo y sostiene con la otra mano la voluminosa carpeta del caso que lleva, atada con un cordón rojo. Desde hace más de un mes, asiste a Pascal en la preparación de este juicio. El cliente, un hombre de veinticuatro años, está acusado de haber dirigido, junto con tres cómplices, una expedición de castigo contra dos esrilanqueses. Bajo el efecto del alcohol y de la cocaína, dieron una paliza a dos cocineros, dos pacíficos sin papeles. Golpearon con saña a uno de ellos hasta matarlo, y luego se dieron cuenta de que se habían equivocado de objetivo, habían tomado al chico negro por otro. No supieron explicar los motivos. No pudieron negar el crimen, pues la grabación de la cámara de vigilancia los había delatado.

En la primera entrevista, el hombre les soltó a los abogados un relato aderezado con mentiras y exageraciones evidentes. En el umbral de una condena a prisión perpetua, se las arreglaba todavía para seducir a Myriam. Ella hizo lo imposible por «mantener la distancia justa». Es la expresión que utiliza siempre Pascal, y sobre la que se basa, según él, el éxito de un caso. Ella intentó separar lo verdadero de lo falso, metódicamente, con pruebas en la mano. Le explicó, con su voz de maestra de escuela, eligiendo unas palabras sencillas aunque hirientes, que la mentira era una mala táctica de defensa y que no tenía nada que perder, a estas alturas, si decía la verdad.

Para el día de la vista, le compró al muchacho una camisa nueva y le aconsejó que se olvidara de las bromas de mal gusto y de esa sonrisita despectiva de fanfarrón. «Tenemos que demostrar que usted también es una víctima».

Myriam consigue concentrarse, y el trabajo le hace olvidar su noche de pesadilla. Interroga a los dos expertos que han sido convocados para informar sobre la psicología de su cliente. Una de las víctimas declara como testigo, con la ayuda de un intérprete. El testimonio resulta algo forzado pero se palpa la emoción en la sala. El acusado mantiene la mirada baja, impasible.

En un receso de la sesión, mientras Pascal habla por teléfono, Myriam se queda sentada en el corredor, con la mirada vacía, presa de un sentimiento de pánico. Seguramente ha tratado con excesiva altivez el asunto de las deudas. Por discreción o por ligereza, no miró con atención la carta de la Administración Tributaria. Tendría que haberse quedado con ella, se dice. Decenas de veces le pidió a Louise que le entregara los documentos. La niñera se excusaba diciendo que los había olvidado, que se los llevaría sin falta al día siguiente. Myriam intentó saber más detalles. Le hizo preguntas sobre Jacques, sobre esas deudas al parecer pendientes desde hace años. Le preguntó si Stéphanie estaba al corriente de las dificultades por las que estaba pasando. A esas preguntas formuladas con una voz dulce y comprensiva, Louise oponía un silencio hermético. «Será por pudor», pensó Myriam. Un modo de preservar la frontera entre nuestros dos mundos. Así que renunció a ayudarla. Tenía la

desagradable impresión de que su curiosidad no hacía más que infligir cada vez más golpes al cuerpo frágil de Louise, ese cuerpo que desde hace unos días parece ajarse, empalidecer, borrarse. En el corredor sombrío del Tribunal sumido en un rumor lancinante, Myriam se siente desamparada, superada por un cansancio pesado y profundo.

Durante la mañana, Paul la llamó por teléfono. Se mostró cariñoso y conciliador. Se excusó por haber reaccionado con tanta torpeza. Por no haberla tomado en serio. «Haremos lo que tú quieras —insistía—. En estas condiciones, no podemos permitir que siga con nosotros». Y añadió, pragmático: «Esperamos al verano, nos vamos de vacaciones y a la vuelta le explicaremos que ya no la necesitamos».

Myriam le respondió con una voz apagada, sin mucha convicción. Pensó en la alegría de los niños cuando regresó Louise tras los días en que había estado enferma. En la mirada triste que le había dirigido, en su rostro lunar. Aún resuenan en sus oídos sus mil disculpas, algo ridículas, su vergüenza por haber faltado a su deber. «No volverá a ocurrir —le decía—. Se lo prometo».

Era obvio que bastaba con zanjar el asunto y que no se hablara más. Pero Louise tiene las llaves de la casa, sabe todo, se ha incrustado en sus vidas tan profundamente que parece imposible desalojarla. La rechazarán y ella regresará. Se despedirán de ella y ella llamará sin cesar a la puerta, acabará entrando, amenazadora, como un amante herido.

Stéphanie

Stéphanie tuvo mucha suerte. Cuando acabó la enseñanza primaria, Madame Perrin, la señora de la casa donde trabajaba Louise le propuso matricular a su hija en un liceo parisino, mucho mejor considerado que el que le correspondía en Bobigny. La mujer quiso hacer una buena acción por la pobre Louise que trabajaba tanto, y se lo merecía.

Pero Stéphanie no se mostró a la altura de esa generosidad. Unas semanas después de entrar en el liceo comenzaron los líos. Perturbaba la clase. Siempre se estaba riendo, lanzaba objetos, daba malas contestaciones a los profesores. Los demás alumnos la encontraban divertida y a la vez cargante. Ocultaba a Louise las observaciones sobre su mala conducta que los profesores apuntaban en su boletín escolar, los avisos, las convocatorias del director. Empezó a faltar a clase y a fumar canutos antes de mediodía, tumbada en los bancos de un parquecillo del distrito 15.

Una tarde, Madame Perrin llamó a la niñera para manifestarle su profunda decepción. Se sentía traicionada. Por su culpa, se había sentido abochornada. Había caído en descrédito ante el director, al que tanto le había costado convencer y que había tenido ese detalle con ella admitiendo a Stéphanie. La joven debía presentarse, la semana siguiente, ante el consejo de disciplina del liceo y Louise también tenía que asistir. «Es como un tribunal —le había explicado la señora, secamente—. Le tocará a usted defenderla».

A las tres de la tarde, Louise y su hija entraban en la sala. Era una habitación circular, con poca calefacción, con ventanales enormes de cristales verdes y azules que dejaban pasar una luz de iglesia. Una decena de personas, entre profesores, orientadores y representantes de padres de alumnos, estaban sentadas alrededor de una mesa grande de madera. Fueron tomando la palabra una por una. «Stéphanie es una inadaptada, indisciplinada, insolente». «No es que sea mala chica —añadió alguien—, pero cuando se porta mal no hay forma de hacerla entrar en razón». Se asombraron de que Louise no hubiera reaccionado en ningún momento ante la magnitud del desastre. Que no hubiera contestado a los avisos que los profesores le mandaban. La habían llamado a su móvil. Incluso habían dejado mensajes que habían quedado sin respuesta.

Louise les suplicó que dieran otra oportunidad a su hija. Les contó, llorando, lo bien que se ocupaba de sus niños, que los castigaba cuando eran desobedientes. Que les prohibía ver la televisión mientras hacían sus deberes. Les dijo que ella tenía unos principios y mucha experiencia en educación infantil. Madame Perrin ya la había

avisado, se trataba en efecto de un tribunal y era a ella a quien estaban juzgando. A ella, la mala madre.

Alrededor de la enorme mesa de madera en aquella sala helada en la que todos se habían dejado puestos los abrigos, los profesores inclinaron la cabeza hacia un lado. Dijeron: «No ponemos en duda sus esfuerzos, señora. Estamos seguros de que usted hace lo que puede». Una profesora de lengua, delgada y afable, le preguntó:

—¿Cuántos hermanos y hermanas tiene Stéphanie?

—Ninguno —contestó Louise.

—Pero usted ha hablado de sus niños, ¿no es así?

—Sí, de los niños que cuido. De los que me ocupo a diario. Y pueden ustedes creerme, la señora está muy satisfecha con la educación que doy a sus hijos.

Les pidieron que saliesen fuera un momento para dejarles deliberar. Louise se levantó y les lanzó una sonrisa que supuso sería la de una mujer de mundo. En el corredor del liceo, frente a las pistas de baloncesto, Stéphanie seguía riéndose como una boba. Era demasiado alta y gruesa, y parecía ridícula con la cola de caballo en lo alto de la cabeza. Llevaba unas mallas estampadas que le engordaban los muslos. El carácter solemne de aquella reunión no parecía haberla intimidado, simplemente molestado. No sintió miedo, por el contrario, tenía puesta una sonrisa irónica, como si aquellos profesores con esos jerséis de mohair de mal gusto y esos pañuelos de abuela no fueran más que unos pésimos actores.

Una vez fuera de la sala de juntas, recuperó su buen humor, su actitud descarada de mala estudiante. En el corredor, cogía por banda a los compañeros que salían de clase, daba brincos y murmuraba secretos al oído de una chica tímida que no podía contener la risa. Louise tenía ganas de darle una bofetada, de zarandearla con todas sus fuerzas. Le hubiera gustado que entendiera las humillaciones y esfuerzos que suponía educar a una hija como ella. Le hubiera gustado obligarla a compartir sus angustias, el sudor de su trabajo, arrancarle del pecho su estúpida desidia. Hacer añicos lo que le quedaba de infancia.

En aquel ruidoso corredor, Louise se contenía para no temblar. Se contentaba con reducir a Stéphanie al silencio, apretando cada vez más sus dedos alrededor del brazo regordete de su hija.

«Pueden entrar».

El jefe de estudios asomó la cabeza por la puerta y les hizo un gesto para que volvieran a sus asientos. Apenas habían tardado diez minutos en deliberar pero Louise no lo interpretó como una mala señal.

Cuando la madre y la hija se sentaron en su sitio, el jefe de estudios tomó la palabra. Stéphanie, dijo, es un elemento perturbador y todos han fracasado en su voluntad de encauzarla. Por mucho que lo hayan intentado, usando todos los métodos pedagógicos, ha sido inútil. Han agotado todas sus competencias. Asumen una

responsabilidad y no pueden tolerar que ella tenga como rehén a toda la clase. «Quizá Stéphanie —añadió el docente— se sienta más a gusto en un barrio cerca de su casa. En un entorno que se le parezca, donde tenga puntos de referencia. ¿Lo entiende?».

Era el mes de marzo. El invierno se demoraba en partir. Como si jamás fuese a dejar de hacer frío. «Si necesita usted ayuda para las gestiones administrativas, hay un personal disponible para ello», le aseguró la orientadora escolar. Louise no entendía lo que estaba pasando. Habían expulsado a Stéphanie.

En el autobús de regreso, Louise se mantuvo callada. Stéphanie se reía por lo bajo, miraba por la ventanilla, con los auriculares hundidos en los oídos. Subieron por la calle gris que conducía a la casa de Jacques. Pasaron delante del mercado y Stéphanie aflojaba el paso para mirar los puestos. Louise sintió un acceso de odio ante su cinismo, su egoísmo adolescente. La agarró por la manga y tiró de ella con un vigor y una brutalidad sorprendentes. Una indignación cada vez más intensa, más incontenible, se apoderaba de ella. Tenía ganas de hincar las uñas en la piel fofa de su hija.

Abrió la cancela de la casa y apenas la hubo cerrado se puso a moler a palos a Stéphanie. Primero, en la espalda, unos fuertes puñetazos que arrojaron a su hija contra el suelo. La adolescente, acurrucada, gritaba. Louise siguió golpeándola. Brotó toda su fuerza de gigante, y sus diminutas manos cubrían el rostro de Stéphanie de bofetadas contundentes. Le tiraba de los pelos, separaba los brazos con los que ella se cubría la cabeza para protegerse. Le pegaba en los ojos, la insultaba, la arañaba hasta hacerla sangrar. Cuando Stéphanie dejó de moverse, le escupió en la cara.

Jacques oyó el ruido y se acercó a la ventana. Vio a Louise infligir un correctivo a su hija y no hizo nada por separarlas.

Los silencios y los malentendidos contaminaron todo. En la casa de los Massé el ambiente se ha enrarecido. Myriam intenta no mostrar nada a los niños pero está distante con Louise. Le habla con desgana, le da instrucciones precisas. Sigue los consejos de Paul, que subraya: «Es nuestra empleada, no nuestra amiga».

Ya no toman juntas el té en la cocina, Myriam sentada en la mesa, Louise de pie, apoyada contra la encimera. Myriam ya no le dice palabras cariñosas: «Louise, es usted un ángel» o «Louise, es usted única». Ya no le propone, los viernes por la noche, terminar la botella de rosado abandonada en el fondo de la nevera. «Los niños están viendo una película, nos podemos dar un capricho, ¿no?», decía entonces Myriam. Ahora, cuando una abre una puerta, la otra la cierra tras ella. Pocas veces coinciden en el mismo cuarto, y ejecutan una sabia escenografía de rehuida.

Y llega la primavera, estalla ardiente, inesperada. Los días se alargan y las ramas de los árboles están preñadas con los primeros capullos. El buen tiempo barre las rutinas, empuja a Louise al exterior, a los parques, con los niños. Una tarde, le pregunta a Myriam si puede marcharse antes. «He quedado con alguien», explica con una voz emocionada.

Se encuentra con Hervé en la zona donde este trabaja y, juntos, van a al cine. Él hubiera preferido tomar algo en una terraza, pero Louise ha insistido. Y la película le ha gustado tanto que vuelven a verla la semana siguiente. En la sala, Hervé se echa una cabezada discretamente al lado de Louise.

Ella acaba por aceptar tomar una copa en una terraza, en un pub del barrio de Grands Boulevards. Hervé es un hombre feliz, piensa ella. Habla sonriente de sus proyectos. De las vacaciones que podrían pasar juntos en Les Vosges. Nadarían desnudos en los lagos, dormirían en el chalet de montaña de un amigo suyo. Pasarían el tiempo oyendo música. Le enseñaría su colección de discos, y está seguro de que, muy pronto, ella no podría prescindir de escucharlos. Hervé tiene ganas de jubilarse y no se imagina disfrutando solo de ese largo descanso. Hace quince años que se divorció. No tiene hijos y la soledad le pesa.

Hervé ha utilizado todas las estratagemas posibles para que ella por fin acepte una tarde acompañarlo a su casa. La espera en el Paradis, el café que está frente al portal de los Massé. Toman el metro juntos, y Hervé posa su mano enrojecida sobre la rodilla de Louise. Mientras lo escucha hablar, tiene la mirada fija en esa mano de hombre, esa mano que adquiere confianza, lo intenta, querrá más. Esa mano discreta que sabe ocultar su juego.

Hacen el amor de modo convencional, él encima de ella, entrechocando a veces las barbillas. Tendido sobre Louise, Hervé emite unos quejidos que ella no sabe si son de placer o porque sus articulaciones le duelen y ella no lo ayuda. Hervé es tan bajito que Louise siente sus tobillos contra los de ella. Unos tobillos gruesos y unos pies cubiertos de vello. Ese contacto le resulta fuera de lugar, más inoportuno todavía que el sexo del hombre dentro de ella. Jacques, en cambio, era alto y hacía el amor como castigando, con rabia. De esta cópula, Hervé ha salido aliviado, liberado de un peso, y se ha mostrado más familiar.

Es allí, en la cama de Hervé, en su casa del bloque de viviendas protegidas en Porte de Saint-Ouen, mientras él duerme a su lado, cuando ha pensado en un bebé. Un bebé minúsculo, apenas recién nacido, un bebé envuelto en ese cálido olor a una vida que empieza. Un bebé abandonado al amor, que ella vestiría con ranitas de color pastel y que pasaría de sus brazos a los de Myriam, luego a los de Paul. Un bebé que los uniría a todos, los acercaría en un mismo gesto de ternura. Borraría los malentendidos, los desencuentros, y volvería a dar un sentido a sus rutinas. Ella mecería a ese bebé en su regazo durante horas, en un cuarto apenas iluminado por una lamparita en la que girarían unos barcos y una isla. Acariciaría su cabecita pelona y metería suavemente el dedo meñique en la boca del nene. Él dejaría de llorar, chupando con sus encías inflamadas su uña pintada.

Al día siguiente, se esmera más de lo habitual en hacer la cama de Paul y Myriam. Desliza la mano por las sábanas. Busca alguna huella de sus abrazos amorosos, una huella de ese niño de cuya llegada está segura. Le pregunta a Mila si le gustaría tener otro hermanito o hermanita. «Un bebé que cuidaríamos las dos, ¿qué te parece?». Tiene la esperanza de que Mila se lo comente a su madre, le sugiera la idea que irá madurando en ella y acabará imponiéndose. Y un día, Mila le pregunta a Myriam, ante la mirada embelesada de Louise, si lleva un bebé en su barriga. «¡Qué dices, antes prefiero morir!», responde Myriam riendo.

Louise considera que eso no está bien. No entiende la risa de Myriam, la ligereza con la que trata este asunto. Myriam lo dice seguramente para alejar el mal de ojo. Aunque finge indiferencia, sigue pensándolo. En septiembre, Adam también irá al colegio, la casa se quedara vacía. Louise ya no tendrá nada que hacer. No habrá más remedio que conseguir que otro niño llegue para llenar los largos días de invierno.

Escucha las conversaciones. El piso es pequeño, no es que lo haga adrede, pero se entera de todo. Aunque últimamente Myriam habla más bajo. Cierra la puerta tras ella para telefonar. Murmura, con los labios pegados al hombro de Paul. Parecen tener secretos entre ellos.

Habla con Wafa de ese niño que va a nacer. De la alegría que traerá y del trabajo adicional que supondrá para ella. «Con tres hijos no podrán prescindir de mí». Siente momentos de euforia, como una intuición fugaz, indeterminada, de una vida que va a crecer, de espacios más grandes, de un amor más puro, de apetitos voraces. Piensa en el verano que se acerca, en las vacaciones en familia. Se imagina el olor de la tierra removida y de los huesos de aceitunas pasadas esparcidos en la cuneta de una carretera. La bóveda de los árboles frutales bajo el claro de luna y nada, nada que cubrir, nada que ocultar.

Ha vuelto a esmerarse en la cocina, ella, cuyos platos en estas últimas semanas estaban prácticamente incomibles. Prepara para Myriam arroz con leche con canela, sopas muy condimentadas y todo tipo de recetas conocidas por favorecer la fertilidad. Observa con mirada felina el cuerpo de la joven. Escruta la claridad de su cutis, el volumen de sus senos, el brillo de su pelo, todas ellas señales que, según cree, anuncian un embarazo.

Se ocupa de la ropa con la concentración de una sacerdotisa, de una bruja vudú. Como siempre, vacía la lavadora. Pone a secar los calzoncillos de Paul. Con especial interés, lava a mano la ropa interior, y, en el fregadero enjuaga con agua fría las bragas de Myriam, los sujetadores de encaje o de seda. Recita oraciones.

Pero siempre se lleva una desilusión tras otra. No necesita destripar el cubo de basura. Nada se le escapa. Ha visto la mancha en el pantalón del pijama tirado al pie de la cama, del lado en el que duerme Myriam. En el suelo del cuarto de baño, esta mañana ha observado una minúscula gota de sangre. Tan pequeña que Myriam no la ha limpiado, y se ha secado en las baldosas verdes y blancas.

La sangre regresa una y otra vez. Conoce su olor, esa sangre que Myriam no puede ocultarle y que cada mes firma la condena a muerte de una criatura.

Días de desánimo suceden a la euforia. El mundo parece encogerse, retraerse, lastrar el cuerpo de Louise con un peso aplastante. Paul y Myriam le cierran unas puertas que ella querría echar abajo. Solo tiene un deseo: formar parte del mundo de ellos, encontrar en él un lugar, habitar en él, hacerse un hueco, una guarida, un rinconcito caliente. Estaría dispuesta a reclamar su parcela de terreno, pero luego ese impulso disminuye, le invade la pena y se avergüenza de haberse hecho ilusiones.

Un jueves por la tarde, hacia las ocho, Louise llega a su casa. El dueño la espera en el rellano. Está de pie, debajo de una bombilla que lleva mucho tiempo fundida. «¡Por fin llega usted!». Bertrand Alizard casi se le echa encima. Apunta hacia su rostro la pantalla del móvil y ella se tapa los ojos. «La estaba esperando. He venido varias veces, a primera o a última hora de la tarde. Nunca la encontraba». Habla con una voz suave, con el torso tendido hacia ella. Da la impresión de que va a tocarla, cogerla del brazo, hablarle al oído. La mira fijamente con esos ojos legañosos, sin pestañas, que se frota tras retirarse las gafas que cuelgan de un cordón.

Louise abre la puerta del estudio y lo invita a entrar. Bertrand Alizard lleva un pantalón beige demasiado ancho y, al observar al hombre de espaldas, ella nota que se ha saltado dos presillas de la cintura del pantalón y este le queda ancho en el talle y bajo las nalgas. Como un anciano, encorvado y enclenque, que hubiera robado la ropa a un gigante. Todo en él parece inofensivo, la cabeza con poco pelo, las mejillas arrugadas cubiertas de pecas, los hombros vacilantes, todo, salvo esas manos secas y enormes, de uñas espesas como fósiles, manos de carnicero que se frota para calentarlas.

Penetra en el estudio en silencio, lentamente, como si descubriera los lugares. Inspecciona las paredes, pasa el dedo por los zócalos inmaculados. Toca todo con sus manos callosas, acaricia la funda del sofá, desliza la palma de la mano por la superficie de la mesa de formica. La vivienda le parece vacía, deshabitada. Le hubiera gustado hacerle unos comentarios a su inquilina, decirle que no solo se retrasa en el pago del alquiler sino que descuida la casa. Pero el estudio está igual a como él lo dejó el día en que se lo había enseñado por primera vez.

De pie, con la mano apoyada en el respaldo de una silla, la mira y espera. La mira fijamente con sus ojos amarillos que ya no ven gran cosa pero que no está dispuesto a bajar. Espera que sea ella la que hable. Que busque en su bolso y saque el dinero del alquiler. Espera que dé el primer paso, que se disculpe por no haber contestado a la carta o a los mensajes que le ha dejado en el móvil. Pero Louise calla. Sigue de pie

contra la puerta como esos perritos asustados que muerden cuando se les quiere calmar.

«Por lo que veo, va ha empezado usted a preparar la mudanza. Me parece bien — Alizard señala con un dedo enorme las cajas que están en la entrada—. El próximo inquilino llegará dentro de un mes».

Da unos pasos y empuja sin esfuerzo la puerta de la cabina de la ducha. El plato de porcelana está como hundido en el suelo y, por debajo, las tablas podridas han cedido.

«¿Qué ha pasado aquí?».

El casero se agacha. Murmura algo, se quita la chaqueta, la deja en el suelo y se pone las gafas. Louise está de pie detrás de él.

Monsieur Alizard se gira y, alzando la voz, insiste:

«¡Le estoy preguntando que qué ha pasado aquí!».

Louise da un respingo.

—No lo sé. Sucedió hace unos días. La instalación es antigua, creo.

—¡Nada de eso! Yo mismo monté la cabina de la ducha. Debería considerarse usted una afortunada. Antes había que lavarse en la ducha común que hay en el rellano. Yo la instalé con mis propias manos en este estudio.

—Se desplomó.

—Por falta de mantenimiento. Está clarísimo. ¿No se irá usted a creer que voy a cargar con los gastos de reparación, después de que ha dejado que se pudra?

Louise mira insistentemente a Monsieur Alizard, y este no consigue saber qué significa esa mirada enigmática, ese silencio.

«¿Por qué no me ha llamado? ¿Cuánto tiempo hace que vive usted así?», se agacha de nuevo, con la frente empapada de sudor.

Ella no le dice que este estudio no es más que una guarida, un paréntesis donde esconde su agotamiento. Que vive en otro lugar. Todos los días se ducha en casa de Myriam y Paul. Se desnuda en el dormitorio de ellos y deja delicadamente su ropa encima de la cama de matrimonio. Luego cruza desnuda el salón para ir al cuarto de baño. Adam está sentado en el suelo y ella pasa delante de él. Mira al niño que apenas balbucea y ella sabe que no traicionará su secreto. No dirá nada del cuerpo de Louise, de su blancura de estatua, de sus senos de nácar tan poco rozados por el sol.

No cierra la puerta del cuarto de baño para poder oír al niño. Abre el grifo y se queda inmóvil durante mucho tiempo, todo lo que puede, bajo el chorro ardiendo. No se viste enseguida. Hunde los dedos en los botes de crema que Myriam acumula, y se masajea las pantorrillas, los muslos, los brazos. Camina descalza por la casa, envuelta en una toalla blanca. Su toalla, que esconde todos los días bajo una pila de ropa en un armario. Su toalla.

«¿Se dio cuenta de lo que pasaba y no intentó arreglarlo? ¿Prefiere vivir como los gitanos?».

Conserva este estudio en la periferia de París por sentimentalismo. Agachado ante la ducha, Alizard dramatiza. Resopla, exagera, se lleva las manos a la frente. Toca el moho negro con la punta de los dedos y mueve la cabeza, como si él fuera el único en medir la gravedad del caso. En voz alta, evalúa el precio de la reparación. «Estará en torno a ochocientos euros. Como mínimo». Alardea de su ciencia del bricolaje, emplea palabras técnicas, pretende que le llevará más de quince días reparar semejante desastre. Intenta impresionar a la mujercita rubia que sigue callada.

«Ya se puede olvidar esta de su fianza», piensa. Cuando se instaló en el estudio, él había insistido en que le entregase dos meses de alquiler como garantía. «Es triste decirlo, pero no se puede confiar en la gente». Por mucho que se remonte al pasado, no recuerda haber restituido la fianza a ningún inquilino. Nadie es lo bastante cuidadoso: siempre hay algo, un desperfecto, una mancha, un arañazo.

Alizard tiene olfato para los negocios. Durante treinta años condujo un camión de carga pesada entre Francia y Polonia. Dormía en la cabina, apenas comía, dominaba la menor tentación. Mentía sobre el tiempo de descanso, se consolaba calculando el dinero que no había gastado, satisfecho de sí mismo, de haber sido capaz de infligirse tales sacrificios en previsión de una futura fortuna.

Año tras año, adquirió pequeños estudios en la periferia parisina y los renovó. Los arrienda a un precio desorbitado a gente que no tiene otra opción. A final de mes, se da una vuelta por sus propiedades para recaudar los alquileres. Se asoma cuando le abren la puerta, a veces se impone y entra para «echar una ojeada», para «asegurarse de que todo va bien». Hace preguntas indiscretas a las que los inquilinos contestan de mala gana, rezando para que se vaya, se salga de la cocina, deje de husmear en el armario. Pero él no se mueve, y acaban por invitarle a un trago, que él acepta y bebe con parsimonia. Habla de su dolor de espalda —«treinta años al volante de un camión, te deja molido»—, saca temas de conversación.

Prefiere a las mujeres como inquilinas. Las considera más cuidadosas y arman menos líos. Estudiantes, madres solteras, divorciadas, pero que no sean viejas, pues estas se atornillan y dejan de pagar, la ley siempre está de su parte. Y, luego, llegó Louise, rubia, con esa sonrisa triste, parecía perdida. Venía recomendada por una antigua inquilina de Alizard, una enfermera del hospital Henri-Mondor que siempre pagó puntualmente su alquiler.

¡Maldito sentimentalismo! Esta Louise no tenía a nadie. Sin hijos y un marido muerto y enterrado. Allí estaba ella, ante él, con un fajo de billetes en la mano, y le pareció guapa, elegante, con aquella blusa con cuello de bebé. Ella lo miraba, dócil, llena de gratitud. Murmuró: «He estado muy enferma», y, en ese instante, tuvo unas ganas enormes de hacerle preguntas: qué había hecho desde la muerte de su marido, de dónde venía y qué enfermedad había tenido. Pero ella no le dejó tiempo. Dijo:

«Acabo de encontrar un empleo, en el centro de París, con una buena familia». Y la conversación se detuvo ahí.

Ahora, Bertrand Alizard tiene ganas de perder de vista a esta inquilina muda e informal. Ya no es un ingenuo. No soporta sus excusas, el modo con que lo esquivo, sus retrasos en los pagos. No sabe por qué pero al verla siente escalofríos. Hay algo en ella que le repugna; esa sonrisa enigmática, ese maquillaje exagerado, esa forma de mirar desde lo alto y sin despegar los labios, jamás le devolvió una sonrisa. Jamás hizo el esfuerzo de comentarle que había notado que llevaba una chaqueta nueva y que se había peinado su triste mechón pelirrojo para un lado.

Alizard se dirige hacia el fregadero. Se lava las manos y dice: «Volveré dentro de ocho días con el material y un obrero para reparar esto. Tendría usted que terminar de embalar las cajas».

Louise saca a los niños de paseo por la tarde. Se quedan largas horas en el parquecito, donde han podado los árboles, y el césped que ha reverdecido es una tentación para los estudiantes del barrio. Alrededor de los columpios, los niños están felices de volver a verse aunque no sepan, en la mayoría de los casos, el nombre de cada uno. Para ellos, nada tiene importancia más que el nuevo disfraz, el juguete recién estrenado, el cochecito en miniatura en el que una niña pequeña acurruca a su bebé.

Louise solo se ha hecho una amiga. Solo habla con Wafa. Con las demás, se limita a unas sonrisas educadas, unas señales discretas con la mano. Cuando llegó por primera vez al parque, las otras niñeras mantuvieron sus distancias. Adoptaba ademanes de *nurse* inglesa, de estirada gobernanta de una casa nobiliaria. Las compañeras le reprochaban sus aires altivos y sus gestos ridículos de gran señora. Pasaba por ser una moralista, ella, que no tenía la decencia de mirar para otro lado cuando alguna de las niñeras, con el móvil pegado a la oreja, se olvidaba de dar la mano a los niños para cruzar la calle. Incluso reprendía sin miramientos a los críos que nadie vigilaba y que robaban los juguetes de otros o se caían de una barandilla.

Pasaron los meses y en esos bancos, durante horas, las niñeras aprendieron a conocerse, casi a su pesar, como compañeras en una oficina a cielo abierto. Todos los días, se ven a la salida de los colegios, se cruzan en el supermercado, en la consulta del pediatra o en el tióvivo de la placita. Louise se sabe algunos nombres, de ellas o de los países de donde proceden. Sabe en qué edificios viven y la profesión de los dueños de las casas para las que trabajan. Sentada junto a un rosal que solo ha florecido a medias, escucha las interminables conversaciones telefónicas que esas mujeres mantienen mientras mordisquean el resto de una galleta de chocolate.

En torno al tobogán o al cajón de arena resuenan acentos de baulé, de diula, de árabe o de hindi, de algunas palabras de amor en filipino o en ruso. Idiomas de la otra punta del mundo contaminan los balbuceos de los niños, que los aprenden y que los padres, encantados, les hacen repetir. «Habla árabe, te lo aseguro, escucha lo que dice». Luego, con los años, los niños se olvidan, y, mientras el rostro y la voz de la niñera que ya no está se borran, nadie en la casa recuerda cómo se dice «mamá» en lingala o el nombre de esas comidas exóticas que la amable niñera preparaba. «¿Cómo llamaba ella a aquel guiso de carne?».

Alrededor de los niños, que se parecen todos, a menudo vestidos con la misma ropa de las mismas marcas, y sobre cuyas etiquetas las madres escriben

cuidadosamente los nombres para evitar que se confundan, se agita esa nube de mujeres. Están las jóvenes con pañuelo, que deben ser aún más puntuales, más amables, más pulcras que las demás. Están las que se cambian de peluca cada semana. Las filipinas, que suplican a los niños en inglés que no salten en los charcos. Las veteranas, que conocen el barrio desde hace años, que tutean a la directora del colegio, que se encuentran en la calle con las adolescentes que antaño criaron y están convencidas de que ellas las han reconocido y, si no las han saludado, ha sido por timidez. Están las recién llegadas, que trabajan unos cuantos meses y luego desaparecen sin despedirse, dejando correr tras ellas rumores y sospechas.

De Louise, las niñeras saben muy poco. Incluso Wafa, que parece conocerla más, se ha mostrado discreta sobre la vida de su amiga. Ellas intentaron hacerle preguntas. La niñera blanca les intriga. ¿Cuántas veces no la habrán puesto de ejemplo algunos padres, alabando sus cualidades de cocinera, su disponibilidad total, evocando la confianza ciega que Myriam tiene puesta en ella? Se preguntan quién será esa mujer tan frágil y perfecta. ¿En casa de quién ha trabajado antes? ¿En qué barrio de París? ¿Está casada? ¿Tiene hijos a los que ve por la noche, al regresar a su casa? ¿Se porta bien con ella la familia para la que trabaja?

Louise no contesta, o apenas, y las niñeras comprenden su silencio. Todas tienen también secretos inconfesables. Ocultan recuerdos horribles de sumisión, humillaciones, mentiras. Recuerdos de voces que apenas se oyen del otro lado del teléfono, conversaciones que se cortan, seres queridos que mueren sin que hayan podido despedirse de ellos, dinero reclamado día tras día para un niño enfermo, que ya no las reconocerá y se habrá olvidado del sonido de sus voces. Algunas, Louise lo sabe, han robado, menudencias, casi nada, a modo de impuesto recaudado sobre la felicidad de los demás. Otras ocultan su nombre verdadero. No se les ocurriría reprochar a Louise su reserva. Sencillamente recelan de ella.

En el parque, no hablan de sí mismas, o solo por alusiones. Para evitar que broten las lágrimas. Las familias a las que sirven bastan para alimentar unas conversaciones apasionadas. Las niñeras se ríen de sus manías, de sus costumbres, de su modo de vida. La de Wafa es tacaña, la de Alba, muy desconfiada. La madre del pequeño Jules tiene problemas con la bebida. La mayoría de los padres, según las niñeras, están manipulados por los niños, pues los ven poco y ceden continuamente ante ellos. Rosalía, una filipina de piel muy morena, fuma un cigarrillo tras otro. «La señora me pilló un día fumando por la calle. Sé que me vigila».

Mientras los críos corretean por la gravilla o cavan en el cajón de arena que el Ayuntamiento acaba de desratizar, las mujeres convierten el parquecito en oficina de contratación y sindicato, centro de reclamaciones y tablón de anuncios. En él circulan las ofertas de empleo, se cuentan los litigios entre empleadores y empleadas. Las mujeres se quejan a Lydie, la que se ha autoproclamado presidenta, una mujer de Costa de Marfil, alta, de unos cincuenta años, que lleva abrigos de piel sintética y se pinta unas cejas finísimas con lápiz rojo.

A las seis de la tarde, una pandilla de adolescentes ocupa el parquecito. Ellas ya los conocen. Vienen de la Rue Dunkerque, de la Gare du Nord, tiran las pipas de cristal rotas cerca de la zona de juegos, orinan en las jardineras, van buscando pelea. Cuando las niñeras los ven llegar, recogen a toda prisa los abrigoitos de los niños de los bancos, las excavadoras de juguete llenas de arena, cuelgan sus bolsos en los cochecitos de los críos y se marchan a toda prisa.

El cortejo cruza las verjas del parque y las mujeres se despiden, unas suben hacia Montmartre o Notre-Dame-de-Lorette; otras, como Louise y Lydie, se dirigen hacia el barrio de Grands Boulevards. Caminan juntas. Louise lleva a Mila y a Adam de la mano. Cuando la acera se estrecha, cede el paso a Lydie, inclinada sobre el cochecito donde duerme un bebé.

«Ayer pasó por aquí una joven encinta. Va a tener gemelos en agosto», comenta Lydie.

Todas saben que algunas madres, las más despiertas, las concienzudas, acuden a esta zona a echar un vistazo, como cuando antiguamente se iba cerca de los mercados de abastos, al fondo de una callejuela, a encontrar a una criada o a una obrera. Las madres merodean en torno a los bancos del parquecito, observan a las niñeras, se fijan en el rostro de los pequeños cuando se acercan a esas mujeres y se colocan entre sus muslos, y ellas, con un gesto brusco, les suenan los mocos o los consuelan de alguna caída. A veces les hacen preguntas. Investigan.

«Vive en la Rue des Martyrs y parirá a finales de agosto. Como está buscando una niñera, pensé en ti», concluye Lydie.

Louise alza hacia ella sus ojos de pepona. Oye la voz de Lydie, de lejos, la oye resonar en su mente, sin que las palabras se liberen, sin que el sentido brote de ese magma. Se agacha, coge en brazos a Adam y tira con violencia de un brazo de Mila. Lydie alza la voz, repite algo, se cree quizá que no la ha oído, que está distraída, pendiente por completo de los niños.

«Entonces, ¿qué te parece? ¿Le doy tu teléfono?».

Louise no responde. Toma impulso y sigue caminando, de un modo brutal, con todas sus fuerzas.

Le corta el camino a Lydie y, en su huida, con un gesto brusco, vuelca el cochecito en el que el bebé, sobresaltado, se pone a gritar.

«¿Te has vuelto loca o qué?», grita Lydie, a quien se le ha caído la compra sobre el bordillo de la acera. Louise ya está lejos. Los viandantes se agolpan junto a la marfileña. Le ayudan a recoger las mandarinas que ruedan por el suelo, tiran a la basura la barra de pan empapada. Se preocupan por lo que le haya podido pasar al bebé, que, por fortuna, está bien.

Lydie contará varias veces esta historia inconcebible, y asegurará: «¿Un accidente? ¡Qué va! Volcó el cochecito a propósito».

La obsesión por el bebé gira sin parar en su mente. Solo piensa en eso. Ese bebé, que ella adoraría, sería la solución a todos sus problemas. Una vez que se haga realidad, hará callar a las brujas del parquecito, y el horrendo casero se echará para atrás. El bebé protegerá el lugar que ocupa Louise en su reino. Está convencida de que Paul y Myriam no dedican bastante tiempo a ellos mismos. Que Mila y Adam son un obstáculo a su llegada. Por culpa de ellos el matrimonio no consigue encontrarse en la intimidad. Los caprichos de los niños los agotan, el sueño demasiado ligero de Adam corta de raíz sus efusiones amorosas. Si no estuvieran siempre incordiándolos, gimoteando, reclamando su cariño, ellos se animarían y le harían a Louise un bebé. Lo desea con la violencia de una fanática, con la obcecación de una posesa. Lo quiere como pocas veces ha querido algo, hasta el punto de sentir dolor, de asfixiarse, de arder, de aniquilar todo lo que se yergue entre ella y la satisfacción de su deseo.

Una tarde, Louise espera a Myriam con impaciencia. Cuando esta abre la puerta, se abalanza sobre ella, con los ojos brillantes. Lleva de la mano a Mila. Parece tensa, concentrada. Como si hiciera un enorme esfuerzo por contenerse, por no saltar o lanzar un grito. Lleva pensando en este instante durante todo el día. Está convencida de que su plan es perfecto. Basta con que Myriam lo apruebe, que se abandone, caiga en los brazos de Paul.

«Me gustaría llevar a los niños a un restaurante. Así usted podrá cenar tranquilamente con su marido».

Myriam deja el bolso en un sillón. Louise la sigue con la mirada, se aproxima, se coloca detrás, muy cerca. Myriam puede sentir su aliento sobre ella. Le impide pensar. Es como una niña pequeña cuyos ojos dijeran «¡Venga! ¿Qué?», invadida por la impaciencia, la exaltación.

«Pues la verdad, no sé. No habíamos previsto nada. Quizá otro día». Myriam se quita la chaqueta y se dirige a su dormitorio. Pero Mila la retiene. La pequeña entra en escena, cómplice perfecta de su niñera. Suplica con su voccecita tierna:

«¡Venga, mamá, por favor! Queremos ir con Louise al restaurante».

Myriam acaba por ceder. Insiste en pagar ella la cena y está buscando el monedero en el bolso, pero Louise no la deja. «Por favor. Esta noche, invito yo».

En el bolsillo, contra su muslo, lleva un billete, que acaricia a veces con la punta de los dedos. Caminan hacia el restaurante. Ya había localizado previamente ese pequeño *bistró* donde se reúnen sobre todo estudiantes, aficionados a la cerveza a tres

euros. Pero esta noche, está casi vacío. El dueño, un chino sentado detrás de la barra, a la luz de los fluorescentes, lleva una camisa roja con un estampado chillón y conversa con una mujer, sentada ante una cerveza, con los calcetines enrollados alrededor de sus gruesos tobillos. En la terraza, dos hombres fuman.

Louise empuja a Mila dentro del restaurante. Flota en la sala un olor a tabaco frío, a guiso y a sudor que revuelve el estómago de la niña. Está muy desilusionada. Se sienta, observa la sala vacía, las estanterías sucias y los botes de ketchup y de mostaza. No se imaginaba esto. Creía que encontraría a unas señoras elegantes, que habría ruido, música, parejas de enamorados. En lugar de ello, se pone a ver la pantalla de televisión que hay encima de la barra, y se inclina con desgana sobre la mesa grasienta.

Louise, con Adam en su regazo, dice que ella no quiere comer. «Os voy a elegir algo, ¿eh?». No le deja a Mila tiempo para responder y les pide salchichas y patatas fritas. «Lo compartirán», añade. El chino apenas contesta y le retira la carta de las manos.

Louise se ha pedido una copa de vino, que bebe a sorbitos. Amablemente, intenta dar conversación a Mila. Se ha traído hojas y lápices de colores que ha dejado sobre la mesa. Pero Mila no tiene ganas de dibujar. Tampoco mucho apetito y casi no ha tocado la comida del plato. Adam ha regresado a su cochecito, se frota los ojos con los puños cerrados.

Louise mira, a través del ventanal, la calle, luego su reloj de pulsera, la barra en la que se apoya el dueño. Se come las uñas, sonríe, y su mirada se torna ausente, extraviada. Le gustaría ocupar sus manos con algo, tender toda su mente hacia un solo pensamiento, pero no es más que un amasijo de cristales rotos, y su alma está cargada de piedras. Pasa varias veces la mano ahuecada sobre la mesa como para recoger unas migas invisibles o alisar su fría superficie. Unas imágenes confusas, sin relación entre sí, se apoderan de ella. Ante sus ojos se suceden cada vez más rápido unas visiones que asocian recuerdos con lamentos, semblantes con fantasías jamás realizadas. El olor a plástico del patio del hospital adonde la sacaban para dar paseos. La risa de Stéphanie, estrepitosa y contenida a la vez, como la de una hiena. Los rostros de los niños olvidados, la suavidad del pelo acariciado con la punta de los dedos, el sabor a tiza de un *chausson* de manzana seco, abandonado en el bolso, que se comió una vez. Oye la voz de Bertrand Alizard, una voz mentirosa, mezclada con otras, las de todos los que le dieron órdenes, consejos, profirieron amenazas, la voz incluso dulce de aquella agente judicial, que, ahora lo recuerda, se llamaba Isabelle.

Sonríe a Mila, le gustaría consolarla. Sabe que la niña está a punto de llorar. Conoce esa impresión, ese peso en el pecho, su disgusto por estar ahí. Sabe también que Mila se domina, se modera. Por sus buenos modales burgueses, esos detalles impropios de su edad. Louise se pide otra copa, y, mientras bebe, observa a la pequeña cuya mirada está fija en la pantalla de televisión, y adivina, muy claramente,

las facciones de su madre tras la máscara de la infancia. Sus gestos inocentes encierran, a modo de capullo, un vigor de mujer, la rudeza de quien da órdenes.

El chino recoge los vasos vacíos y el plato casi sin tocar. Deja en la mesa la cuenta que ha garabateado en una hojita cuadriculada. Louise no se inmuta. Espera que el tiempo pase, que la noche avance, piensa en Paul y en Myriam disfrutando de su tranquilidad, de la casa vacía, de la cena que les ha dejado en la mesa. Sin duda han comido de pie, como antes de que nacieran los niños. Paul sirve una copa de vino a su mujer, termina la suya. Su mano se desliza ahora por la piel de Myriam y ríen, son así, son gente que ríe en el amor, en el deseo, en el impudor.

Se decide por fin a levantarse. Salen del restaurante, Mila está aliviada. Los ojos se le cierran de sueño, quiere regresar a su cama ahora. En el cochecito, Adam se ha quedado dormido. Louise ajusta la mantita sobre el niño. En cuanto cae la noche, el invierno, que estaba agazapado, vuelve a sus dominios, se insinúa bajo la ropa.

Louise lleva a la niña de la mano y caminan, durante mucho rato, en un París del que han desaparecido los niños. Cruzan el barrio de Grands Boulevards, pasan delante de los teatros y los cafés repletos. Se adentran en unas calles cada vez más oscuras y estrechas, que desembocan, como ahora, en una placita donde unos jóvenes adolescentes fuman canutos apoyados contra una papelería.

Mila no reconoce ese barrio. Una luz amarilla alumbra las aceras. Esos edificios, esos restaurantes, le parecen estar muy lejos de su casa y alza hacia Louise sus ojos inquietos. Espera alguna palabra que la tranquilice. ¿Será una sorpresa? Pero Louise avanza, avanza, y rompe el silencio solo para murmurar: «Venga, sigue andando». A la niña se le tuercen los tobillos en el adoquinado, la angustia se le ha agarrotado en el vientre, convencida de que quejarse no haría más que agravar las cosas. Sabe que una rabieta no serviría para nada. Al llegar a la Rue Montmartre, Mila observa a unas chicas fumando en la entrada de los bares, llevan tacones altos y gritan mucho, el dueño de uno de los locales protesta: «¡Callad la boca de una vez, que aquí hay vecinos!». La niña ha perdido todas las referencias, ya no sabe si está en la misma ciudad, si desde aquí se ve su casa, si sus padres sabrán dónde está.

Bruscamente, Louise se detiene en mitad de una calle muy concurrida. Mira hacia arriba, como reflexionando, deja el carrito del niño contra una pared y pregunta a Mila:

«¿De qué sabor lo quieres?».

Tras el mostrador, un hombre espera con aire cansino a que la cría se decida. Mila no alcanza a ver los recipientes con los helados, se alza de puntillas y, nerviosa, responde:

«De fresa».

Con una mano agarrada a la de Louise y la otra al cucurucho, Mila desanda el camino en plena noche, dando lengüetazos al helado que le provoca un fuerte dolor de cabeza. Aprieta los ojos, para que pase, intenta concentrarse en el sabor de fresas

espachurradas y en los trocitos de fruta que se le quedan entre los dientes. En su estómago vacío el helado cae en pesados copos.

Toman el autobús para regresar. Mila pregunta si puede meter el billete en la máquina, como suele hacer cada vez que cogen juntas el autobús. Pero Louise la manda callar. «De noche, no hace falta billete. No te preocupes».

Cuando Louise abre la puerta de la casa, Paul está tendido en el sofá. Escucha un disco, con los ojos cerrados. Mila se abalanza sobre él. Salta a sus brazos y hunde su rostro helado en el cuello de su padre. Paul finge que la regaña, a ella, que ha salido tan tarde, que se ha pasado la velada divirtiéndose en un restaurante, como una jovencita mayor. Myriam, les dice, se ha tomado un baño y se ha acostado temprano. «Ha llegado agotada del trabajo. Ni siquiera la he visto».

Una brutal melancolía atenaza a Louise. Todo esto para nada. Tiene frío, le duelen las piernas, se ha gastado el último billete que le quedaba y Myriam ni siquiera esperó a su marido para irse a dormir.

Nos sentimos en soledad estando con niños. A ellos les da igual los contornos de nuestro mundo. Intuyen su dureza, su negrura, pero no quieren enterarse. Louise habla con ellos y ellos giran la cabeza. Les coge de la mano, se pone a su altura pero ya están mirando para otro lado. Algo les ha llamado la atención. Han encontrado un juego que los disculpa para no atender. No fingen sentir lástima de los desgraciados.

Se sienta junto a Mila. La niña, en cuclillas sobre una silla, dibuja. Es capaz de quedarse concentrada durante casi una hora ante las hojas y el montón de rotuladores. Colorea con cuidado, atenta a los mínimos detalles. A Louise le gusta sentarse a su lado, ver los colores extenderse por el papel. Asiste, en silencio, a la eclosión de unas flores gigantes en el jardín de una casa naranja donde unos personajes de largas manos y cuerpos longilíneos duermen sobre el césped. Mila no deja sitio al vacío. Nubes, coches voladores, globos hinchados llenan el cielo con una densidad tornasolada.

—¿Y esa quién es? —pregunta Louise.

—¿Esta? —Mila señala con el dedo a un personaje inmenso, sonriente, tendido sobre más de la mitad de la hoja—. Esta es Mila.

Ya no halla consuelo en los niños. Los cuentos que les cuenta se estancan, y las observaciones de Mila le hacen tomar conciencia de ello. Las criaturas míticas han perdido su viveza y esplendor. Ahora, sus personajes se han olvidado de la finalidad y el sentido de su combate, y sus cuentos no son más que el relato de un largo deambular, entrecortado, caótico, de unas princesas arruinadas, unos dragones enfermos, soliloquios egoístas que los niños no entienden y suscitan su impaciencia. «Cuenta otra cosa», le suplica Mila, y Louise no sabe contar algo distinto, enfangada en sus palabras como en arenas movedizas.

Ríe menos, pone poco entusiasmo en las partidas de parchís o en las batallas de almohadones. Sin embargo adora a estos niños y se pasa horas observándolos. A veces lloraría ante la mirada que le lanzan, buscando su aprobación o su ayuda. Lo que más le gusta es cómo se gira Adam para tomarla por testigo de sus progresos, de sus alegrías, para indicarle que en todos sus gestos hay algo para ella. Solo para ella. Desearía, hasta caer rendida, alimentarse de la inocencia, del entusiasmo de estos niños. Ver con los ojos de ellos cuando miran algo por primera vez, cuando comprenden la lógica de un mecanismo, y esperan de este la repetición infinita sin pensar jamás, anticipadamente, en el cansancio.

Deja la televisión encendida todo el día. Mira reportajes apocalípticos, programas bobos, juegos cuyas reglas no siempre entiende. Desde los atentados, Myriam le ha prohibido que los niños vean la tele. Pero Louise pasa de esa prohibición. Mila sabe que no debe contar a sus padres lo que ha visto. Que no debe pronunciar palabras como «atentados», «caza de terroristas», «muertos». La niña mira, ávida, silenciosa, las noticias que pasan ante sus ojos. Cuando se harta, se gira hacia su hermano. Juegan, se pelean. Mila lo empuja contra la pared y el niño ruge antes de abalanzarse sobre su cara.

Louise no reacciona. Se queda con la mirada clavada en la pantalla, el cuerpo totalmente inmóvil. Se niega a ir al parquecito. No quiere cruzarse con las demás chicas, o toparse con la vecina vieja ante la que se ha humillado proponiéndole sus servicios. Los niños, agitados, dan vueltas aburridos por la casa, le suplican, quieren salir a la calle, jugar con los amiguitos, que les compre un gofre con chocolate en la esquina.

Los gritos de los niños la irritan, ella también se pondría a gritar. Está harta del piar agotador de los críos, sus voces de cotorras, sus «¿por qué?», sus deseos egoístas. «¿Cuándo es mañana?», pregunta Mila cientos de veces. No puede cantar una canción sin que le supliquen que la cante otra vez, le exijan la eterna repetición de todo, de los cuentos, de los juegos, de las muecas, y ya no puede más. Ya no tiene indulgencia ante los llantos, las rabietas, las alegrías histéricas. A veces siente el impulso de rodear con sus dedos el cuello de Adam y zarandearlo hasta que se desmaye. Aleja esas ideas con un brusco movimiento de la cabeza. Consigue ahuyentarlas pero una marea oscura y viscosa se ha apoderado de ella por completo.

«Alguien tiene que morir. Alguien tiene que morir para que seamos felices».

Unas cantinelas mórbidas la acunan mientras camina. Unas frases que no se ha inventado, y que tampoco está segura de entender, martillean su mente. Se le ha endurecido el corazón. Los años lo han cubierto de una corteza espesa y fría, y apenas lo oye latir. Nada consigue emocionarla. Debe reconocer que ya no sabe amar. Ha agotado toda la ternura que contenía su corazón, sus manos ya no tienen nada que rozar.

«Se me castigará por esto —oye decir a su pensamiento—. Se me castigará por no saber amar».

Hay fotos de aquella tarde. No se han llevado a revelar pero existen, en algún lado, en el fondo de una máquina. En ellas salen sobre todo los niños. Adam, tendido en la hierba, medio desnudo. Con sus inmensos ojos azules mira para un lado, como ausente, casi melancólico a pesar de su tierna edad. En una de las imágenes, Mila corre en mitad de una gran alameda, con un vestido blanco de mariposas estampadas. Está descalza. En otra foto, Paul lleva a Adam sobre los hombros y a Mila en brazos. Myriam está detrás del objetivo. Ha captado ese instante. El rostro de su marido se ve borroso, con la sonrisa oculta por uno de los piecitos del niño. Ella también se ríe, no se le ha ocurrido decirles que se queden quietos. Que dejen de moverse un momento. «¡Para la foto, por favor!».

Ella da importancia a las fotografías y toma cientos de ellas. Las mira en los momentos de melancolía. En el metro, entre dos citas de trabajo, o incluso durante la cena, desliza entre sus dedos el retrato de sus hijos. También es porque está convencida de su deber como madre de fijar esos instantes, poseer la prueba de la felicidad pasada. Algún día podrá enseñárselas a Mila o a Adam. Desgranará sus recuerdos, y la imagen acudirá a despertar sensaciones antiguas, detalles, un ambiente. Siempre le habían dicho que los niños no eran más que una felicidad efímera, una visión furtiva, una impaciencia. Una eterna metamorfosis. Unas caritas redondas que de pronto se impregnan de gravedad sin que uno se dé cuenta. Por eso, cada vez que se presenta la ocasión, detrás de la pantalla de su iPhone mira a sus niños que, para ella, son el más bello paisaje del mundo.

Thomas, el amigo de Paul, los ha invitado a pasar el día en su casa de campo. Se aísla allí para componer canciones y alimentar su tenaz alcoholismo. Cría ponis en el fondo de la finca. Unos ponis irreales, rubios como actrices americanas, y de patas cortas. Un arroyuelo atraviesa un inmenso jardín del que ni el propio Thomas conoce las lindes. Los niños comen sentados en la hierba. Los padres beben vino rosado, y Thomas acaba por dejar sobre la mesa el tetrabrik de tinto del que bebe a morro. «Estamos en confianza. No vamos a andarnos con remilgos, ¿no?».

Thomas no tiene hijos, y ni a Paul ni a Myriam se les ocurriría incordiarlo con sus historias de niñera, de educación, de vacaciones en familia. Durante este precioso día de mayo, se olvidan de sus angustias. Sus preocupaciones les parecen lo que son: pequeños desvelos cotidianos, casi unos caprichos. Solo tienen en mente el futuro, los proyectos, la Felicidad a punto de florecer. Myriam está segura de ello: Pascal le va a proponer en septiembre que se haga socia del bufete. Podrá elegir los casos que le

interesen, delegar el trabajo ingrato en los jóvenes pasantes. Paul observa a su mujer y a sus hijos. Se dice que lo más difícil ya ha pasado, que lo mejor está por llegar.

Disfrutan de un día maravilloso, corriendo, jugando. Los niños han montado en los ponis y les han dado manzanas y zanahorias. Arrancan la mala hierba de lo que Thomas llama huerto, donde nunca ha crecido ni una hortaliza. Paul coge una guitarra y desencadena las risas de todos. Se callan cuando Thomas se pone a cantar y Myriam a hacer los coros. Los niños abren los ojos como platos ante esos adultos tan sabios que cantan en una lengua que desconocen.

Ha llegado la hora de regresar a casa, los pequeños protestan gritando. Adam se tira al suelo, se niega a marcharse. Mila, que está agotada, también solloza en los brazos de Thomas. Apenas instalados en el coche, los niños se quedan dormidos. Myriam y Paul están callados. Observan los campos de colza, asombrados ante la puesta de sol rojiza que baña con una pizca de poesía las áreas de descanso, los polígonos industriales, las turbinas eólicas grises.

Un accidente ha colapsado la autopista, y Paul, que enloquece en los atascos, decide tomar una salida y enfilarse la nacional hacia el centro de París. «Me las arreglaré siguiendo las indicaciones del GPS». Se adentran en unas calles sombrías bordeadas por casas burguesas y feas, con las persianas cerradas. Myriam echa una cabezada. Las hojas de los árboles, como millares de diamantes negros, brillan bajo las farolas. De vez en cuando abre los ojos, preocupada por si Paul también se deja llevar por sus pensamientos. Él la tranquiliza y ella se vuelve a dormir.

La despierta el ruido de los cláxones, y, con los ojos entornados, la mente aún nublada por el sueño y el exceso de vino rosado, no reconoce de inmediato la avenida en la que se han quedado de nuevo bloqueados. «¿Dónde estamos?», pregunta a Paul, que no le responde. Él tampoco lo sabe y está concentrado en entender qué pasa con el tráfico. Myriam gira la cabeza. Se habría vuelto a dormir si no hubiera visto, allá, en la acera, la silueta familiar de Louise.

«Mira», dice a Paul tendiendo el brazo. Pero él está concentrado en el atasco. Estudia la posibilidad de salir de ahí, de dar media vuelta. Está en mitad de una rotonda donde los coches que llegan de todos lados no avanzan. Los que van en moto se abren camino, los peatones rozan los capós. Los semáforos cambian de rojo a verde en pocos segundos. Nadie se mueve.

«Mira, allá. Creo que es Louise».

Myriam se incorpora un poco en su asiento para ver mejor el rostro de la mujer que está caminando del otro lado de la rotonda. Podría bajar la ventanilla y llamarla, pero resultaría ridículo, y la niñera, sin duda, no la oiría. Ve el pelo rubio, el moño recogido por encima de la nuca, su andar inimitable, ágil y tembloroso. Avanza lentamente, o a ella se lo parece, fijándose en los escaparates de esta calle comercial. Luego, Myriam pierde de vista su silueta, los peatones le ocultan su cuerpo menudo

entre un grupo de gente que ríe y agita los brazos. La vuelve a ver del otro lado del paso de peatones, como en las imágenes de una vieja película de colores deslucidos, en un París que la oscuridad convierte en irreal. Parece estar fuera de lugar, con su eterno cuello bebé y la falda demasiado larga, como un personaje que se hubiera equivocado de historia y se hallara en un mundo extraño, condenado a deambular eternamente.

Paul toca el claxon con rabia y los niños se despiertan sobresaltados. Saca el brazo por la ventanilla, mira detrás de él y enfila una vía perpendicular a toda velocidad, insultando. Ella desearía calmarlo, decirle que no tienen prisa, que no sirve de nada enfadarse. Nostálgica, contempla hasta el último momento a Louise, inmóvil bajo la farola, quimérica, casi borrosa, esperando algo en el borde de una frontera que se dispone a cruzar y tras la cual va a desaparecer.

Myriam se arrellana en su asiento. Vuelve a mirar de frente, turbada, como si se hubiera cruzado con un recuerdo, un antiguo conocido, un amor de juventud. Se pregunta adónde irá Louise. Si era en efecto ella, y qué hacía allí. Le hubiera gustado seguir mirando a través del cristal, observarla vivir. El haberla visto en aquella acera, por casualidad, en un lugar tan alejado de sus rituales, despierta en ella una violenta curiosidad. Por primera vez, intenta imaginar, corporalmente, todo lo que es Louise cuando no está con ellos.

Al oír a su madre pronunciar el nombre de su niñera, Adam, también ha mirado por la ventanilla.

«¡Es mi *nunú*!» grita, señalándola con el dedo, como si no entendiera que ella pudiera vivir en otro lugar, sola, que pudiera caminar sin apoyarse en un cochecito o cogiendo de la mano a un niño.

Pregunta:

—¿Adónde va Louise?

—Va para su casa —responde Myriam—, donde ella vive.

Tumbada en la cama en su apartamento del Boulevard de Strasbourg, la inspectora Nina Dorval mantiene los ojos abiertos. París está desierto en este mes de agosto lluvioso. En esta noche silenciosa. Mañana, a las siete y media, a la hora en que Louise llegaba diariamente a la casa de la Rue d'Hauteville a ocuparse de los niños, quitarán los precintos de la entrada y se procederá a la reconstrucción. Nina ha avisado al juez de instrucción, al fiscal, a los abogados. «Yo haré —dijo— el papel de la niñera». Nadie se atrevería a llevarle la contraria. La inspectora conoce este caso mejor que nadie. Fue la primera en llegar a la escena del crimen, tras la llamada de teléfono de Rose Grinberg. La profesora de música gritaba: «Ha sido la niñera. ¡Ha matado a los niños!».

Ese día, Nina Dorval aparcó frente al edificio. Una ambulancia se acababa de ir. Trasladaba a la niña al hospital más próximo. La calle ya estaba llena de curiosos que entorpecían el paso, fascinados por los aullidos de las sirenas, la presteza de los equipos de emergencia, la palidez de los agentes de policía. Los transeúntes fingían esperar algo, hacían preguntas, se quedaban inmóviles en la puerta de la panadería o en la entrada de algún portal. Un hombre, con el brazo tendido, tomaba una foto del edificio. La inspectora ordenó que lo alejaran de allí.

En la escalera, se cruzó con los servicios de emergencia que evacuaban a la madre. La detenida seguía arriba, inconsciente. En la mano tenía un cuchillo pequeño de cerámica blanca. «Sáquenla por la puerta de atrás», ordenó Nina.

Entró en la casa. Asignó un papel a cada cual. Vio trabajar a los agentes de la policía científica vestidos con sus anchos monos blancos. En el cuarto de baño, se quitó los guantes y se asomó a la bañera. Primero empezó por sumergir las puntas de los dedos en el agua turbia y helada, trazando surcos, agitándola. Un barco de piratas fue arrastrado por las olas. No podía decidirse a retirar la mano, algo la atraía hacia el fondo. Hundió el brazo hasta el codo y luego hasta el hombro, y así la encontró un agente, agachada con la manga empapada. Le pidió que saliera; él tenía que recoger huellas.

Nina Dorval deambuló por la casa, con el dictáfono pegado a los labios. Describió el lugar, el olor a jabón y a sangre, el ruido de la televisión encendida y el nombre del programa que estaban dando. No omitió ningún detalle: la puerta de la lavadora abierta por donde asomaba una camisa arrugada, el fregadero lleno, la ropa de los niños tirada por el suelo. En la mesa había dos platos de plástico rosa donde languidecían los restos de la comida. Se tomaron fotos de la pasta de coditos y los

trozos de jamón de York. Luego, cuando ella se informó mejor de la historia de Louise, cuando le contaron la leyenda de esa niñera maniática, Nina Dorval se asombró del desorden de la casa.

Envío al teniente Verdier a la Gare du Nord para esperar a Paul que regresaba de un viaje. Es un hombre con experiencia —pensó la inspectora—, encontrará las palabras adecuadas, sabrá tranquilizarlo. El teniente llegó anticipadamente a la estación. Se sentó, resguardado de las corrientes, y observó los trenes entrar. Tenía ganas de un cigarrillo. Bajaron pasajeros de un vagón y se pusieron a correr, en racimos. Quizá tenían que enlazar con una conexión, y él seguía con los ojos a aquella muchedumbre sudorosa, las mujeres con tacones altos y los bolsos fuertemente agarrados, y los hombres gritando: «¡Dejen pasar!». Entonces llegó el tren de Londres. El sargento Verdier hubiera podido esperar a la altura del coche en el que viajaba Paul, pero prefirió quedarse al final del andén. Vio avanzar hacia él al padre, ahora huérfano, con cascos en los oídos y un bolso pequeño en la mano. Esperó. Quería dejarle unos minutos más. Unos segundos más antes de abandonarlo a una noche interminable.

El policía le mostró su identificación. Le pidió que lo acompañara y Paul al principio creyó que se trataba de un error.

Semana tras semana, la inspectora Dorval ha seguido el curso de los acontecimientos desde el inicio. A pesar del silencio de Louise, que no despierta del coma, a pesar de los testimonios coincidentes sobre esta niñera irreprochable, se ha dicho a sí misma que conseguirá encontrar qué fue lo que falló. Se ha jurado que entenderá qué ocurrió en ese mundo secreto y cálido de la infancia, detrás de las puertas cerradas. Convocó a Wafa en la sede de la policía judicial del Quai des Orfèvres, y la interrogó. La joven no paraba de llorar, no lograba articular palabra, y la inspectora acabó perdiendo la paciencia. Le dijo que le traía sin cuidado su situación, sus papeles, su contrato laboral, las promesas de Louise y su ingenuidad. Que lo que quería saber era si la había visto ese día. Wafa le contó que aquella mañana había pasado por la casa de los Massé. Había llamado al timbre y Louise solo les entreabrió la puerta. «Como si ocultara algo». Pero Alphonse se había colado entre sus piernas y entró a ver a los niños, que aún estaban en pijama, sentados delante de la televisión. «Intenté convencerla. Le dije que podíamos salir, dar un paseo. Hacía muy buen día y así no se aburrirían los pequeños». No quiso saber nada. «No me dejó entrar. Yo llamé a Alphonse, que se sintió muy decepcionado, y nos fuimos».

Pero Louise no se quedó en la casa. Rose Grinberg es categórica, ella se cruzó con la niñera en la entrada del portal, una hora antes de su siesta. Una hora antes del asesinato. ¿De dónde venía? ¿Adónde había ido? ¿Cuánto tiempo estuvo fuera? Los agentes se patearon el barrio con la fotografía de Louise en la mano. Interrogaron a

todo el mundo. Tuvieron que mandar callar a los mentirosos, a los solitarios que fabulan para entretenerse. Fueron al parquecito, al café Le Paradis, caminaron por los pasajes de la Rue du Faubourg-Saint-Denis y preguntaron a los comerciantes. Y luego encontraron la cinta de vídeo del supermercado. La inspectora la ha visto y revisto unas mil veces. Se ha fijado, hasta la náusea, en el andar tranquilo de Louise por los pasillos. Ha observado sus manos, sus manos pequeñas, que agarran un *brik* de leche, un paquete de galletas y una botella de vino. En esas imágenes, los niños corretean de un pasillo del súper a otro, sin que la niñera esté pendiente de ellos. Adam tira algunos paquetes, tropieza con las rodillas de una señora que empuja un carro. Mila intenta coger unos huevos de chocolate. Louise está tranquila, no abre la boca, no los llama. Se dirige hacia la caja, y son ellos los que van en su busca, riéndose. Se abalanzan a sus piernas, Adam le tira de la falda, pero ella no les hace caso. Apenas muestra unos gestos de irritación, que la inspectora adivina, una ligera contracción del labio, una mirada furtiva, como con el rabillo del ojo. Louise —se dice a sí misma la inspectora— se parece a esas madres esquizofrénicas que en los cuentos abandonan a sus hijos en las tinieblas de un bosque.

A las cuatro de la tarde, Rose Grinberg cerró las persianas. Wafa se encaminó al parquecito y se sentó en un banco. Hervé terminó su servicio. Fue a esa hora cuando Louise se dirigió al cuarto de baño. Mañana, Nina Dorval deberá rehacer los mismos gestos: abrir el grifo, dejar la mano bajo el chorro de agua para evaluar la temperatura, como hacía con sus propios hijos cuando todavía eran pequeños. Y dirá: «Niños, venid. Os vais a bañar».

Hubo que preguntar a Paul si a Adam y a Mila les gustaba el agua. Si se mostraban, en general, reacios a desnudarse. Si disfrutaban chapoteando en la bañera en medio de sus juguetes. «Es posible que hubiera surgido una pelea —le explicó la inspectora—. ¿No cree que los niños habrían desconfiado, o más bien se habrían sorprendido, de que los bañase a las cuatro de la tarde?». Enseñaron al padre la fotografía del arma del crimen. Un cuchillo de cocina común, aunque tan pequeño que Louise debió de ocultarlo en la palma de la mano. Nina le preguntó si lo reconocía. Si era de ellos o si Louise lo había comprado, si había premeditado su gesto. «Tómese el tiempo que necesite», le dijo. Pero Paul no necesitó tiempo. Thomas lo había traído del Japón y se lo había regalado a ellos. Un cuchillo de cerámica, extremadamente afilado, cuyo simple contacto bastaba para cortar la yema de los dedos. Un cuchillo de sushi, a cambio del cual Myriam le dio una moneda de un euro, para conjurar el destino. «Pero no lo usábamos nunca para cocinar, Myriam lo había guardado en un armario, y bien alto. Quería que estuviera fuera del alcance de los niños».

Tras dos meses de investigación, noche y día, dos meses siguiendo las huellas del pasado de esa mujer, Nina empieza a creer que conoce a Louise mejor que nadie. Convocó a Bertrand Alizard. El hombre temblaba mientras estaba sentado en el despacho del Quai des Orfèvres. Gotas de sudor se deslizaban por sus pecas. Él, que

tiene tanto miedo de la sangre y de las sorpresas desagradables, se quedó afuera, en el descansillo, cuando la policía registró el estudio de Louise. Los cajones estaban vacíos, los cristales de las ventanas, inmaculados. No encontraron nada allí. Nada más que una foto de Stéphanie y algunos sobres sin abrir.

Nina ha sumergido las manos en el alma putrefacta de Louise. De ella, ha querido saberlo todo.

Creyó que podría quebrar a puñetazos la pared de mutismo tras la cual se había atrincherado. Ha interrogado a los Rouvier, a Monsieur Franck, a Madame Perrin, a los médicos del Hospital Henri-Mondor, en el que ella había ingresado por trastornos del estado de ánimo. Ha leído durante horas la libreta con tapas de florecitas, y por las noches soñaba con esas letras torcidas, esos nombres desconocidos que Louise había anotado como una niña solitaria y aplicada. La inspectora entrevistó a algunos vecinos de la época en que vivía en la casa de Bobigny. A las niñeras del parquecito. Nadie pudo calibrarla. «Buenos días, buenas tardes y nada más». Nada que reseñar.

Y luego se puso a observar a la detenida, dormida en la cama blanca del hospital. Pidió a la enfermera que saliera de la habitación. Quería estar sola con aquella muñeca pasada de moda. La muñeca durmiente, que llevaba en el cuello y en las manos, a modo de alhajas, espesos vendajes blancos. A la luz de los fluorescentes, la inspectora se quedó mirando los párpados pálidos, las raíces grises en las sienes y la débil pulsación de una vena que latía bajo el lóbulo de la oreja. Intentaba leer algo en ese semblante abatido, esa piel seca donde las arrugas habían cavado arroyuelos. La inspectora no ha tocado el cuerpo inmóvil pero se ha sentado y se ha puesto a hablar con Louise, como se habla a los niños que fingen dormir. Le ha dicho: «Sé que me estás oyendo».

Nina Dorval lo tiene comprobado: las reconstrucciones actúan a veces como agente revelador, como esas ceremonias de vudú donde al entrar en trance brota la verdad del dolor, y el pasado se ilumina con una nueva luz. Una vez en el escenario, suele ocurrir que funcione la magia, que aparezca un detalle, que por fin una contradicción adquiera sentido. Mañana, entrará en el edificio de la Rue d'Hauteville, ante el que aún se marchitan unos ramos de flores y unos dibujos infantiles. Dejará atrás las velas, y tomará el ascensor. La casa, donde nada ha cambiado desde aquel día de mayo, donde nadie ha entrado a recoger cosas o a recuperar documentos, será el escenario de este teatro sórdido. Nina Dorval dará los tres avisos para que empiece la sesión.

Allí se dejará engullir por una ola de repugnancia, de odio hacia todo, hacia esta casa, esta lavadora, este fregadero que sigue sucio, esos juguetes, esos muñecos que se escapan de sus cajones y vienen a morir bajo las mesas, con la espada apuntando al cielo, la oreja colgando. Ella será Louise. Louise que hunde sus dedos en sus oídos para que cesen los gritos y los llantos. Louise que va y viene del dormitorio a la

cocina, del cuarto de baño a la cocina, del cubo de basura al tendedero, de la cama al armario de la entrada, del balcón al cuarto de baño. Y vuelta otra vez. Louise que se agacha y se pone de puntillas. Louise que coge un cuchillo de un armario. Louise que bebe una copa de vino, con la ventana abierta y un pie apoyado en el balconcito.

«Niños, venid. Os vais a bañar».